

AC
B
DES
RO
I
SA
188



L

281

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

EL "OTRO"
LOPE DE VEGA

(ENSAYO DE CONOCIMIENTO "POR EL ENVÉS")



COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA - CALPE, S. A. . .
RÍOS ROSAS 26 - MADRID

EL "OTRO" LOPE DE VEGA

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

EL "OTRO"
LOPE DE VEGA

(ENSAYO DE CONOCIMIENTO "POR EL ENVÉS")

R/76303



ESPASA - CALPE, S. A.

Edición autorizada por el autor para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11723

Copyright by Cia. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.

Buenos Aires, 1940

PRINTED IN ARGENTINE

Acabado de imprimir el día 15 de abril de 1940

Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires

DEDICATORIA

A MISS HELEN PALMER —de la Embajada Británica en España—, maravillosa mujer que logra las cosas más estupendas sin darles importancia alguna y sí con un tono de elegancia inimitable, y con quien mi gratitud jamás quedará en paz y mi afecto siempre tendrá por qué añadirse.

En ofrenda sencilla por cuanto, durante la terrible revolución roja española, hizo por los míos, separados de mí.

Emocionadamente.

Junio de 1939. Año de la Victoria.

ADVERTENCIA

cuya lectura encarece el autor

Todo lo que sabemos acerca de la vida de Lope de Vega se debe a la apasionada biografía de Montalván, al apasionado proceso que se le siguió al dramaturgo, en 1587, por libelos contra unos cómicos, y a las cartas apasionadas del gran madrileño, descubiertas por distintos ingenios en épocas y lugares diversos. La regla general del todo tiene su excepción. Algunos datos nuevos débense a investigaciones recientes de los señores Cotarelo, Amezua y Entrambasaguas. De aquel todo sirvióse don Cayetano Alberto de la Barrera para componer su biografía ejemplar. Del mismo todo, de esta biografía y de las modernas investigaciones aludidas, cuantos han escrito después. Los mismos datos se han barajado docenas de veces —se han peinado— como naipes siempre de diversa fortuna. Así: Rennert añade a La Barrera los datos contenidos en el Proceso y en algunas cartas de Lope encontradas más tarde. Así: Astrana añade, a los enumerados, los traídos, de primera mano, por Entrambasaguas, Amezua y Cotarelo. Y únicamente mencionamos las biografías más extensas.

Las notas son siempre las mismas. Similares siempre los distingos. Los biógrafos de Lope se copian unos a otros desenfadadamente. Y los críticos también. Voss'ler a José María Vigil. Vigil a Menéndez y Pelayo y a Schack. Profundo, claro y necesario, como el agua de

pozo, a Lope le sacan el jugo por el procedimiento de la noria. Vueltas. Revueltas. Pisar sobre las pisadas.

Cuando decidimos escribir acerca de los temas "Lope, madrileño", "Lope, dramaturgo" y "Lope, sacerdote" se levantó ante nosotros el fantasma "de la noria". ¿También nosotros dando vueltas alrededor de Lope? ¿También nosotros poniendo nuestros pies sobre las huellas, más o menos ahondadas, ya antiguas? ¿También nosotros contando los mismos sucesos, encontrando los mismos peros, insinuando la mismas posibilidades, numerando —cuantas más, mejor— las notas resabidas y resabiadas?

Felizmente, supimos resistir y aun vencer al fantasma. Sin alharacas. Como quien espanta una fácil y gustosa tentación trazando sobre la frente los cuatro puntos cardinales de la cruz. Nosotros caminaríamos en línea recta a la busca de un nuevo Lope. Tal vez demasiado intento. Quizá necia presunción. Presunción y desmesura que pudiera redimir la honestidad ilusa. Nuestro Lope madrileño será nada más, ni nada menos, que el nuestro. Nadie lo habrá sospechado, observado, calificado así. Nuestro Lope dramaturgo será el creído, el ribeteado, el profundizado por nosotros. Nuestro Lope sacerdote llevará la aureola que nosotros hayamos sabido encenderle.

Desde ahora mismo desechamos toda idea de soberbia. Nada valen los tres conceptos que después estudiaremos. Pero... nos podrán decir que nada valen, mas no que no son nuestros. Despacio, pero en línea recta. Con atrancos, pero en línea recta. Poco trecho, pero en línea recta. Por camino estrecho y brozado, pero en línea recta. No cogiendo nada a nadie. No opinando con nadie en nada. Así, lo que pierda nuestra labor en peso lo ganará —con Perogrullo— en ligereza. Así, lo que la aparte del dogma la acercará a la expresión. Así, si deja de ser enormemente probable conseguirá ser enormemente posible. En la probabilidad hay más carne. En la posibilidad, más espíritu.

Por ende, en nuestro trabajo no se encontrará ni una sola nota. Quien las desee, ahí las tiene mil veces repetidas —y controladas— en los libros de Vossler, Depta, Astranc, Rennert y Castro, Sánchez Estevan, Schak, Icaza y tantos más. En el nuestro, ni una sola. Es decir, sí: citamos a Lope; y nos citamos nosotros. A Lope por ser ÉL el primer principio de sí mismo; a nosotros por ser los últimos —en las acepciones de cronología y de valor— que tomamos la luz "de donde el sol la toma".

El vaso es de vidrio. El plato, de loza. De madera la cuchara. Pero... pasa, lector. Pasa y come. El guiso, viudo y casero, es nuestro.

Madrid, diciembre 1935.

PRÓLOGO EN 1935

YO.—Le presento a mi buen amigo Lope de Vega.

EL ERUDITO "LOPISTA".—¿Cómo? ¿Lope de Vega?
¿Ha dicho usted Lope de Vega?

*(Lope de Vega inclina la cabeza. Todo su rostro son-
risa. Temblona "la mosca". Sotana suntuosa toda su
reverencia.)*

YO.—He dicho: Lope de Vega.

EL ERUDITO "LOPISTA".—Pero... ¿Lope de Vega
Carpio?

YO.—Lope de Vega Carpio.

EL ERUDITO "LOPISTA".—¿Félix Lope de Vega Carpio?

YO.—Frey Félix Lope de Vega Carpio, natural de
Madrid, de familia oriunda del Valle de Carriedo. Na-
cido en 1562.

EL ERUDITO "LOPISTA" (*perplejo*).—Pero... ¿el "mons-
truo de la Naturaleza"?

YO.—A la vista está.

*(Rehace Lope su sonrisa. Dibuja de nuevo su corte-
sanía.)*

EL ERUDITO "LOPISTA" (*como quien se siente estafa-
do en sus convicciones ganadas en tantos años de tra-
gar "el polvo de los siglos" aventado de los papelotes
difíciles, amarillentos*).—Pero... ¡Lo-pe! ¡LO-PE! Pero
si yo... Pero si, durante tantos años, yo... ¡Caramba!
¡LO-PE! El caso es que... "mi" Lope no es este Lope...
que parece que lo es. Pues... ¡no me lo figuraba así!
¡No le conocía así! ¿Puede este Lope no ser así?

YO.—Le presento a mi buen amigo Lope de Vega.

EL ERUDITO "LOPISTA" (*bermejo; alargando su diestra temblona*).—Tanto gusto... en conocerle "ya".

LOPE.—Me es sumamente violento no haberle conocido antes...

I

LOPE DE VEGA, MADRILEÑO



Frey Félix Lope de Vega y Carpio nació en Madrid el día 25 de noviembre de 1562. Entonces no era Frey, ni Félix, ni casi Lope. Era nada más que Lopillo. Cosa que apenas llamaba la atención. Caso que mereció un amplio comentario entre las comadres de la Puerta de Guadalajara. Lopillo era hijo de padres ciertos, pero desconocidos en aquellos aldeaños, donde la figa, la cotillería, el runrún y el "se dice" oliscaban y daban el visto bueno a los hechos y a los sucesos. Hecho, y nada más, fué el nacimiento del poeta. Lo que alcanzaba categoría de suceso era el fracaso de las comadres en la búsqueda de pormenores acerca de quiénes serían aquel don Félix de Vega y aquella doña Francisca Fernández, su mujer, padres de la criatura. Suposiciones. Conjeturas. Cabos sueltos. Un *puzzle* con demasiadas piezas perdidas y bastantes sin casar. El matrimonio había llegado a la Villa en aquel mismo año de 1562... ¿Desde dónde? Se sabía que eran naturales del Valle de Carriedo, en la Montaña, parte del solar español que servía de forja y contraste a la nobleza. Pero ¿eran nobles aquel don Félix, bordador, y aquella doña Francisca, carirredonda y pechisacada?

Demasiados críticos —espectadores nada objetivos en el panorama y en el espíritu universales— han buceado en el mar genealógico de Lope para encontrar las perlas de la pureza y los corales de la finura con que orlar sus apellidos. Búsqueda tan azorante como inútil. Hasta

que Lope enturbió su propio mar —es decir, espejo y onda de su existencia—, su mar fué diáfano, cristal en vez de oleaje. Que sus padres fueran oriundos de las Asturias de Oviedo o de las Asturias de Santillana, raíz, decoro y rumbo, al parecer, de la nobleza de España, nada dice, nada pone en su biografía captada en zigzag por los mejores impresionistas de la pluma. El propio Lope conoce su signo y se lo confiesa, en prosa, al duque de Sessa: “Nací hombre de bien, de un pedazo de peña de la Montaña”, y en verso, a Madrid, a España, a la curiosidad expectante del mundo, dos veces en pocos años: en *La Filomena* (1621):

“Apenas en mi nido,
que de torcidas pajas fabricaba
mi padre, de los montes precedido.”

y, con acentos parecidos, en *La Circe* (1624).

Lope sabe que únicamente se hereda de los padres la legítima, cuando la hay, por amparo de las leyes civiles y los morbos específicos por desamparo de la profilaxis oficial. Pero... ¿y el carácter..., y la condición moral..., y el anhelo..., y la gracia espiritual? Félix de Vega Carpio, su genitor, fué un mal poeta y un personajillo de retablo barroco de trascoro, ente de monogamia absoluta y padrazo de paseos familiares en días festivos. ¿Le quedó al genio la cicatriz o el marchio de cualquiera de aquellas semivirtudes?

Las insignes comadres de la Puerta de Guadalajara pudieron semiadivinar y semicomponer otra posibilidad. ¿Llegaron juntos a la Villa el bordador y su cónyuge? Llegó él, como de tapadillo. Merodeó por las casas de Jerónimo de Soto, con hembra que no era Francisca. Siguiéndole, como ánima en pena, llegó ésta. Desapareció la acompañante del bordador sin dejar nombre ni rostro ni rastro. De la reconciliación amorosa de los esposos raizó y fruteó Lopillo. Las insignes comadres pudieron semiadivinar y semicomponer esta possibili-

dad; pero nuestro poeta, ya maduro, puso a la posibilidad cierto marbete de probabilidad.

“Falta el dinero allí, la tierra es corta;
Vino mi padre del solar de Vega;
Así a los pobres la nobleza exhorta.
Siguióle hasta Madrid, de celos ciega,
Su amorosa mujer, porque él quería
Una española Elena, entonces griega.
Hicieron amistades, y aquel día
Fué piedra en mi primero fundamento
La paz de su celosa fantasía.”

Lope de Vega nació con los ojos abiertos. Antes que él, Sócrates. Después de él, Kant. La poesía en su más alta expresión castellana entre los dos movimientos genitales de individualización filosófica. El arte con su calidez más humana sostenido por la aspiración más íntima. Lope nació sonriente. Pudo nacer quejumbroso. Pudo nacer alharaquiento. Hubiera seguido la regla general. Quiso ser excepción el punto de su naricilla y alargó los pómulos hacia las orejas como para esbozar una sonrisa; una sonrisa leve, reposada, casi inconcreta, pero muy terne, como de quien ríe ya por cuenta propia y sin necesidad de estímulos exteriores. Sonrisa que era el adelanto de su risa futura en ih, que es la risa “de cabeza” de quien se saca el humor de una idea preconcebida y redondeada, de quien descompuso con los ácidos de la espiritualidad la risa ventrílocua y desquijarrante de Sancho Panza.

Lope de Vega nació en Madrid. Recalquémoslo con júbilo. Muchos críticos sostienen que por casualidad. Pero la casualidad es un imperio *a posteriori* y sin fin ni trascendencia. Nosotros creemos que Lope nació en Madrid por fatalidad. La fatalidad es una ley *a priori*, con miras a lo más allá y a lo más inexorable. Y casi lo de menos fué que naciera en Madrid, siendo lo de más que se hiciera madrileño con gusto y regusto, ple-

tórico y con rebose, con ánimo de proclamarlo a voces y de defenderlo airadamente.

Con motivo del tricentenario de la muerte de Lope hemos leído curiosas manifestaciones de fobia hacia Madrid. Fobia explican los puritanos. "Hincha", gritan los castizos que siempre preceden en el bien hablar a la Academia. Nadie ha podido negar la natividad madrileña de Lope. Pero la mayoría de los críticos recalcan que esta localización de su inicio civil y canónico fué un nuevo accidente.

Los padres de Lope eran montañeses. Por casualidad —por "chiripa" recortan los aludidos castizales— se encontraban en la Villa y Corte cuando Lope fué concebido y parido. Total: que la Montaña se apunta su tanto en la cuenta milagrosa de aquella gloria. Bien está. Y admitiríamos el truco si no fuera porque creemos a pies juntillas que la significación de la individualidad no la dan ni la sangre ni el terruño, sino el ambiente. Y porque lo creemos así desistimos de contradecir que los abuelos de Lope fueron asturianos y que los bisabuelos pudieron ser vizcaínos, mermando de esta manera el regodeo montañés y el de sus concesionarios a vuela pluma.

El ambiente "hace montañeses". El ambiente "hace madrileños". ¿Para qué, pues, ese afinar microscópico en los glóbulos rojos de cada ser excepcional? El ambiente se apodera de cada quisque, y le trae y le lleva, y le abrumba o le solivianta, y le refunde en sus infinitas calorías. Hombre nuevo. Espíritu quizá antípoda. El ateo, de la madre católica, apostólica, romana. El místico, del padre antiteo. El merodeador de la sangre roja, de los ascendientes "de sangre azul". El tímido, del audaz. Y viceversa. Y sucesivamente. Hasta agotar los cinco sentidos reconocidos en la flexión de los conceptos: visión, percepción, ponderación, poetización y divinización.

Lope nace y se hace en Madrid. Sus primeras papi-llas son viento guadarrameño y tierras carpetanas. Se

revuelca en la emoción cortesana con la alegría y el impudor de un animal joven sobre la pastura. Cuando sabe mirar le agradan los casones destartalados, las rúas desequilibradas, el cielo azul tan delgado y tan alto, los numerosos seres que pasan y repasan: hidalgueros capitanes, damas emperifolladas, celestinas —ocultos los rostros en el capidengue— correteando el asma y el soplillo de su comercio, "corchetes" perdidos en la búsqueda terrorífica, jinetes de actitudes que hoy recordarían la figura ecuestre del Felipe IV, de Tacca, ancianos cuyas carnes ya se alargaban y enverdeaban por influjo de los famosos caballeros anónimos del griego toledano, los matasietes y los perdonavidas, los caribobos sin tupés ni guedejas con crespo, los capirrotos y los capigorriones, los Tenorios jubilados y los disponibles. Cuando puede escuchar, a Lopillo le agradan los juramentos de los soldados, los sermones de los capuchinos "de la paciencia" con los cerviguillos descañonados, las risotadas de los histriones, los melindres de las melífluas de guardainfante —por quienes enderezó Alonso de Carmena su *Discurso contra los malos trajes y adornos lascivos*—, las altisonancias de los enhebradores de premáticas y avisos, los gritos de los pregoneros, las chuffillas de los vendedores. Cuando Lope aprende a sostenerse y a caminar pian pianino se pirra porque le lleven sobre las losetas del Alcázar filipino, donde la guardia amarilla releva a la guardia negra; a los pórticos de las iglesias porque en ellos se hace una mezcla de mercado, de teatro, de plaza, de salón, de asamblea, de escuela, de reunión y de agencia de bodas y adulterios; se pirra por jugar en la plaza de la Paja al salto y china, al tocahierro, al tejo, al trompo, al tira y afloja, al higuí, y por contemplar el río desde los pretiles de la primitiva y rústica puente segoviana y el desierto camino de Alcalá desde el Portillo del Sol.

Lope de Vega nació y "se hizo" en Madrid. Se formó conscientemente. Se aquilató concienzudamente. Rezu-

mó cachazudamente cortesanía y campechanería, virtudes originales de la Villa. Sus gustos fueron los de Madrid: amó la prosopopeya y la diversidad; pero se reservó para los momentos de introinspección, de soliloquio, una dilección ardiente por todo lo espiritual, más el sentido místico que el aspecto ascético.

Lope nació en Madrid al año siguiente de haber nacido la capital de España. En 1561 Felipe II bautizó, con alientos genuinos y relativos dispendios económicos, la expresión ciudadana, aborto de la fábula, limitada por el Manzanares y el Portillo del Sol. Lope Félix de Vega y Carpio apareció en noviembre de 1562 sobre el altozano más pimpante de la Villa —imperial y coronada ya—: la Puerta de Guadalaxara.

Lope es el primer genio que le nace a Madrid en el regazo armiñado, próximo al toisón de oro pendiente de su cuello por la real gana. Hay que tener muy en cuenta este detalle para explicarse cómo se entusiasmó la capital con el genio y cómo éste, queriéndolo o sin querer, tuvo, guardó y dilapidó las ínfulas, los alardes y las complejidades de la Villa.

Madrid es Lope. Madrid, matriz de monstruos, de prodigios, apenas ungida por el Destino, queda embrazada de él. Y, como cualquier semidiosa del Olimpo, pare un semidiós: cabeza joviana, torso apolíneo, pies movidos por la satiriasis.

Lope es Madrid. Las gracias del poeta, primogénito de la gracia madrileña, hacen las delicias de la corte. Y como la corte, por serlo y por tener el cuidado de su empaque y de la gola, ha de hablar en verso, expresión la más genuina de la cortesanía del siglo XVI, utiliza los de su poeta: letrillas de la fanfarronada, sonetos de las pretensiones, romancillos de los amoríos, silvas de las ideas políticas. Lope no lleva en sí más genio ni otro aspecto humano que los que va heredando de la deshumanización madrileña.

Fijémonos bien: el cielo de Lope está muy alto; tanto que, muchas veces, al no sentirse oprimido, se olvida

de él. Y, sin embargo, es un cielo azul, sutil, luminoso; por ello, cuando se acuerda de levantar a él sus miradas, nótase inspirado, "abarca mucho cielo" y rima esas poesías religiosas impares en las antologías. El cielo de Madrid, ¿no es ese mismo cielo de Lope?

Fijémonos bien: el carácter de Lope es contradictorio. Se afana en lo absurdo. Se derrocha en lo baladí. Desdeña la continuidad en gustos y en anhelos. *Casi* llega a conseguir *casi todo*. Inicia lo estupendo..., pero no lo remata o redondea. Siempre tiene prisa por llegar no sabe dónde. Susurra armoniosamente; nunca consigue el tono normal. Adivina, pero no prevé. Pate-tiza gestos magníficos de gran teatralidad..., y no sabe vivir en actitudes poco expresivas, pero de utilidad máxima.

Hace falta ahondar muy poco en la historia de Madrid para no darse de cara con estas mismas calidades. Por ello, ni Lope ni Madrid fueron ni serán nunca universales, como París y Shakespeare. Tendrán siempre el más alto atisbo y la gran suficiencia de España; pero nada más. Quizá ni el uno ni el otro han pretendido otra cosa, porque ambos vivían de admirarse a sí mismos.

Cien veces los móviles más nobles del espíritu: el amor, el afán creador, la defensa de la patria..., y los más innobles: la alcahuetería, la trapacería, el horror a los "corchetes" judiciales, el miedo a la provocada venganza ajena, sacaron a Lope de la Villa. Apenas cerrado su horizonte, ya sentía el genio la nostalgia. Y solamente cuando la volvía a pisar respiraba a gusto, se movía alegre, pensaba hondo y hablaba inspirado. Espejo Madrid suyo, se asombraba de verse tan intrincado en las calles retorcidas, y tan estupendamente ingenioso en las gradas de San Felipe —peanillas del ingenio—, y tan orondo en las solemnidades cortesananas de los Filipos, y tan truhán en las covachuelas de la plaza Mayor y en los "corrales" del Príncipe y de la Pacheca, y tan caudaloso de oratoria galante en los aledaños del río.

Para no rezagarse en la importancia que iba adquiriendo la Villa, Lope, como insensiblemente, como fatalmente también, iba multiplicando sus actividades, abarcando más y más conceptos. El caleidoscopio ciudadano tendría todos sus reflejos en la obra del poeta. ¿Melo-dramas de capa y espada? ¿Esperpentos y *tarascadas* y escenificaciones religiosas? ¿Conmemoraciones de santos y santirulines? ¿Loas de cañas y toros? ¿Refranes, acertijos y epigramas en el Buen Retiro? ¿Conflictos de política internacional y de revuelos de faldas con embajadores y "correos"? Cuantos sucesos se recorren en el estudio de la historia madrileña se encontrarán registrados en la obra portentosa de Lope.

Y no, Lope no es universal. Humano como el que más y fuerte y profundo y caudaloso como cualquier otra corriente de ideas y de formas en el universo, tiene su venero en el campo que roturaron —"al alimón"— el barro gordo, insuflado de santidad, de Isidro, y la esencia inmaterial de los ángeles, y desemboca por meandros netamente ibéricos.

Pero ni Madrid, nacido a la vida cortesana en 1561, ni Lope, nacido del primer parto alharaquiento de la corte en 1562..., los dos tan iguales —tan espléndidos en poco tiempo, tan magníficos en medio de sus sinrazones—, los dos tan sacados de quicio por sucesos, dichos y complejidades en días en que no había noche española..., no podrían, aun cuando quisieran, cambiar su íntimo, su honrado modo de ser.

En Madrid, lo postizo es aquello que se va acumulando por interés: el lujo, el placer, el estruendo, la obsesión universal. Pero no olvidemos que el auténtico Madrid, enraizado en un delirio desértico, es el del alto cielo, el de la peana de piedra berroqueña, el del clima áspero por el que pudo vivir la bestia feroz y subsistir el aborigen cíclope.

En Lope, lo postizo, o, cuando más, lo esporádico es aquello que va acumulando la avulsión de su juventud deslumbrada y el aluvión de su virilidad atada de pre-

juicios: el amorío, la trampa intelectual, la tercería indigna, el sarcasmo del pan cotidiano. Pero al llegar a esa edad en que el hombre alarga su mano a su propia infancia para cerrar el corro de la vida propia, Lope se despoja de lo postizo y se aparta de "la escena" y, patéticamente, vuelve a su honrado, a su íntimo modo de ser. Es entonces cuando trasluce que todo él es como Madrid: nada más que mirada estática y anhelo místico, espíritu de piedra berroqueña.

Lope es Madrid. O a la inversa. Apoyados el uno en el otro, los dos son grandes, enjundiosos, desiguales. La Villa a ningún otro de sus hijos quiso más, tal vez porque en ningún otro se vió tan exactamente copiada. Insistamos. Lope nace y "se hace" en Madrid. Sigámosle. Le han bautizado en la parroquia de San Miguel de los Octoes el día 6 de diciembre. El compadre mayor, Antonio Gómez, y su mujer han sido los padrinos. Lope tiene ya tres años. Cinco años. Diez años. Su padre, el bordador Félix de Vega, le lleva de la mano, casi todas las tardes, al Buen Suceso, donde ayudan al bienaventurado Bernardino de Obregón a limpiar los tránsitos, a rehacer los camastros, a velar las agonías y las murrias de las gentes miserables. Desde años antes —quizá dos, tal vez tres— Lope, Lopillo ya piensa por cuenta propia. Y si no acciona es porque aun le intimidan las regañinas y los azotes. Niño prodigio por antonomasia, Lope comenzaría a escribir mucho antes de lo que le atribuyen los críticos de acendrado lopismo. Nada de a los once, ni siquiera a los diez, como afirma La Barrera para el inicio de su aprendizaje literario. A los ocho, a los siete años, sus primeras composiciones las publicaron las losas y los enjalbegados muros de los estudios "de la Compañía" —el llamado Colegio Imperial de San Pedro y San Pablo—. Eran composiciones breves —tan breves que, en ocasiones, constaban de una sola palabra—, escritas con un trozo de carbón o un cascote de cal. Las letras gordas, desiguales, caídas, componían epítetos graciosos contra algún dómine Cabra, de aque-

llos que con sangre *entraban* las letras; o invectivas contra personas muy serias, de las tan serias que amargan la feroz independencia infantil; o un mensaje para un amigo de trapatuestas; o un juicio sucinto acerca de un prójimo, pésima la intención y cruda la forma. En ellas no faltaría ya "el sello" originalísimo de Lope y se trasluciría en ellas lo más genuino de su espíritu impar.

El alma despierta del poeta, avisada como ninguna otra por la malicia, recogería con atisbos maravillosos toda la complejidad de la incipiente cortesanía de Madrid, que habría luego de inmortalizar en prosa y en verso. Rebelde, con azoguillo de interrogantes, con bullebulle de reconcomios, recorrería las calles, los mercados, las tiendas, los figones, los parnasillos sin techo, los rincones de los celestineos sin trampa, aprendiendo —y aprehendiendo— las frases picantes, los epítetos y adjetivos sintéticos del vernáculo madrileño y hasta sus salaces impertinencias. Ya inmortal, Lope adoraba aquellas frases y aquellos modos y modismos, giros y retruécanos, contrapelos y contrapuntos de aquel vernáculo y los consideraba superiores a los de otra cualquier parte del mundo.

El genio de Lope fué en su infancia, antes que nada o sobre todo, una admirable inquietud. Siempre la inconformidad. Siempre el "por qué no ha de ser esto así pudiéndolo ser". Vivía para sí mismo lo que años después gastaría, derrocharía, tiraría "por la ventana". Leía. Releía. Tomaba notas en su imaginación y en su romanticismo. Se alejaba de la casa paterna. Vivía intensamente. Atrapaba el detalle. Ceñía el concepto. Desnudaba las intenciones. Y vuelta a leer y a reír. Y a leer y a llorar. Campo propio. Aire propio. Los dos removiéndole los pocos años cuajados de comezones y de suspicacias. Escabulléndose de lo familiar, se iba introduciendo en lo local. Como Lope absorbió las posibilidades —y aun las probabilidades— patéticas de la Villa, la Villa absorbió a Lope. Los hechos y los sucesos

madrileños los veía Lope más afines y humanizados que los del resto de España, de Europa, del mundo. Los sucesos y los hechos madrileños eran los únicos que daban —por su resonancia y por su trascendencia— la vuelta al planeta. Los únicos que podían engendrar guerras, treguas poéticas pasiones, traiciones, sobresaltos, reconcomios. Una acción madrileña valía por dos acciones parisinas, por tres acciones londinenses, por cuatro acciones romanas. Y una omisión madrileña... ¡Ah! Una omisión madrileña se bastaba para interrumpir el pulso de los dos continentes.

Lope, acerca de sus estudios, nos hizo tres confesiones tímidas. Una en el proceso que, por injurias al cómico Jerónimo Velázquez, se le siguió en 1588. Otra en el inicio de *La Dorotea*. La tercera en *La Filomena*. De la primera son estos posibles infundios o relativas verdades: "... que estudió gramática en esta Corte, en el colegio de los Teatinos, y asimismo ha oído matemáticas en la Academia Real y esfera allí mismo, y esto lo ha oído de dos o tres años a esta parte". De la segunda confesión quedan estos asertos: que teniendo diez años, sus padres le enviaron a Alcalá, donde volvió, ya muerto su genitor, en 1588; que en Alcalá permaneció seis años. En *La Filomena* las confidencias se hacen en verso corriente y gracioso, lo que, si no añade verosimilitud, presta un singular encanto a la baladronada:

"Crióme don Gerónimo Manrique,
estudí en Alcalá, bachilleréme
y aun estuve de ser clérigo a pique;
cegóme una mujer, aficionéme;
perdóneselo Dios, ya estoy casado:
quien tiene tanto mal, ninguno teme."

Pero... Confesiones hechas sin que del rostro de Lope haya desaparecido su sonrisa. Su sonrisa natural en ih, pero esta vez sin recovecos y sin resquicios. Sonrisa de niño y grande, de quien no pone demasiado empeño

en ser creído, de quien casi, casi se alegraría de encontrar dudas para sus palabras. Porque es el caso que el problema de sus estudios "en serio" no lo ha planteado él. Ni unas circunstancias sugerentes. Ni los varios interrogantes, ni los puntos suspensivos de una charada tradicional. El problema lo ha planteado la crítica. Y porque lo ha planteado mal, o porque *se le ha ido*, es el caso que no lo acierta a resolver. ¡Y vaya si lo ha intentado! A derechas. A zurdas. Con prudencia. Sin tino. Por regla general, el crítico es un buen señor, con las entendederas remangadas, que contempla sonriente su esfuerzo; esfuerzo que, no obstante algunas deficiencias —jamás confesadas en voz alta y pocas veces a sí mismo—, le parece siempre que le ha salido bastante bien. Pues este esfuerzo, cada crítico lo ha enderezado a resolver el problema: ¿Dónde estudió Lope? ¿Cuál fué su cultura? Y cada crítico ha sacado su solución. Todas las soluciones son admisibles. Todas congruentes. Todas verosímiles. Lope estudió en los Teatinos. Lope estudió en el Colegio Imperial de la Compañía. Lope estudió en Alcalá. Sabía latín; aquel latín "que con sangre entraba", aun cuando se empezase por *musa, musae*, cabo de hilo de la poesía. Sabía un poco de griego. Lope leyó mucho a sus contemporáneos. Y comentaba a Cicerón y a San Agustín. Lope era culto. Y, en ocasiones, culterano. Y, con inconsciencia quizá, el creador del barroco literario, esto es: la clásica serenidad con el aditamento de un enrevesado decadente.

Sinceramente: ¿quién que haya leído una comedia de Lope —el Lope "monstruoso", el Lope cortesano es el de las comedias— ha podido adivinar las anteriores afirmaciones de la crítica? Ni latín. (Sí: que le devuelvan el precio de su sangre juvenil.) Ni griego. Ni patología. Ni resabios universitarios. Nada de ello se recoge en las redondillas y en los romances fluídos apasionadamente de labios de Belisa y de Belardo. Pero sí algo distinto. ¿Algo distinto?... ¿Qué?... Vida. Así, con mayúscula: Vida. La Vida, con mayúscula, es re-

donda como el mundo, cierta y escurridiza. Tal vez una misma cosa. Pero el mundo sin lo postizo, que es lo que se adquiere con el estudio, con la disciplina. El mundo con lo nonnato en él, porque existe desde el mismo ah celeste que él: pasiones, pasiones, pasiones. Y otra vez pasiones.

Lope sonríe... por lo que únicamente Madrid sabe. Y, por saberlo, sonríe Madrid. La Villa se hizo varita mágica de sugerencias para el poeta. La Villa le mezcló con los frailes rufianes, con los pícaros hidalgos, con los criados mendaces, con las esposas de tapadillo, con las dueñas celestinescas y santurronas, con los maridos cornudos. La Villa le perdió y le recuperó por sus tiendas y figones, por sus callejas y mercados, por sus atrios y sacristías, por sus ceremonias y festejos de un día sí y el otro también. La Villa le sopló los adjetivos sintéticos, las frases picantes, las salaces reticencias del vernáculo madrileño, que hinchaban y agracian la prosa, el verso y la acción. Madrid, capital del universo, abrió dos universidades de gramática parda y de ciencias infusas, y de ellas fué sopista, becario, doctor y catedrático Lope.

Ya mozo, Lope se asomó a Madrid como al portal de su mansión quien otea el buen día y la buena cara de la ciudad. Del marco de su curiosidad —que es el marco barroco de su puerta soberbia— sacó su cabeza juvenil y miró a diestra y a siniestra, a lo alto y al fondo. ¡Buen día para finflanear y brujulear! ¡Buen escenario para sentirse protagonista y declamar su recitado acompañándose de gestos y de actitudes heroicas! Por doquier mirase, todo le parecía ya suyo o asequible. Lo que adivinaba, lo que fantaseaba de aquel mundillo exterior —tan lleno de sugerencias y tan derramado de sugerencias— le hacía saltar el corazón de júbilo y alestar la voluntad de optimismo.

Si viene a pelo exponer con toda franqueza la opinión de aquel imberbe y espigado mozo —bachiller en letras o en gramática parda— habrá que manifestar que él

sólo se reputaba animal racional, animal poético, animal que ríe y dotado de inmortal espíritu, animal que, sin ser el único en caminar vertical, sí era el único en medir tres metros, seis metros, diez metros de altura. Los demás no eran, aun los más engallados y fachendosos de cuantos pasaban, sino bípedos implumes, gusanillos que se transformarían, o no, en mariposa. Aun sospechándose animal sometido en sus actividades electivas a frases precipitadas y a evoluciones absurdas, Lope pensaba que —podía muy bien pensarlo y aun decirlo, por supuesto— *el hombre era él*. Y si insistimos en el concepto de animalidad se debe a que aquella fuerza y aquel regodeo con que el poeta empezó a encararse y a descararse con la Vida eran sencillamente, auténticamente, escalofriadamente animales. Mucha imaginación tenía el mozo. Podía llegar hasta los mismos límites que encontró al mundo Marco Polo. Le era sumamente sencillo recorrer la Italia renacentista en unos cuantos minutos. Nada desconocía del París de los tres Enriques ni del Londres del rey Barba-Azul, protestante y glotón. Pero... él era madrileño. De nacer cien veces, las cien deseara serlo. Con la mirada luminosa tomaba posesión de una Villa que consideraba campo propio; fijándose con singular delectación en el perfil de una rinconada o en una perspectiva del desnivel urbano, le parecían dispuestos nada más que para su recreo. La mirada luminosa no era, como cuando soñaba, mirada primera hacia algo que se contempla y juzga por primera vez, sino mirada —sin interrogante, con signos admirativos, con rúbrica bajo el “visto bueno”— de quien se adentra en el corazón de su patria.

Porque su verdadera patria era Madrid. La única ciudad suya era Madrid. Sus verdaderos conciudadanos eran los madrileños. Lo bueno, en su existencia, únicamente de los madrileños podría venirle. Y cuando apuntase lo malo, si le llegaba de sus conciudadanos sería menos malo, resultaría más soportable. Veía Lope a los madrileños más fuertes, más inteligentes, más

simpáticos y serviciales que los restantes españoles. Los madrileños sabían hacer novelas de sus vidas. Los madrileños tenían una soberbia menos orgullosa y más seria que nadie. Los madrileños, cuyas manos movían la esfera administrativa del mundo, permanecían, no obstante, sobrios, austeros. Los madrileños sabían consonantar el anhelo del espíritu con el placer epidérmico.

Una acción madrileña removía más, hurgaba más en la Historia que dos acciones francesas, que tres acciones inglesas, que seis acciones italianas. El único defecto de Madrid —Lope así lo estimaba— era la indecisión. Lope creía que esta indecisión era exponente de su profundo cogitar, como en el rey rubio, bello y prudente, el Felipe II inmortalizado una vez más por los pinceles del Tiziano. Pero a él, tan espontáneo, tan sincero, tan llevado por cada sensación y tan traído por cada sentimiento, a él, tan exuberante, le parecía aquella indecisión un defecto. Los madrileños tardaban mucho tiempo en adoptar resoluciones extraordinarias. Los madrileños tardaban demasiado tiempo en cambiar de ideas y de ideales. Para el Lope mozo que asomaba su curiosidad a Madrid ya quedaban desprovistos de emoción, pero firmes en su recuerdo, los sobresaltos de su niñez. Las páticas piadosas del pío Bernardino de Obregón en el Hospital de la Corte. Las peleas a pedradas, a puñadas en las márgenes del Manzanares; más acusadas aquellas en que el arma de David salía volando en busca de cráneos que tundir. Las búsquedas de dorados residuos en los tenduchos de los batihojas. El sonsonete de las reglas aritméticas exigidas por los Teatinos, la palmeta enristrada. Los novenarios en el monasterio de "Las Carboneras" levantado en las casas propias del mayorazgo de los Ramírez de Madrid, o en el convento de agustinos calzados de San Felipe, o en el oratorio de la Victoria, fundación de los Mínimos en el mismo año de 1561, en que don Felipe II trasladó su corte a Madrid.

Decir que todas las imágenes que bullen en el re-

cuerdo del mozo son así de sentimentales sería decir mentira. Que ame mucho a su ciudad no quiere decir que cierre los ojos a la realidad que la califica. Y no desde ahora, mocedad ya con pruritos de crítica, sino desde mucho antes, infancia hinchada de anhelos y rota en suspiros.

Cuando Lope, a los cuatro años, a los cinco años —no olvidemos que le ha salido a Madrid el niño prodigio, el niño de las contestaciones reventantes y de las preguntas incordiantes, el niño a quien da gana de decirle “la burrada” que nos excita con su insultante prodigiosidad—; cuando Lope, a los cuatro, a los cinco años, abre sus ojos y sus entendederas hacia Madrid y recoge su estampa iluminada y comprende su indigencia espiritual, sufre su primera desilusión. La inocencia suele perderse de golpe y tontamente. “¡Madrid!”, piensa el niño. “¡Madrid!”, murmura el niño. “¡Madrid!”, grita el niño. ¿No era la capital de España? ¿No era la capital de España, y de las Indias, y de Italia, y de Flandes? ¿No era la capital del Universo? Siéndolo, debía ser también un vergel, un ensueño, el primor del estilo y la cueva de Alí-Babá, todo en una pieza. Cuando se es lo más, se debiera ser el tope de la imaginación y el freno del deseo. Lope, niño prodigio mira a su alrededor. ¿Qué ve? Polvo. Casones destartalados. Polvo. Callejas empinadas. Polvo. Un castillo. Polvo. Varios alcores y varios derrumbaderos. Polvo. Suciedad. Y para refugio de la asendereada mirada, un cielo alto, lo único limpio. Primera desilusión. Desilusión porque él, que no se ha movido de las cuatro esquinas de la Puerta de Guadalaxara, apenas cierra los párpados —¡y sin cerrarlos!— se imagina mil cosas mil veces mejores que aquellas que le rodean. Imagina un río hasta diez veces mayor que aquel Manzanares, al que le han echado un puente para un río mayor diez veces. Imagina no casones ni casuchas, sino mansiones, palacios, alcázares, moradas celestiales. Imagina unas rondas rectas, rectas, rectas, dibujadas en el cartabón del horizonte ra-

cional y con la escuadra del horizonte sensible. Imagina un tráfago y un trajín y unos trámites multiplicados por estos, no muchos, alardes que están, se suceden y mencionan con un cierto desorden a su alrededor. Puede imaginar hasta una capital donde el polvo ni cae ni se levanta... porque no existe el polvo. Únicamente no se imagina cielo más azul, alto y sutil, ni unos aires tan delgados, tan delgados que cortan las pleuras como un esguince de daga toledana. Lope de Vega muchacho amplía su desilusión precisamente con los sucesos que llegan a sus oídos envueltos en ecos de trompetas y en ecos de plegarias. España se ensancha a costa de Europa. Lope puede pasear sus ágiles dedos por la esferilla no con mayor rapidez que Felipe II su prestigio por los mares y las tierras de la realidad. Se derrota al feroz turco con emoción que desvanece al mismísimo romano Pontífice. Luminarias y salmodias y fanfarronadas llenan el ámbito madrileño. El orgullo español pone el pie sobre la cabeza del orgullo flamenco con la misma decisión y empaque con que un San Expedito, ordenador del "hodie" —hoy—, aplasta la cresta del grajo estridente del "cras" —mañana—. Más luminarias. Más salmodias. Más baladronadas. Nunca los galeones —naves híbridas— y los "filipotes" volcaron sobre los puertos españoles tanto oro para ser acuñado con la efigie augusta. Jamás azotaron mejor los mares remos de tantos navíos y de tantas galeras, galeazas, naos y carabelas, con los mascarones de las proas, los elegantes fanales, las pinturas de los paveses y la belleza de los estandartes, tendales y flámulas alusivas al poder de Castilla. Jamás tercios tan soberbios, de los que "metían una lanza en Orán" o de los que "ponían una pica en Flandes", recorrieron y apostillaron los caminos bélicos del mundo —lo conocido— y del semimundo —lo incógnito.

Y Madrid —pensaba Lope—, Madrid, cerebro que disponía todo aquello, ímpetu originario que movía todo aquello, fuerza centrípeta que recogía la gloria resul-

tante de todo aquello, espíritu que tamizaba y adaptaba a lo vernáculo el espíritu de todo aquello... permanecía tan pobre, tan pequeño, tan despreocupado, tan tumbadazo, decúbito supino —las manos cruzadas bajo la nuca— al sesteo, al ensueño.

Lope de Vega ha visto varias veces al monarca. Algunas de ellas, el rey iba a pie, con un cirio encendido en la mano, embirretado, entre obispos y comendadores. Tratábase de una acción de gracias. Algunas otras el rey iba en silla de mano, sin pompa ni estruendo. Siempre le pareció un coloso. Daba y quitaba reinos sin mayor importancia. En aquellas veces, en aquellos segundos, penetró por todos los poros del poeta, sensible y viva, una imagen más grandiosa que todos los cuadros de la Historia: el rey era España; el rey era Madrid; el rey hacía girar la esfera con la facilidad con que él —poeta— la movía en su estudio sobre el quicio de metal α con que el propio Copérnico la movió, por primera vez, nada más que en su pensamiento, unos años antes.

¿Y acaso, en un muchacho, el ver a un señor en el mundo no equivale al deseo de serlo él? Si Felipe II dispersaba las fuerzas españolas fuera de las fronteras de España, él, Lope de Vega absorbería las fuerzas mundiales hasta Madrid y para Madrid. Conquistador a la inversa. Más egoísta, pero más útil. Y empezó Lope por hacer de Madrid lo que Madrid debía ser: ombligo de la hispanidad, imán de las apetencias extrañas, Babel de los estímulos, escaparate de los gozos y privanza de los absurdos. Claro está que él no podía aumentar su caudal al Manzanares; pero como la importancia de un río está en el caudal que lleva o en las imágenes que de él se hacen, ¡Lope le dedicaría imágenes, imágenes, imágenes!

“Manzanares claro,
río pequeño,
por faltarle el agua
corre con fuego.”

Claro está que él no podía transformar el poblachón en una ciudad portentosa del Renacimiento italiano; pero sí podía dedicarle imágenes, imágenes, imágenes:

"En fin, ha sido cordura
dejar, Marcelo, a Milán
por Madrid, adonde están
las armas de la hermosura."

Claro está que él no podía sacar del polvo los palacios como la varita del mago britano Merlín; pero los sacaría de las imágenes, de las imágenes, de las imágenes:

"Edificios de Madrid
tras sí los ojos se llevan,
porque son como unas joyas
con tal valor y belleza,
que llama a los albañiles
una mi amiga discreta
plateros de yeso..."

Él, claro está, no podía hacer que floreciesen rosas en la peana de arenisca; pero las imágenes, las imágenes, las imágenes... ¡ya lo creo que podían hacer que floreciesen!

"Pintarte, Leonarda, el día,
y por el Prado la entrada,
fuera contar en abril
las flores que mira el alba."

¡Imágenes de Madrid! En cuanto se alejan de la Villa causan la misma admiración que si fueran verídicas referencias. Quienes juzgaran a la capital de España —sin conocerla— por el teatro de Lope, ¿no la juzgarían como algo excepcional? Tenía ninfas en las márgenes de su río. Tenía pensiles. Tenía mansiones. Tenía fuentes "que destilaban perlas". Tenía aires que aventaban aromas deliciosos. Tenía docenas de santos

exclusivamente dedicados a mirar por sus excelencias urbanas. ¿Era ésta la intención de Lope? ¿Había Lope conseguido su propósito? ¿Qué más podía pedirle Madrid, no el Madrid que no era, sino el Madrid que debía ser!

Cuando le llega la hora de amar —¡y qué pronto y qué apremiante le llega!— a Lope, sus amores son hondamente, netamente madrileños. Cuando hoy se quiere dar a una pasionilla olor, sabor y color madrileños se acude a estas evocaciones: ¡Lavapiés! ¡Chulerías! ¡Marchoserías! ¡Pinturerismo! ¡Calles revolcadas hacia el río! ¡Mocitas garbosas! ¡Chavales *con humos!* ¡Musiquillas pegadizas! ¡Dichos y dicharachos salaces e ingeniosos! Pues bien, ya en tiempos de Lope, Madrid barajaba tales admiraciones. Lavapiés era... Lavapiés, esto es: ronda democrática, campo donde ya empezaban a despuntar la flor del piropo y el cardo del desplante, cedazo para las legítimas y las falsas majezas, emporio del rechupete y del *pan pringao*, meca de lo genuinamente vernacular. La primera mujer amada en Madrid por Lope era ya la prechula, la premaxa, la prepinturera. Mujer pintiparada y peripuesta para Lope. Y el propio gran poeta, jovenzuelo, espigado, presuntuoso de sus prendas y de sus dotes, era ya el prepinturero, el premaxo, el precharrán.

Por el curioso libro de A. Tomillo y C. Pérez Pastor: *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos* —Madrid, 1901— sabemos con extraordinaria certeza los también extraordinarios primeros amores del genio. Hacia 1579, teniendo Lope diecisiete años, vivía en Madrid, a la entrada de la calle de Lavapiés, un representante llamado Jerónimo de Velázquez, en compañía de su mujer, Inés Osorio, y de sus hijos Damián, doctor en Leyes, y Elena. Estaba Elena casada, desde 1578, con el comediante Cristóbal Calderón, a la sazón ausente en Indias. Verse y amarse fué todo uno. Oigamos al propio Lope: "No sé qué estrella tan propicia a los amantes reinaba entonces, que apenas nos

vimos y hablamos, cuando quedamos rendidos el uno al otro" (*La Dorotea*, IV, 1). El regreso del esposo no fué causa suficiente para terminar con estos amores fogosísimos. O el marido no se dió cuenta o creería conveniente hacerse el distraído con autor que surtía de obras a su suegro. Lope cuenta con mucho desahogo y lirismo el regreso del ultrajado:

"Llegó Belardo a la Villa
y de su suegro a la casa;
sale a tener el estribo,
mientras de la yegua baja,
Fillis, abiertos los brazos:
marido y señor le llama;
él, señora y dulce esposa."

¿Cuándo, cómo y por qué terminaron estos tempestuosos amores? Oigamos al propio Lope: "Díjome un día con resolución que se acababa nuestra amistad porque su madre y deudos la afrentaban, y que los dos éramos ya fábula de la corte, teniendo yo no poca culpa, que con mis versos publicaba lo que sin ellos no lo fuera tanto."

La causa debió de ser muy otra. Apareció *un mejor partido* para el adulterio y los familiares de Elena se inclinaron resueltamente por él. Despechado el gran poeta, hizo circular por Madrid, durante los meses de noviembre y diciembre de 1587, dos poesías, en latín macarrónico una, intitulada: *In doctorem Damianum Velazquez*, y otra en romancillo castellano, en las cuales se hacía desprecio y mofa de Jerónimo Velázquez y su familia.

Se incoó proceso a instancias de los ofendidos. Los "corchetes" judiciales detuvieron a Lope en un corral de la calle de la Cruz la tarde del 29 de diciembre de 1587 y lo llevaron a la cárcel de la corte.

En el proceso quedó patente la culpabilidad de Lope. Como datos interesantes recogidos en la declaración de éste pueden apuntarse: primero, que vivía en la calle

de los Majadericos, en el mismo ángulo saliente que formaban los dos trozos de dicha calle, en una casa cuya portería trasera o de los carros daba al convento de Nuestra Señora de la Victoria. Casa que quedó en propiedad de Lope y que le rentaba cuatro ducados anuales; segundo, que había servido a don Pedro Dávila, marqués de Las Navas.

El 7 de febrero de 1588 los alcaldes tomaron el siguiente acuerdo:

“Confirmar la sentencia de vista en grado de revista con que los cuatro años de destierro de esta corte y cinco leguas sean ocho demás de los dos del reino, y los salga a cumplir desde la cárcel los ocho de la corte y cinco leguas, y los dos del reino dentro de quince días; no los quebrante sopena de muerte los del reino, y los demás, de servirlos en galeras al remo y sin sueldo, con costas.”

La pena de Lope por tener que dejar la corte fué inmensa, y le inspiró infinitos versos, entre los cuales se destaca —en la *Segunda parte de las Rimas*— aquel soneto que empieza...

“Hermosa Babilonia, en que he nacido
para fábula tuya, [ha] tantos años;
sepultura de propios y de extraños,
centro apacible, dulce y patrio nido.”

En su primer amor madrileño Lope quedó como lo que era. Como un premajo. Porque cuando Lope se acerca sumiso como un cachorro, a la reja imantada de Elena, mientras ella retoza dentro con el Don Bela cuyos dineros pasarán por el agujero de las manos de *Filis* a las manos agujereadas del consentido y resentido poeta, Lope no es un amoral: es, sencillamente, un prechulín. Porque cuando Lope lanza, semiamparado en el semianónimo, unos libelos difamatorios —que no es lo mismo que calumniosos— contra su amante y los padres de su amante, y cuando, atemorizado por las leyes, reniega de ellos casi lloroso —el imberbe aún o el bar-

bilampíño ya—, Lope no es un rufián: es, sencillamente, un precharrán. La charranada tiene más ingenio y menos graves consecuencias que la rufianería.

También muy madrileño es el casamiento de Lope. El 10 de mayo de 1588 se verificó en Madrid un contrato matrimonial de Luis Rosicler, en nombre y en virtud de un poder de Lope de Vega y Carpio, con doña Isabel de Alderete, hija de don Diego de Ampuero Urbina Alderete y de doña Magdalena de Cortinas Salcedo.

Las circunstancias de este primer matrimonio fueron altamente dramáticas.

En "El Inventario General de las causas criminales que se hallan en el archivo de la sala de alcaldes de casa y corte de S. M.", al folio 135 se lee: "Lope de Vega. Ana de Atienza y Juan Chaves, alguacil, *por el rapto de doña Isabel de Alderete.*"

Como la fecha de este rapto fué anterior al 10 de mayo de 1588, hay que preguntarse: ¿Raptó Lope a doña Isabel antes de salir para el destierro? ¿Vino desde Valencia a cometer este nuevo delito? Por de pronto hay que suponer que el poeta ya estaba en relación con la dama mientras se le seguía el proceso por los libelos. Rennert opina que Lope, arriesgando incluso la vida, llevó a cabo el rapto antes de salir para el destierro, ligando así audacia con audacia.

Madrid pierde a su genio durante bastante tiempo. Apenas casado unos días, se alista en la Armada Invenible. En Lisboa se despiden marido y mujer, y la despedida nos queda en aquel bellissimo romance:

"De pechos sobre una torre
que la mar combate y cerca,
mirando las fuertes naves
que se van a Inglaterra,
las aguas crece Belisa
llorando lágrimas tiernas,
diciendo con voces tristes
al que se parte y la deja:

—Vete, cruel, que bien me queda
 en quien vengarme de tu agravio pueda...

.....

 Así se queja Belisa
 cuando la priesa se llega;
 hacen señal a las naves
 y todas alzan las velas.
 —Aguarda, aguarda —le dice—,
 fugitivo esposo, espera;
 mas ¡ay! que en balde te llamo;
 ¡plega a Dios que nunca vuelvas!
 Vete, cruel, que bien me queda
 en quien vengarme de tu agravio pueda..."

Varios años pasó Lope desterrado de Madrid. Los pasó en Valencia, en Toledo, en Alba de Tormes. ¿Puede dudar alguien que amó a muchas mujeres en aquel tiempo y en estos lugares? Amar era designio de Lope. A todas horas. En cualquier escenario. A las de ojos claros de Melibea. A las de ojos azules. A las de ojos verdes. Amar con fiebre alta y con nervios agudos. Amar porque sí y sin porqué. Pero de tantas hembras como codiciadas y rendidas, de tantas mujeres amadas a quienes se rindió, únicamente son conocidas las madrileñas —de natividad o de adopción—, las que en Madrid mueven los vientos para que el genio se los beba.

Hacia 1596 Lope ya ha enterrado a su mujer, Isabel de Urbina, y a Teodora, una de las hijas que tuvo con ella. Y ya ama apasionadamente de nuevo. Micaela de Luxán se llama el señuelo amoroso. Pero el poeta es poeta para romper la prosa, para revalidar la prosa, para poetizar en prosa. Lope le da un nombre poético: Camila Lucinda. Camila Lucinda es un tipo de hembra opuesto al de Filis —Elena Osorio—; Filis fué la pasión casi infantil del poeta. Filis, cuando la requirió Lope, tenía buen aire y buen talle; ojos claros como los de Melibea, un tantico desvergonzados; entendimiento notable de bachillera, condición decididamente

amorosa, pero más pasiva que activa; el hablar suave, con un poco de ceceo, "con que guarece de oro cuanto dice"; boca graciosa, cutis trigueño y el cabello algo crespo. Filis estaba modelada en picardía y llena de chispa. Camila Lucinda era "una mujer hecha". Camila Lucinda era el erotismo en "una color nacarada", en unas caderas anchas y en una risa sugestiva. "Até su libertad con mis cabellos", le hace decir el poeta. Y atado permaneció casi una década. Atado y rastreando y venteando en su lujuria. Camila Lucinda le arrastraba al paroxismo. Él seguía a Camila Lucinda como un perro. Cuando unos ojos azules se deciden a ser voluptuosos, ni los negros —patetismo— ni los verdes —afrodisia— consiguen calentura tan alta. Camila Lucinda tenía los ojos azules.

"Ojos por quien llamé dichoso al día..."

Terrible servidumbre la de Lope, que ¡oh prodigio! no le trae ni la tristeza de la carne (*post coitum caro tristis*), ni el amargo sabor de boca, ni el arrepentimiento de corazón. Durante casi una década la existencia no fué para él otra cosa que un sexo. Muchos hijos nacieron de estos amores refugiados en la collación de San Vicente. Hijos tan madrileños en su carne como lo eran en el sentido los de su pluma y su ingenio. Los dos últimos, Marcela y Lope Félix, nacieron en 1605 y 1607. Los precedentes, muchos de ellos muertos de infantiles, se llamaron Agustina, Dionisia, Angela, Jacinta, Mariana, Juan y Félix.

Nadie piense, sin embargo, que en dicha década Lope permanece fiel a su amor Madrid contempla con estupor —en el que hay más regocijo que reproche— la ventura y la desventura epidérmica de su hijo predilecto; su añagaza social; el interés *prosaico* de su tunería y de su tunantería. En 1596 se le sigue otro proceso por concubinato con Antonia Trillo, mujer del barcelonés Luis Puche. Y en 1598, a 25 de abril, contrae

nuevo matrimonio con doña Juana de Guardo en la iglesia de Santa Cruz celebrando las velaciones en el templo de San Blas, de la misma Villa y Corte, el 3 de mayo siguiente. Doña Juana era hija de un abastecedor de tocino de la carrera de Lavapiés. Y más hijos. Estos legítimos. Más hijos madrileños: Feliciano, Carlitos. Y quedaba aún el amor senil, el más concentrado. Hacia 1616 Lope está entregado —anonadado— en el amor de Amarilis —Marta de Nevares—. Amarilis es el ímpetu espiritual que ennoblece la materia y dulcifica el trato de los cuerpos. Amarilis es el estímulo cordial cuando ya al corazón le amagan los colapsos. Amarilis es la idea redentora en lo más oscuro de la desesperanza. La purificación por el sufrimiento. El triunfo de la serenidad otoñal sobre la libidine canicular. Sin los hábitos profanados, Amarilis fuera esa doña Inés —asustadiza de puro cursi y arrastrando las consonantes— que disputa al demonio el alma de este don Juan *sui generis* y logra rescatarla para la eternidad. Que pudiera ser en este caso la inmortalidad.

“Amar tu hermosura,
gracia y discreción,
no quiero, Amarilis,
que se llame amor.
Méritos del alma,
justicia y razón,
quiero amor que sea
el amante yo.”

Amarilis —habla Lope— tiene los ojos verdes.

“Madre: unos ojuelos vi
verdes, alegres y bellos.
¡Ay, que me muero por ellos
y ellos se burlan de mí!”

Amarilis es pechisacada y “tan rotunda de caderas como recogida de cintura”. Habla con acento dulce y mate; pisa “con sopeso de majestad”; nada piensa ni

propone que "desdiga de su alteza". Madrid ve a este clérigo desvergonzado —que es el primogénito de su grandeza— cogido del brazo de esta malcasada, mientras le recita madrigales apasionados que por ir entreverados de latinajos y citas canónicas resultan más luciféricos. Madrid —pocos años después— contempla a este clérigo avergonzado en cuyo brazo se apoya la que fué malcasada, viuda ya, cegada y canosa y triste.

Dicen que el mucho amor ofusca y engaña. Quizá sea cierto. Porque Madrid no sufrió con las pasiones desenfrenadas de Lope. Es más: si Madrid entorna los párpados... ¡qué bien ve a su Lope de los mejores momentos! Primero le ve y reanima cuando ya hace ronchas en el sexo bello. Es alto y moreno, pálido y delgado. Tiene —según él mismo confesaba— "el alma portuguesa y dulces los ojos". Lleva a cuestras años de pubertad borrascosos y alocadamente vividos. Su pluma, movida con vértigo, no rezuma sino gracejo y jocosidad. ¡Qué bien le hacen la lechuguilla, las calzas de cañones, el jubón de nesgas y alagartado sobre la farseta, los pasamanos y botonaduras de seda, y, por fin, la tudosquilla de raja y la gorra con garzotas! Soberbio tipo de conquistador. Tiene perilla —boceto o esbozo de perilla— y bigotes que atusarse. Las frases crespas de la nueva moda le fluyen inagotables ante las mujeres, engolosinadas primero y después intimidadas. Sí, este Lope es el genuino Don Juan, que, movido únicamente por las posibles desagradables consecuencias de sus actos, desfigura las intenciones con tropos de dición y vela los sucesos vividos con tropos de sentencia.

¡Buen retrato de Lope! ¡Buen recuerdo de Lope! Pero si Madrid vuelve a entornar los párpados... el otro recuerdo no es menos bello ni el retrato guarda menor parecido. El otro Lope que recorta y perfila la imaginación es un Lope maduro, emborronador de papeles canosos, poseedor de ojos táctiles para las hembras, remedo no corregido ni disminuído del legendario burla-

dor sevillano y aun su precursor y paradigma. No intenta presumir demasiado este Lope. Se le ve embatido en negra ropilla filipina. Prescinde de lo que en su tiempo se llamaba "muda para la cara": afeites y cosméticos. Pero... ¡qué turbadores son sus ademanes! ¡Cómo remueven los posos de la inquietud que hay en el fondo de cada espíritu de sus palabras, siempre dobles, suaves, sutiles! ¡Su mirada se siente en la epidermis como un tacto moroso! No; en este Lope no se conciben pasiones cerebrales, semejantes a la de Dante por Beatriz; ni amores de hondas consecuencias, tal que los de Petrarca por Laura; ni siquiera estímulos incomplejos, alegremente bárbaros, como los que gustó y rezumó en tetrástrofos el pantagruélico Juan Ruiz, arcipreste de Hila. En este Lope no se adivina sino la voluptuosidad acibarada por la conciencia.

Y Madrid que lo conoce, porque le ha parido, como Júpiter a Minerva, de su cabeza, y porque lo ha formado característicamente, genialmente, sabe que no es burlador de amores, sino burlado en suma. ¿Cuántas esposas ha tenido? Dos. ¿Cuántas amantes? Que puedan señalarse con el dedo... ¡cuatro! ¿Cuántos hijos? Catorce... Quince... ¿Cuántos años vivió? Setenta y tres. ¿En qué época los vivió? ¡Ah! Época de amores y de enredos era aquélla. El rey don Felipe IV, cuya actitud más digna es la que le ha conservado Pietro Tacca en la antigua plaza de Oriente —en bronce y a caballo rampante—, tuvo dos mujeres, quince amantes, treinta y tantos hijos naturales. El de Lerma, que se llevó la Corte de Madrid, tuvo trece amores. Olivares, el dignificado ante fondos agrisados y plateados velazqueños, ocho. Villamediana, el que picaba bien pero picaba alto, ¡veintidós! No digamos nada de los hombres de letras... El capigorrón, cojitranco, emperillado y melenudo don Francisco de Quevedo anduvo a estocadas y a letrillas por damas de la mano zurda. Clérigos hubo —regulares y seculares— como el magro don Tirso y el enverdecido don Luis, "racionero cordobés",

a quienes tuvo que amenazar el poder eclesiástico "por andar en malas lenguas y con malas cómicas de la legua". Hijos naturales tuvo el aspavientos don Pedro Calderón, representante de la poesía celestial en la tierra, y aun se susurra que por huroneos de faldas cometió sacrilegio. Y hasta el bueno, el sencillo, el entristecido Miguel de Cervantes —soplón de molinos manchegos y prestimano de ensueños— amantes tuvo "con sus consecuencias".

Todos, sin embargo, sintieron el rubor de ocultar sus pecados. Y aquí radica su diferencia con Lope. Este tuvo el valor —o la desvergüenza, envés del valor— de hacer reclamo de sus propias debilidades. Valor. Despreocupación quizá. Confianza en sí mismo. Madrid no lo ignoró. Su Lope se notaba ancho, alto, hondo; se notaba duro y resbaladizo como piedra de mar. Su acción era tan constante y tan decisiva que abrumaba, que sobornaba todas las críticas y todos los sentimientos de la comunidad española.

Pero su temperamento no le hizo ser ni cruel ni efímero con las mujeres a quienes realmente amó. Cinco años duraron sus relaciones con Elena Osorio. Nueve, con Micaela de Luxán. Dieciséis, con Marta de Nevarres. Pero ni a éstas ni a sus esposas las olvida fácilmente. Al año de viudo, aun llora hondamente a su mujer doña Isabel de Urbina:

"Belisa, señora mía:
hoy se cumple justo un año
que de tu temprana muerte
gusté aquel potaje amargo
Sólo yo te acompañé
cuando todos te dejaron,
porque te quise en la vida
y muerta te adoro y amo."

Muchos años han transcurrido desde que terminaron sus amores con Filis. ¿Muchos? ¿Veinte años? Treinta... ¿Cuarenta años! Él es un clérigo viejo. Y, sin

embargo, aun la recuerda... ¡Filis!... Y no quisiera verla, derrotada por la edad, "porque aun no la ama tan poco que desee encontrarla fea". Y cuando la implacable Némesis se cobró antiguos réditos, y quedóse Lope sin aquellos ojos "color de esperanza" —porque cegaron— y sin aquellos pensamientos activos —porque su razón perdióse, muerta Amarilis—, el septuagenario cree que el cielo se ha desplomado sobre su cabeza.

"Ya es muerta, decid todos...

.....
 Aquella cuyos ojos
 verdes, de amor centellas...

.....
 Aquella cuya boca
 daba lición risueña,
 al mar, de hacer corales;
 al alba, de hacer perlas.

.....
 Aquella cuyas manos,
 de vivo azahar compuestas,
 eran nieve en blancura,
 cristal en transparencia;
 la que en la voz divina
 desafió sirenas,
 para quien nunca Ulises
 pudiera hallar cautela.

.....
 Venid a consolarme,
 que muero de tristeza."

Quien así se duele y rememora, ¿adolece de corazón duro? ¿Alardea de cínica despreocupación? Madrid sabe que a su Don Juan —a su Lopillo— entre el temperamento y las hembras le traen y le llevan, le entran y le sacan desacompañadamente, desapiadadamente. Y que él no hace sino gritar mucho, gesticular mucho, engañar y engañarse mucho.

Ya en otro lugar hemos dicho que: "Únicamente la pasión que tuvo Lope por Madrid explica la devoción,

húmeda de ternura, que le inspiró San Isidro. Ningún santo menos complejo que el labrador de los ribazos del Manzanares. Iván de Vargas, su amo, le creía lerdo. María de la Cabeza, su esposa, le comparaba con el pan de hogaza —de harina mal cernida—, todo suave en la redondez familiar al regusto. Nosotros le imaginamos con el sombrero haldudo, zamarra ocre polainas de piel de oveja, tal que un pastor de villancico. Ningún hombre más complejo que Lope. Tanto, que no logró salirse de sí en setenta y tres años, ni aun jugando, como cualquier dios, a crear y a destruir mandos. ¿Cómo pudieron identificarse? Lo cierto es que al poeta le encanta la simplicidad del patrono y no la cambiara por la sutileza de un Agustín de Hipona ni por la exégesis de un Jerónimo. Tal afeción pudiera radicar —¿por qué no?— en el contraste. Aquellas nimiedades multiplicadas en el papel de aleluyas: Isidro orando para que reviva su borriquillo y mueran los lobos que lo dentellearon; Isidro dando con su cayada en el pedernal para que brote el agua limpia y fresquita y en ella sacie la sed su amo; Isidro celando a su esposa, de la que le han susurrado malicias, y contemplándola pasar el río sobre su mantilla; Isidro haciendo subir las aguas del pozo, para que el pozo le devuelva la personilla de su hijo... son nimiedades, en efecto. Nimiedades cuya mejor expresión está en el pareado macarrónico impreso sobre estraza verde, o amarilla, o roja, o azulencia. Milagros más humildes que las florecillas de Asís. Pero... ¡cómo se entusiasma Lope con la sencillez! Si a él le dejaran las mujeres, los preceptistas aristotélicos y "moscardones y tábanos" literarios, la comezón de llenar pliegos y pliegos con pasmos y espasmos en letra menuda, el azoguillo de las antesalas y el "picante" de las sobremesas... ¡él sería igualmente sencillo, humilde y pueril! Isidro es su paradigma. La romería de Lope, en los días acedos, es la del santo labrador: barrio de la Morería, portillo de Toledo, ronda de las Delicias, altozanos de la puente segoviana. El poeta genial de-

dica al humilde criado su poema más sentido y terso. Y las quintillas, suaves de pasar como abalorios de plata entre los dedos, le reiteran madrileño isidril:

“Más huelgo de haber nacido
pobre en la tierra, abatido
entre los pies de la gente,
que en otra alguna altamente
honrado y favorecido.”

.....
.....
“Y si tu ser soberano
ofende tu ruda mano,
labra mi ingenio mejor,
o celestial labrador,
pues ya eres cortesano.”

Lope se alegra de que sea Isidro el mediador entre el cielo y la tierra madrileña. Se alegra de poderse simplificar y notarse, de vez en vez, con el corazón puro sonándole en la boca. Y desearía muy de veras, ablucionándose en su contrición, seguir el camino terronero de los bueyes rubios yugados al arado, para sembrar en la tierra de sus ilusiones lo mejor que haya sembrado en el papel: pensamientos luminosos, ejercicios espirituales, trenos divinos y humanos, sonrisas sin cuajar y llantos cortados. Por este deseo apenas hay motivo en el alma de Lope que no tenga vibración o, cuando menos, su eco en el poema; y a la posteridad se nos presenta un Isidro sencillo, sí, pero “desenvuelto”, saturado de tradición castellana y de erudición popular.

Lope se conmueve con la tosquedad y la cabeza “a pajaritos” del patrono y, sin embargo, quizá sin darse cuenta, movido únicamente por su complejidad, le va ganando fama y abolengo, le libera de los honrados apuros de cada día, le abrillanta la estrechez, el candor y la miseria de su existencia mezquina, le consigue una ultrapersonal transcendencia nacional e histórica.

¿Cómo, si no es por los afanes madrileños, podría explicarse ese ir del brazo de la santidad con el genio? No hay —conformémonos con testificar: en España— autor alguno que, a lo largo y a lo hondo de su obra, se complazca en delatar su tierra como Lope. ¡Y con tan bellas y tan rotundas referencias! Porque hasta de las peores añagazas de la corte él hace garbos, quiebros y madrigales. Oidle... Oidle...

“Vientos que en Madrid soléis
llevar de sus sucias calles
más liquidámbar y algalia
que hay en treinta Portugales...”

Oidle... y no le habléis a Lope mal de la Villa porque se tapaná los oídos y cerrará los ojos a la realidad y os despreciará en prosa o en verso, con el gesto o con el ademán. Madrid es su medula. Madrid es su entraña. Madrid es su sangre. Madrid es su inspiración y su aspiración. Y él, el segundo creador del universo —porque nadie sino Dios creó más que él— os hará comprender cómo, si no en siete días, sí sin salir de Madrid, se puede, ya que no recrear, al menos sonsacar otra Humanidad.

De cuantos actos realizó Lope por “notarse madrileño” quizá en ninguno se esmeró tanto como en presidir las justas poéticas con que, en los años 1620 y 1622, se celebraron la beatificación y la canonización del santo patrón de la Villa. Al presidirlas, tal vez recordaba aquella imagen de Isidro que decoraba el aula del Estudio de la Villa, en la caediza calle de Segovia. Imagen sencilla —el santo labriego, de rodillas; los bueyes rubios, pausados; el ángel, como transparente— que tanta impresión le hizo y a cuyo pie se alargaban aquellos versos latinos, puestos por el licenciado Juan López de Hoyos, que él delectaba orgulloso, sabiendo su significado:

*“Auspice te Isidre vigebit nostra camoena,
Auspicio siquidem coepit et aucta est tuo.”*

Recordaba quizá sus visitas al templo de San Andrés —donde se guardaban los restos mortales del santo— y a la ermita ladera del Manzanares. Recordaba sus beboteos en la fuente milagrosa que descalenturaba “a quien calentura trujere”. Al menos, a estos recuerdos aludía en el prólogo de una de las justas:

“Sabed, ¡oh labrador divino mío!,
mi padre, mi señor, mi amor primero,
pues desde niño a vuestra ermita santa
del alma me llevaba un dulce afecto,
tan tierno, que pensaba que los grillos
por aquellos sembrados
cantaban vuestro nombre,
y los cogía con mayor respeto,
por ellos olvidando pajarillos,
de más pintura, habilidad y méritos.”

Más adelante, el memorador Lope había de escribir, para que los esculpiesen los plateros de Madrid en el arca de plata que había de encerrar el cuerpo incompleto del santo, estos sencillos y emocionados versos:

“Esta urna sacra encierra
más cielo que tierra, y fué
de un labrador cuya fe
labraba cielo a su tierra;
imitando a Eloy en celo,
los plateros la labraron
para decir que engastaron
de todo Madrid el cielo.”

*

Lope nunca perdió la intención de residir “para siempre” en Madrid. Una de sus mejores ilusiones fué tener una casa propia “para siempre”. ¿Dónde? Desde luego en la parte que él llamaba “su medio Madrid irrenunciabile”. En este medio Madrid vivió siempre. Primero, en las casas de Soto, junto a la Puerta de Guadalaxara. Después, en la calle de los Majaderitos. Más tarde, seguramente, en la calle del León, al lado del

Mentidero de los Representantes, donde tenía su domicilio Antonia Trillo. En 1607, a 22 de octubre, compró en pública subasta, a Juan Miguel Negro, unas casas en la calle de Los Fúcares, cuyo arrendamiento era el de cincuenta ducados al año. Pero estos domicilios eran efímeros. Él deseaba el domicilio "para siempre", el del encariñamiento, el de la costumbre, el domicilio que se asimila las horas domiciliadas del espíritu; el domicilio que adquiere fisonomía y trascendencia; el domicilio que da las horas íntimas y que es como el marco del aspecto humano más concreto. Este domicilio llegó, por fin, el año de 1609. Este domicilio estaba *precisamente* en su medio Madrid irrenunciable. "Y eso que Madrid todo era de Lope. El atrio de una torre. El recalzo de una celosía. El empedrado de una calle. La facha de un "corral" de comediantes. Hasta los madrileños parecían también de Lope. Coro bien ensayado para la comedia dramática de su vida. Expectación pre-dispuesta favorablemente para el realismo de su teatro. Cada madrileño, cruzándose con Lope, era una ceremonia suave —de p'luma o de perilla— o una sonrisa, un redondeamiento admirativo de labios o un ceño cerrado de envidia... ¡Todo Madrid es suyo! Pero como el poeta es generoso... renuncia a parte de Madrid. A la parte que se derrama a la derecha del Arenal de San Ginés, de la Puerta del Sol y del camino de Alcalá. Su Madrid irrenunciable es el otro medio. El que va de la Carrera de San Jerónimo a los derrumbaderos de Lavapiés, y de las Gradas de San Felipe a las Cavas. En este medio Madrid ha nacido, ha amado, ha luchado. En este medio Madrid consiguió su gloria de la pluma y la gloria —ésta bastante más escasa— de la hacienda. En este medio Madrid recogió toda su cosecha de dolor, y en él quisiera morir. Es este medio Madrid el que le sonsaca un entusiasmo redondo, para mejor sentirlo sin la preocupación de las aristas, pesado para hendir mejor los aires, duro para destruir cuantos obstáculos encuentre a su paso, como canto de río."

En este medio Madrid, hacia 1609... su casa definitiva. Definitiva hasta el morir material. Más definitiva hasta la glorificación espiritual. La casa estaba situada en la calle de Los Francos —hoy de Cervantes—, a mano izquierda entrando por la del León; llevaba el número 11 y tenía —en 1613— un frente de 57 pies y una anchura de 100; constaba de dos crujías y de un patio, convertido pronto en jardín por el poeta. Le costó la cantidad de 9.000 reales. Sobre el dintel de la casa campeaba esta inscripción:

PARVA PROPIA, MAGNA.
MAGNA ALIENA PARVA.

¿En qué clásico se encontró jamás, con tanto aticismo, tanta conformidad mística? En su epístola poética al escritor Francisco de Rioja, Lope ilustra el mote admirable del dintel:

“Que mi jardín, más breve que cometa,
tiene sólo dos árboles, diez flores,
dos parras, un naranjo, una mosqueta.
Aquí son dos muchachos rui señores,
y dos calderos de agua forman fuente,
por dos piedras o conchas de colores.
Pero como de poco se contente
Naturaleza, para mí son viles
Hibla, monte feraz, Temple eminente,
hespérides, adoneos y pensiles.”

¡Su casa! Su mujer. Sí: ¡su mujer! Aquella doña Juana, suave, lenta, blanda..., ¡pero que era su mujer! Y sus hijos legítimos. Feliciano, obesa y cachazuda. ¡Y Carlitos! ¡El rey de la casa!... ¡Parecía mentira!... ¡Hogar!... ¡Felicidad!... ¡Él! ¡Él!

“... cuando amorosa amaneció a mi lado
la honesta cara de mi dulce esposa,
sin tener de la puerta algún cuidado;
cuando Carlitos, de azucena y rosa
vestido el rostro, el alma me traía
cantando por donaire alguna cosa...”

¡Hogar! ¡Matrimonio! ¡Madrid! ¡Felicidad! Aquello que era... ¿era posible? Para no creerse soñando entraba y salía. Y rezumaba su dulzura. Y con los años ya maduros no desdeñaba la zapateta ni las voces. ¡Tantos años y tantos afanes en busca de una teoría de la emoción! Y... la emoción podía ser aquella minúscula, cotidiana, sencilla. Emociona leer, en el acta-inventario que redactó Joan de Piña —5 de febrero de 1627— los bienes que conservaba Lope en su casa. Bienes gananciales, que son los más íntimos. Bienes con una pátina de familiaridad. Bienes espiritualizados con el roce. Bienes vinculados a las horas de quienes los disfrutan.

"... más una cama de camino leonada de Raxa bordada de raso.

Mil y quinientos libros.

Dos arcas de ropa blanca.

Dos baúles de bestidos.

Más dos escritorios de nogal.

Un San Isidro de bulto.

Los tafetanes y las colgaduras de su aposento..."

Muchas, muchas son las efemérides madrileñas de Lope a partir de 1610. Son veinticinco años de interesantísima vida. Queremos poner un hito de referencia en algunos menos conocidos o que fueron más decisivos en aquella existencia vertiginosa, que, al decorar sus propias acciones, adquiría una semejanza impresionante con Saturno devorando a sus hijos.

1609.—En el verano de este año Lope ingresa en un feudo que no es de Marte. Ni de Venus. Ni de Minerva. Tres dioses que eran los suyos. Por obra y gracia de su azoguillo, de su rijosidad y de su talento. El feudo en el que ahora con pie derecho ingresa es como una antesala del universal feudo de Dios: la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento establecida en el Oratorio del Caballero de Gracia.

En aquella antesala advertíase ya, como un anticipo

de excepcionales consecuciones, el sentido, el ribete y el eco de un vocablo anacrónico y prometedor: euforia.

Clérigos orondos. Magnates píos. Villanos cazurros. Euforia. Ganas de vivir en paz y en gracia de Dios adormeciéndose con la monserga declamatoria de un "páter", con el estribillo del motete, con el *ay* del suspiro y con el *eh* del semisuspiro. Lope, desde 1609, es un esclavo más. Se olvidará muchas veces *de los grillos* que pudieran adunarle a su responsabilidad canónica; pero la marca de su esclavitud —ficción en verso y prosa de su misticismo de antes y de ahora— la llevará para siempre a relieve, en la carne y en el alma, como los verduguillos de los hierros al rojo vivo.

Ante la Sagrada Forma, Lope, esclavo, hincará las rodillas, pondrá la frente sobre las losas y se notará conmovido con el espeluzgo de las cosas suprasensibles, incomprensibles y, difícilmente, presumibles. Y cuando logre escapar del momento y del templo, lo hará con un persignamiento meticuloso, con un amplio signamiento, húmedos de agua bendita, y sin volver la cabeza y con temor de erguirla.

1610.—A 10 de enero de este año ingresa Lope en el Oratorio de la calle del Olivar, cuya Congregación había sido fundada en noviembre de 1608 en un convento de trinitarios descalzos.

Lope, cada trescientos sesenta y cinco días —o sesenta y seis— sentía la necesidad de engañarse. ¿Un escándalo mundano? La reacción dictaba: un jalón de penitencia. El ayuno. El rezo. La disciplina. Después de un desastre espiritual, Lope no se presentaría ante su conciencia sin el obsequio, *ganzúa* de los perdones. Y como sus pecados lo conseguían todo, todo habrían de lograrlo sus granujerías, sus lagoterías, sus carantoñas de compunción. Se sacaría sangre del lomo con las disciplinas. Ayunaría; un vaso de agua y seis uvas; un vaso de agua y dos albaricoques; un vaso de agua y dos puñados de pasas, o una tajadilla de melón... En vez de la sopa *de ojos* con la substancia de tocino ran-

cio, del almodrote de oveja. Sería congregante, esclavo, terciario, clérigo..., ¡lo que fuese preciso!

Autores hay quienes no interpretan así esta búsqueda de motivos religiosos. Lope se hizo congregante como quien se hace —¿se nos permite el barbarismo?— *clubman*. En el siglo XVII una Congregación era un club. Los congregantes debían respetarse, auxiliarse, oírse con paciencia. En el siglo XVII una Congregación tenía algo de Sociedad de socorros mutuos. Se explica que el hombre de letras anhelara entrar en ella. ¡Ahí es nada! Hacerse oír. Dejarse ver. Recibir la limosna disfrazada de préstamo.

Lope de Vega ingresó en el Oratorio sin estas miras inmediatas. No le verían. Pero le importaba muy mucho que, sin escucharle, dejaran de aludirle. Congregantes eran aquel pobre diablo de Miguel de Cervantes —brazo seco, calzas arrugadas, melancólico aspecto—, y aquel endiablado pobre Francisco de Quevedo —zambo, con los inmensos anteojos como "un par de huevos mal estrellados y peor fritos", barítono y con vocabulario teñido de *ajos*—, y aquel truhán de Vélez de Guevara, y aquel fantasmón de Calderón...

En aquel club hacía más y mejor gracia quien sacaba punta más fina al dicho o al hecho o al por decir o al por hacer de Lope. ¿Podía no interesarle a éste acallar al monstruo de la anécdota?

1611.—Lope ingresa en una nueva Congregación: la Orden Tercera de San Francisco. Ya lo sospechábamos. Puesto en cualquier pendiente, Lope ni se resistía ni buscaba un descenso más lento. Hasta el fondo, parecía desear. Hasta lo más alto, que es lo más hondo a la inversa. Terciario. Casi militante, con la primera Iglesia. Si sobre su carne no ponía el hábito pardo, obligación suya era poner un tono mate a su vida. El tono gris de la inapetencia intelectual. El tono aguaguardiente de la serenidad. El tono gualdino deslucido de la consunción.

De este año es una curiosa referencia a Madrid que

da Lope en una carta dirigida al desterrado duque de Sessa.

“Madrid se está como V. ex^a lo dejó: prado, coches, mujeres, cal, polvo, garrotillos, comedias, Jusepa [La cómica Jusepa Vaca] jornada a Portugal..., mucha fruta, poco dinero...”

En este mismo año —1.º de marzo— Lope vende sus casas de la calle de *los Majaderitos* a una Catalina de Neyra. Casas lindantes con la puerta de carros del monasterio de la Victoria y con las casas de Juan de la Fuente Villalobos. Total: unos miles de reales. En estas casas vivió y putañeó Lope de lo lindo. Micaela de Luxán, que conoció mucho la blandura de sus colchones de plumas primerizas, el chirrido de sus puertas con recuadros incisos y fallebas estrepitosas enmohecidas, el sombreado asombrado de sus muros con jabelga, el mortecino pabilo despabilado en sus velones... María de Luxán odió estas casas de la calle de *los Majaderitos*. Los hijos que parió en ellas los parió con más sobresalto que dolor. Le dió por decir que las andaban duendes; duendes con esas distracciones propias y paradigmáticas de los duendes que viven de precario: arrastrar cadenas, machacar hierro frío, reírse abroncadamente, sisear y bisbisear y ayear.

Lope las vendió por unos miles de reales de vellón, pero entregando unas escrituras cazaras que darían origen a pleitos enojosos entre sus hijas y el último comprador: Alonso Pérez de Montalván, librero del Reino.

1612.—Se funda, en Madrid, la Academia llamada “El Parnaso”, dirigida por don Francisco de Silva Mendoza, hermano menor del duque de Pastrana. De ella fueron miembros Lope, Cervantes, Vélez de Guevara, Espinel... A esta Academia se le llamó también: *Academia Salvaje*, y en ella eran frecuentes las terribles disputas. Leamos a Lope:

"Las Academias están furiosas; en la pasada se tiraron los bonetes dos licenciados; yo leí unos versos con unos anteojos de Cervantes que parecían huevos estrellados mal hechos."

Nada más gracioso que las tertulias de esta Academia del mal decir y del peor insinuar. El presidente, conde de Saldaña, tenía sobre los hombros un hermoso cráneo braquicéfalo tiroteado de ripios. Lope fué nombrado secretario y era el encargado de elegir los temas de las murmuraciones, aun cuando en seguida le excedieran en ella el Suárez de Figueroa de las tremebundas puñadas en el aire, el Soto de Rojas de los salivazos esquinados, el Luis Vélez de las risas prevolterianas.

En las sesiones de aquella soliviantada Academia no era raro que una frase gorda diera rienda suelta a un feroz insulto y éste motivase un llegar a las manos entre dos o más académicos. "Y el mismo conde solía levantarse y separar a los poetas excesivamente belicosos."

Saliendo de una de estas reuniones —rasgado el humor y cogitabundo el ánimo— un lunes, a media luz del véspero, fué atacado Lope por unas medias sombras. Brillaron unos aceros, con brillos más muertos que vivos; y más vivos que muertos, unos ojos detrás de los antifaces. Malos esgrimidores los atacantes y muy diestro el poeta, aquí fueron de sus quiebros a cuerpo limpio, de sus quites a media capa, del: ¡Clava, torito fiero! y del: ¡Uy, que no puedes, torito!

Cuenta Lope este sucedido con ejemplar llaneza:

"Y perdone vuestra excelencia el escribirle así y de tan mala letra, que estoy metido en una gran refriega, porque viniendo de *los Descalzos* el lunes, a las ocho de la noche, me dieron muchas cuchilladas, sin que pudiera desenvolverme; no me hirieron, que los que ven mi capa lo juzgan a milagro; antes la persona que intentó lo que digo cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre, de donde se entiende que yo estaba inocente y él engañado. Hase alborotado el lugar, como si yo fuera cosa de consideración en él, y visitádome jueces..."

La Academia dejó de existir a los pocos meses. Confirmó el dicho de Suárez de Figueroa de que estas reuniones "terminaban con toda brevedad". Volvió a renacer, de engendro sucinto y parto sietemesino. El licenciado Soto de Rojas mordió una oreja a Vélez. Vélez acudió a la garantía de su acero. Se apagaron las luces por follones o soplones. Gritos. Blasfemias. Bélica confusión en los armónicos ámbitos de Clio y Erato. Cuando con la calma apuntaron las nuevas luces y se levantaron las toses, se notó la desaparición de varias escribanías de plata juntamente con la de ciertos conspicuos vates.

1613.—Muere en Madrid la segunda esposa de Lope, Juana de Guardo. Muere el día 13 de agosto. La muerte era la compensación de una nueva vida: la de Felicianna. Cuando salió de la iglesia de Santa Cruz, del brazo de Lope, unos años antes, pudo doña Juana aportar al matrimonio una belleza basta y suscinta, unos modales ordinariotes y unos miles de reales en substancias grasas. Pero al morir se llevaba su desmedrado físico, su imbele ánima... y se dejaba empeñadas las alhajas *propter nuptias*. Lope lamentó este luctuoso deceso. Quizá no por la personalidad desaparecida. Ni supo ni pudo quererla. Lope lamentó el hogar deshecho, la rutina —a la que se iba acostumbrando— aventada, el concepto jurídico del vínculo truncado. Con las primeras canas en la cabeza y los primeros apagones en las pupilas, Lope se complacía en el retozo con los hijos legítimos, en la mesa de los manteles familiares, en tener la seguridad de algo estable en pugna con su encalabrinada bohemia de hasta entonces.

1614.—A principios de marzo Lope se ordena sacerdote. En este mismo año —el 16 de octubre— se verificó en la iglesia del Carmen un certamen poético en honor de Teresa de Jesús —recientemente beatificada—, del que fué principal juez Lope de Vega, quien leyó una poesía panegírica. Los auspicios sacerdotales de Lope no fueron favorables. Los días nefastos se suce-

dían sin tregua ni paréntesis. Las órdenes sagradas —decían las voces inconcretas y cotilleaban las concretas— encaminaríanle más directamente a los infiernos. ¡Lope, sacerdote! Era como figurándose al diablo tapándose el rabo con la casulla. Era como simbolizar al pecado en el instante de introducirse por un balcón forzado del paraíso. ¡Lope, sacerdote! ¿A cuál hembra podría decirle el *Domínus vobiscum*, siendo él, sátiro lírico, quien estaba con ella? Quien primero le dió la enhorabuena a Lope, sacerdote, fué *Gerarda*. —Jerónima de Burgos—, cómica menuda de cuerpo y rezumada de lascivia. Buena hembra. Cómica buena. No a la inversa. Lope y Gerarda estaban en el aposento de él, en la misma posada de ella, rincón confuso de un Toledo imperial aún. Lope se afeitaba sus mostachos. Orden del Obispo..., quien a la vejez quería curas descañonados, ya que no pudiera quererlos barbilucios o barbilampiños. Navaja en diestra, ante el espejo, enojado y suelto de lengua, se movía Lope. Gerarda le observaba atentamente. Ensotanado... Rapada la cabeza... Afeitado... ¡Parecíale otro! El enojo de uno y la sorpresa de otra cuajaron en un cambio de miradas; y de las miradas nacieron las risas; y de las risas, los besos..., que parecían no renovados, sino nuevos. Era la primera enhorabuena que recibía Lope, sacerdote.

1616.—Empieza la más intensa pasión —por la senilidad erótica que la movió— del genio. La mujer en cuestión se llamaba Marta de Nevares Santoyo y estaba casada con Roque Hernández de Ayala, "hombre de negocios". Toda la historia de estos amores la conocemos por el propio Lope en sus cartas al duque de Sessa y por su égloga *Amarilis*, nombre poético de doña Marta. Nació ésta en Madrid, hacia el año 1590.

1617.—*Amarilis* da a luz una niña el 12 de agosto. Fué bautizada en la parroquia de San Sebastián con el nombre de Antonia Clara.

1620.—Se celebró en Madrid la beatificación de San Isidro con gran solemnidad —hubo certamen o justa

poética, que se celebró en la iglesia parroquial de San Andrés y de la cual fué nombrado Lope fiscal o director—. El templo estuvo adornado en su capilla mayor con una urna de plata labrada. Frente a los jueces estaba colocada la silla y mesa desde las que leyó Lope el certamen, ante un inmenso concurso de nobleza, clero y pueblo; abrió la ceremonia leyendo unas cédulas burlescas, “añadiéndolas algunas sales y donaires”, y luego una oración inaugural en verso.

La Justa constó de nueve certámenes, cada uno de los cuales versaba sobre distintos géneros de versos, y para cada uno había tres premios muy valiosos. Entre los poetas que concurren estaban: el hijo de Lope, Lope de Vega Carpio, y Calderón de la Barca, a la sazón de veinte años. Los diversos poemas de los competidores fueron coleccionados y publicados por Lope en 1620. Entre ellos iban algunas composiciones suyas que había presentado con el seudónimo de Tomé de Burguillos.

1622.—Se celebró en Madrid la canonización de San Isidro. Lope, a petición del Concejo de la Villa, escribió dos comedias: *La niñez de San Isidro* y *La juventud de San Isidro*. Véase el susodicho acuerdo:

“Acuerdo de 13 de abril de 1622.—Que para la fiesta del Sr. San Isidro componga Lope de Vega dos comedias del santo; que éstas representen en carros dos autores, que son los que tienen las fiestas del Santísimo Sacramento, o los que mejor pareciere.”

(Libros de Acuerdos, 1622.)

Se representaron ante el rey, en la plaza del palacio, por las compañías de Vallejo y Avendaño, respectivamente, y con lujo y aparato.

El certamen de honor del santo patrono se verificó el día 28 de junio, presidido por Lope, quien compuso un poema preliminar y, bajo el nombre de “Maestro Burguillos”, otro burlesco a cada uno de los combatientes líricos.

El Concejo, como ya había hecho en 1620, recompensó con generosidad la ayuda de Lope.

"Acuerdo de 4 de abril de 1623.—A Lope de Vega Carpio, 3.300 reales por el trabajo y ocupación que tuvo en el certamen de poesía que se hizo para la fiesta de canonización del Sr. San Isidro, y por haber dirigido a esta Villa el libro que hizo de las dichas fiestas, que es la misma cantidad que se le dió en el certamen y libro de la beatificación."

(Libro de Acuerdos de la Villa, 1623.)

La dedicatoria de Lope que tanto agradó al Concejo es ésta:

"Siempre he deseado servir a las mercedes y favores de sus liberales manos; pero en esta ocasión es tanto mi interés propio, que no pido más agradecimiento de mi servicio que el recibirle V. señoría benignamente."

En este certamen tomaron parte numerosos poetas. Ciento treinta y dos en el primer "combate" (canciones), en el cual obtuvo el primer premio Lope. Consistía el galardón en una estatuilla valorada en 50 ducados. Guillén de Castro obtuvo el premio de honor en las "octavas reales". Mira de Amescua, el primer premio en las "décimas". Francisco de Quintana, en los "sonetos". Juan de Jáuregui, en las "glosas". Francisco de Urbina, en los "jeroglíficos". Pedro de Calderón de la Barca consiguió el tercer premio en "canciones". Tirso de Molina no consiguió recompensa alguna ni en éste ni en el concurso de 1620.

1623.—Lope es nombrado familiar del Santo Oficio y toma parte por vez primera en un auto de fe. La ceremonia la refiere Antonio León Pinelo en sus *Anales de Madrid*, con fecha 21 de enero de este año. Se trataba de quemar a un hereje, monje franciscano de Cataluña, que, hallándose un día en la iglesia mientras decían misa, "agitado por diabólica furia", arrancó la hostia al cura y la pisoteó. La sentencia se ejecutó fue-

ra de la Puerta de Alcalá. Benito Ferrer se llamaba el apóstata. Dos años y dos meses había permanecido encerrado en un calabozo secreto de la Inquisición, en Toledo. Lope, familiar del Santo Oficio conocía todos los extremos del proceso. Las andanzas del Ferrer, virulento de doctrina como un pseudo Savonarola, las envidiaba el poeta español. Francia, Irlanda, Flandes, Alemania, Italia había recorrido Ferrer, lastados los pies por las durezas de las peregrinaciones. En Ausburgo habría leído aquella *Confesión* de Melanchthon, templada —y temple— de la Reforma, tan execrada por los ortodoxos. En Ginebra habría sentido la emoción inexorable de “un aspecto antirromano” limitado, en el Calvinismo, por el bonete de cuatro picos y la barba caprina del dictador religioso. En Roma habría visto el esplendor de los Pontífices. Ceremonias conmovedoras. Indices de arte impar por doquier. Fábulas estofadas en oro, como los hilos en las sedas de una capa pluvial. Hereje o no, Lope, que antes que nada amaba lo diverso, lo extraordinario, lo anormal, sentía una honda admiración por él. Fué Lope quien insinuó que tal vez era Ferrer un lunático. La piadosa componenda no logró impresionar al Tribunal, cuyos magistrados —energúmenos “de segundo término” en una pintura del Greco— no sólo dictaminaron el cabal juicio del ex fraile, sino que también era:

Hijo de judía y relapso.
 Practicante luterano.
 Simpatizante calvinista.
 Bestia sacrílega y blasfema.
 Hijo de Satán.

Lope, impresionado, con sobrepelliz y cirio, hubo de formar en la lúgubre comitiva. Se notaba Lope como más alto y más delgado; casi de dos metros y en los huesos casi, amarillento de piel, febril de ojos, con barba de muchos días y los cabellos laxos desbordándole la almidonada tirilla del cuello. Lope se notaba

como era indispensable notarse para asistir con propiedad a una ceremonia semejante. En los balcones, donde se apiñaban los curiosos, colgaban paños negros. En la calle donde se arracimaban los buscadores y buceadores de sobresaltos, se exhalaba un mosconeo, un runruneo, un resoplido de pavor contenido. En el aire se enzarzaban los sonos lentos, melancólicos, broncos de las campanas *venteadoras* de muerte. Delante de Lope, en dos filas paralelas, caminaban los corchetes del Santo Oficio, con sus hopalandas de terciopelo, tiesos y descubiertos; los frailes —¿cuántos frailes?, ¡oh, Dios!... ¿Cien? ¿Mil? ¿Cien mil?— con hábitos negros, blancos, blancos de cruz negra, negros de escapulario blanco, marrones, agrisados, cerquillos capilares, barbas luengas, cánticos impresionantes; los nobles, orgullosos y ceremoniosos, de barbas puntiagudas y ojos enloquecidos, de golilla valona o de gorguera alechugada, de ropillas de terciopelo negro, como esos caballeros desconocidos que, aislados o en el entierro del conde Orgaz, encontró el cretense toledano, su buen amigo; los beneficiarios, de sobrepelliz como él, moviendo los incensarios de plata en sacudidas de incienso nubado. Y él, Lope..., con su cirio; más seco y más alto que siempre; alejado de su optimismo; abocado en el horror inmediato. Y detrás de él, los dignatarios eclesiásticos como hinchados de mansedumbre bajo sus bordadas mitras, bendiciendo a trochemoche con los hisopos de agua bendita; el gran Inquisidor, melodramático y purpúreo; unas docenas de penitentes, descalzos, alharaquientos, andrajosos, encenizadas las cabezas, portando en sus manos toscas crucecillas de madera pintadas de rojo, de verde, de azul, de negro, según fuera el pecado en el que hubieran incurrido. Rojo: herejía. Verde: apostasía. Negro: incredulidad... Más atrás, pajecillos jaraneros —medias rosas, sombrerillos de largas plumas, capichuelas— llevaban ensartados en sus lanzas los monigotes grotescos que serían quemados en representación de los herejes no encontrados.

Más atrás, entre los intendentes del Santo Oficio y los soldados, los pecadores sin perdón vestidos con el sambenito y cubiertos con el bonete amarillo de cartón decorado con llamas y demonios. Cerrando marcha, los villanos de doble sentido lanzando sobre los desdichados una retahila de insultos y un ensartado de maldiciones.

Y él, Lope..., enfilado, lento, cuidando de que el aire no apagase su cirio, notándose la piel tirante y secas las tragaderas, odiando al Inquisidor purpúreo y melodramático, a los mitrados orondos, a los pajecillos..., a los vendedores aquellos que a entrambos lados de la calle, como indiferentes a la tragedia ambulante, voceaban las frituras de abadejo, las carraspadas y los moscateles, los higos, las uvas malagueñas... ¿Odio?... ¿Desprecio?... ¿Asco?... En la Puerta de Alcalá, sobre las piras de leña seca o verde, que atizaban los verdugos y precipitaban los fuelles, las llamas prendían las barbas de los condenados y los hacían cosquillas de aullidos. Lope entornó los párpados. Disimuladamente obstruyó con una mano sus narices. Hedía a carne chamuscada, ardida, achicharrada... ¿Qué clamor hería más sus oídos? ¿El de las risotadas? ¿El de los *gorigoris* de latinajos? ¿El de los juramentos e insultos? ¿El de los ayes de los moribundos? Cuando, por un instante, abrió sus ojos Lope y los dirigió a las piras, de Benito Ferrer no quedaba sino una forma negra, un corrusco del tamaño de un niño recién nacido.

El día 15 de noviembre del mismo 1623 se colocó la primera piedra del templo consagrado a la Virgen de la Almudena. Con este motivo escribió Lope su poema *La Virgen de la Almudena*, en tres cantos y octavas. De estos tres cantos, en el primero se refiere cómo los madrileños, durante la invasión sarracena, para librarla de cualquier ultraje, escondieron la imagen de su patrona en un muro; el canto segundo tiene este argumento: quéjase al rey Pelayo España, los cristianos arrojan a los moros hasta Andalucía y hallan los de

Madrid su imagen en la Almudena, donde los moros medían el trigo; en el tercero se describen los milagros realizados por la imagen, entre otros, el del hijo de San Isidro, que se había caído a un pozo. La glosa de los preliminares es la siguiente:

"Serrana del Almudena,
¿cómo siendo tu hermosura
de nieve tan blanca y pura
tienes la color morena?"

1625.—29 de junio. Ingresó Lope en la Congregación de San Pedro —de sacerdotes naturales de Madrid—, fundada por aquellos años en el templo dedicado a dicho apóstol.

Dicen que todos los días por devoción y los sábados por voto visitaba Lope el Santuario de Atocha —dos kilómetros de polvo en todo tiempo, de cierzo en invierno y de tabardillo en verano—. *Dicen* que, con mucha frecuencia, visitaba en los hospitales, henchido y supurado de piadoso y caritativo celo, a los enfermos de más repulsivo morbo. *Dicen...* Y quizá acierten quienes lo dicen. Capaz era Lope de ello. Y de mucho más. Y de no tanto. Por aquella época es más presumible un sí que un quizá. Andaba muy místico. Volcaba todos sus sentimientos en aquella colección de rimas sacras que tituló *Triunfos divinos*, publicada el mismo año por Alonso Pérez, mercader de libros.

1628.—Sufrió Lope una grave enfermedad. Durante ella se exalta su madrileñismo; no se acuerda después de la Virgen, sino de San Isidro. Así lo dice el propio poeta en una carta al duque de Sessa, escrita a primeros de mayo:

"... y al fin caí en la cama hace diez y ocho días, de una hinchazón tan dolorosa que me lloraban las musas domésticas y extrañas. Sea Dios alabado, su santísima Madre y San Isidro, que estoy en puerto de claridad, que en abril, y no pocos años, mucho había que temer."

En este año fué nombrado Lope capellán mayor de la Congregación de San Pedro. Alude a ello en la siguiente carta:

“Envío a V. ex^a esa canción que hice a nuestra Congregación, de quien soy este año capellán mayor... Amarilis besa a V. ex^a la mano, y hoy que está muy devota y ha profesado en la tercera orden de San Francisco, dice que con sus dos niñas ruega y rogará siempre a Dios por la vida y descanso de V. ex^a.”

A principio de este año, Lope sufrió una pena enorme. Un día cualquiera, en una casa cualquiera que no sea la casa de la calle de los Francos, Marta de Navares —Amarilis—, ojos verdes, voz armoniosa, ademanes dulces, cose y canta. Corta y cose telas de colores. Canta a media voz tonadillas castellanas y folías portuguesas. De vez en vez calla y deja la aguja; levanta la cabeza, escucha y sonríe. Muy próximas juegan *sus niñas*. Realmente, hija de sus entrañas sólo es Antoñica diez años bonitos y agresivos. Pero la otra, Feliciano, quince años sumisos y alegres, *lo es también* por imperio de su corazón y por serlo natural *de él*. Feliciano y Antoñica juegan. Se proponen acertijos. Se cambian estampas sagradas. Disputan. Lluve: lágrimas. Y sale el sol: sonrisas. *Amarilis* vuelve a la tarea. Tiene un único pensamiento: obsesivo, machacón. ¡Es feliz! De pronto... ¡Qué peso el de sus párpados! ¡Cómo se marea!... ¡Qué le sucede? No ve sino pequeños puntos luminosos bailando en la obscuridad. *Amarilis* se asusta. Grita. ¡Cómo le duelen los ojos! Acuden asustadas sus niñas. Se le abrazan. Y lloran las tres. *Amarilis* deja de percibir hasta los puntitos luminosos. Todo es obscuridad absoluta. Y no; no volvió a recobrar la vista Marta de Navares. La luz, la forma y el color dejaron de ser para ella elementos de juicio mental y de recreo. Los médicos diagnosticaron una amaurosis. Es decir: una ceguera brusca, sin causa. Los médicos, por no irse

de vacío, recetaron... emplastos, ungüentos, paciencia. Aquello no tenía remedio. Según ellos, claro está. Para Antoñica sí lo tenía. La espada de luz miguelina pasada por los ojos de su madre podía iluminarlos. Y rezaba por que el milagro se cumpliera. Para Feliciana también lo tenía. Bastaba que Marcela, aquella hermanita que tenía monja en las Trinitarias, juntase sus manos y se lo pidiese a Dios. El aterrado poeta, muy dado siempre a explicaciones supersticiosas, supuso que una antigua amante suya, a la que llama Fabia en la égloga *Amarilis*:

“... con los hechizos que sabía,
y un pastor extranjero le enseñaba,
que en la luna caracteres ponía,
los espíritus fieros invocaba,
las bellas luces donde yo me vía
y en los hermosos ojos respetaba
de *Amarilis* el sol, cegó de suerte
que se pudo vengar de amor la muerte.”

1629.—Muy a principio de este año se fundó el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, y con tal motivo compuso Lope su *Isogaje a los reales estudios de la Compañía de Jesús*, y hasta es posible que lo leyera en el solemne acto de apertura.

1633.—Se celebró —18 de diciembre— en la iglesia de la Cruz el matrimonio de la hija de Lope y doña Juana Guardo, Feliciano, con don Luis de Usátegui, “oficial de la Secretaría del Real Consejo de Indias”. Rimbombante cargo. Pero de mezquinos emolumentos. Por el pronto mantendríanse los cónyuges con el regusto —ya que no con el gusto— de refranes: *Entre dos que bien se quieren... Contigo pan y cebolla*. De refranes... y de promesas. Lope les prometió, como dote de Feliciano, ropas y dineros por valor de cinco mil ducados. Los prometió... Creyó que podría ordeñar las rentas de la herencia de los abuelos Antonio de Guardo y María Collantes. Pero Antonio de Guardo, que había contraído

segundas nupcias con Sabina Núñez, se negó a que Lope desarrollase la actividad del verbo pensado.

1634.—Año trágico para Lope. Tiene setenta y dos años. Su hija Feliciana se ha casado. Su hija Marcela es monja desde 1622. No le queda sino la menor y predilecta, Antonia Clara —Antoñica— para alumbrar la próxima noche de su vida. Antonia Clara, que tenía diecisiete años y era muy hermosa. Lope, que tantas veces había rebasado los límites de lo justo, que había sembrado vientos, iba ahora a recoger tempestades. En su vejez, Némesis implacable le salía al paso. Montalván, al aludir al año en que murió Lope, escribe:

“No se fiaba de su salud, con ser tan buena, porque sabía que cualquier enfermedad tiene más peligros en los sanos que en los muy achacosos. Fuera de que había tenido de un año a esta parte dos disgustos —como si para una vida no bastase uno— que le habían reducido a una continua pasión melancólica.”

Durante siglo y medio estos dos infortunios fueron un enigma. Hoy podemos asegurar que se ha aclarado. El primero de ellos es, seguramente, la muerte de su hijo Lope Félix; el segundo, el rapto de Antonia Clara. En el último trabajo que preparó Lope antes de morir, la égloga *Filís*, va muy encubierto el relato de aquel funestísimo suceso.

Lope Félix de Vega y Luxán nació en Madrid, en la calle de los Majaderitos, el año 1607. De niño fué duro, díscolo y muy imaginativo. Compuso precozmente poesías y precozmente tundió a pedradas cráneos de infantiles enemigos. Como Teresa de Cepeda, pero no con afanes místicos, se escapó varias veces de la casa materna. Mal estudió. Y se dedicó al servicio de las armas. Con el marqués de Santa Cruz —hijo de don Alvaro de Bazán— combatió a holandeses y turcos, y por su comportamiento fué ascendido de simple marinero a alférez. La calma le conturbaba. En el año 1633 se embarcó en una vieja nao con unos viejos marineros, iluso

de pescar perlas fabulosas que acariciarían las manos pulidas de los velazqueños monarcas españoles. Las velas se inflaron; se bamboleó el casco de forma de cáscara de nuez durante muchos días. Al fin, las velas colgaron somnolientas de las vergas. ¿Enero de 1634? Estaban frente a la Isla Margarita, en los confines súrnicos del mar Caribe. Ominosamente calmo y silencioso está el mar. Por el cielo índigo bogan unas nubes redondas; de la tierra, no muy lejana, llegan una estridencia y una sensación coloreada de monos y papagayos.

En la proa, Lope Félix escuchaba de labios del más viejo de los viejos nautas historias maravillosas de los piratas de la Isla Tortuga, referencias a perlas más grandes que avellanas, regalos de príncipes a princesas, casi fabulosas. De pronto el agua dejó de rebrillar; se oscureció el cielo; las olas gigantescas zarandearon el cascarón; cayó torrencialmente, casi horizontal, la lluvia. Una ejemplar tormenta tropical hizo gemir a las jarcías y blasfemar a los hombres.

Dos horas después el mar caribe era una lámina de oro; el cielo un esmalte azul. De la tierra cercana, lavados los abanicos de las palmas, se escapaban tonalidades y chillidos de micos y de papagayos. Pero Lope Félix ya estaba eternamente dormido en el lecho acuoso, junto a aquellas perlas de tamaño absurdo que jamás acariciarían las manos pulidas de las velazqueñas reinas y princesas españolas.

Antoñita Clara de Vega y Nevares nació en Madrid, el día 12 de agosto de 1617, en la casa que *Amarilis* poseía en la calle del Infante. Dos semanas más tarde fué bautizada en la parroquia de San Sebastián. Los nombres se los debió: el primero, a don Antonio de Córdoba y Roxas, conde de Cabra, primogénito del duque de Sessa, su padrino; el segundo, a la santa del día. De niña, Antoñita Clara fué risueña y desenvuelta.

No escribía versos, pero los recitaba con mucho garbo. Como su madre, tenía los ojos verdes y la piel suave y morenita. Cuando, por haberse metido monja Marcela

y casado Feliciano y escapado Lope Félix y muerto *Amarilis*, Lope y Antoñica se quedaron *mano a mano* con el juego de la Vida, la mozueta acompañaba al anciano padre a los espectáculos y a los sermones. Le acompaña y goza en los primeros. Goza con los piropos que la echan los cómicos, con las miradas que arranca de los nobles asistentes a las funciones.

¿Quién fué el raptor de la hija de Lope? Un poderoso noble, sin duda alguna. Asenjo Barbieri supone que don Ramiro Núñez Felípez de Guzmán, duque de Medina de las Torres. Esta opinión la reputa don Emilio Cotarelo de inverosímil, ya que a ser el raptor el de Medina de las Torres no es fácil que le hubieran dedicado la edición póstuma de *La Vega del Parnaso* Feliciano de Vega y su esposo Usátegui. En un principio el propio Cotarelo se inclinó por que fuera Enrique Felípez de Guzmán, hijo natural de Olivares y legitimado por concesión real; pero en un posterior trabajo suyo, publicado en la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, 1925, no se decide ni a sostener ni a impugnar su anterior tesis. Y el misterio del raptor sigue.

El enigma de este raptor parece haberlo descifrado el docto académico don Agustín González Amezua. Su trabajo se ha publicado en el *Boletín de la Academia Española*, meses de junio y octubre de 1934. El señor Amezua escribe así:

“Trabajando yo en la Sección de Manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional sobre los del reinado de Felipe IV concernientes a avisos, diarios, gacetas y demás efemérides historiales, para datar las cartas de Lope faltas de fecha... cayó en mis manos un tomo de “Varios”... y bajo el epígrafe de “Apuntamientos de la Historia de España, 1635”, y letra indúbita de este tiempo, hallé la relación o efeméride siguiente: *Apuntamientos de Madrid*.—Año de 1635. A 27 de agosto murió Lope de Vega. Hízose su entierro con gran aplauso a costa del duque de Sessa, compitiendo sobre traer su cuerpo a San Sebastián los familiares del Santo Oficio, los caballeros de San Juan y la Congregación de los Sacer-

dotes de Madrid y los Terceros. Trajéronle los sacerdotes..., etcétera, etc....

Pues bien: al margen de la hoja en que escrita está esta relación, copiada de la misma letra y cogida por el cordelillo del cosido, léi, y puede leerse, la siguiente apostilla:

LOPE MURIÓ DE PENA DE QUE TENORIO LE SACÓ UNA HIJA."

Hasta aquí el docto académico. Luego su trabajo se redujo a averiguar qué *Tenorio* podía ser aquél. Tras no pocas investigaciones, que pueden leerse en el citado trabajo, el Sr. Amezua llega a la conclusión de que fué don Cristóbal Tenorio, especie de espía cortesano de Olivares, hidalguillo de la villa de Morón, caballero de Santiago y criado de cámara de Felipe IV.

En los últimos años de su vida, "cuando ya no le quedaba nada y le sobraba todo", Lope sintió, como nunca, su amor absoluto por Madrid. Y este amor —o esta afinidad— los demostraba recorriendo con mucha frecuencia los lugares de su medio Madrid irrenunciabile, que le guardaban las más hondas, las más agudas remembranzas de su pasado.

Madrid, cuando su hijo dilecto la necesitó, supo prepararle los escenarios más propicios a sus invenciones. Ninguna ciudad como Madrid los preparó tan ahincadamente, tan morosamente. Será verdad o será mentira que la etimología de persona se hace equivalente a la de máscara. Será mentira o será verdad que en Atenas, desde el arconte al correveidile olímpico pretendían asumir inspiraciones y aspiraciones del Destino, el más augusto y competente enhebrador de farsas. Pero es indudable que en Madrid, durante la primera mitad de la centuria dieciséis —y *el pico*, con contera o desrematado—, ningún ciudadano sintió su realidad y todos presintieron y consintieron muy ternes su máscara. El malandrín se sabía "su papel" episódico de la única frase, del incongruente ademán, del mantís desapercibido. El bigardo se alegraba de notarse en "los alrededores" de su acción defensiva, aun cuando fuera de su-

mando en el coro, en ese segundo término que es la inocentada de las acciones. Con tal de verse nombrados en la lista larga de la interpretación, todos bermejeaban de orgullo, y todos, para su capote, se creían grandes capitanes de las cuentas corridas y famosos caballeros desconocidos del Greco al colocar sus espadines en el biricú o al arrastrar por el suelo, en la efusión o en la ceremonia, la pluma chafada de su chápиро aludo.

Ninguna ciudad más que Madrid supeditó su emoción a todo el teatro de Lope. El teatro de Lope derramó por Madrid altisonancia, énfasis y prosopopeya. El teatro de Lope enseñó a los madrileños la *carcajada sardónica*, la interjección suficientemente rotunda para espantarse las moscas, la calobiótica —ciencia de vivir bien en apariencia— y el latiguillo oratorio que precede a los mutis.

Cincuenta y tantos años no son para Madrid sino teatro. Se grita mucho. La verborrea tropieza mucho y se cae de bruces en el asonante y en el consonante. Se engoman muchas perillas. Se ahuecan muchos remilgos. En las cinco jornadas del drama preclásico, y en las tres a que las redujo Lope, se dividían todas las vidas. Las complejas. Las clareadas. Las anodinas. El romancillo para la infancia —exposición—. Las quintillas para la juventud —nudo—. Las octavas reales para la virilidad —desenlace—.

Pero, contra lo que sería lógico, siendo, durante cincuenta y tantos años, todo Madrid teatro, no en todo Madrid podía representarse. Aclaremos. La acción se desarrollaba en cualquier lugar. Pero entonces la acción carecía de trascendencia. Era "teatro" sin finalidad y sin expectación. Madrid preparó los escenarios para la carne, los nervios y el alma de su Lope. Los preparó ahincadamente. Cada año, una sorpresa. Cada bienio, una renovación. Y un escenario para género teatral. Para la comedia de costumbres, la *Puerta del Sol*. Para el drama, la *Plaza Mayor*. Para el enredo, el *Prado de San Jerónimo*. Para la malicia, el *Buen Retiro*. La censura teatral de la Villa no admitía otros escenarios que

éstos, cuyos telones de fondo eran los más acromados, los más perfilados, los más encuadrados y aureolados de sus escenografías teatrales.

En la Puerta del Sol las lenguas rasgaban honras y zurcían provechos. El capitán sin soldada paseaba sus calandrajos y calecía sus palabras a fuerza de baladronadas. Un Ciutti cualquiera recitaba las aleluyas de su Don Juan. Celestina, oculto el rostro en el capidengue, correteaba el asma y el soplillo de su comercio. En la Puerta del Sol los cacharros eran de loza gorda; el atuendo, de paño gordo; la fraseología, de gruesa calibración; los desenlaces, crudos.

La Plaza Mayor fué designada escenario de lo dramático. ¿Quién la designó? ¿Cuándo fué designada? Qué sé yo. Alguien. Alguna vez. Esto es lo de menos. Lo probable es que ella misma sugiriese la designación provocando el designio. La Plaza Mayor está cerrada. Tiene cuatro caras serias y cuatro esquinas por donde rebulle el eco de su seriedad. Resguarda y avala un ambiente austero. Adelgaza, ahila los ruidos y estalla los silencios. En la Plaza Mayor se quebraban los últimos vidrios en la garganta de los herejes contumaces. En la Plaza Mayor el fuego era de chicharrera y el hedor era de chamusquina; los ojos se desorbitaban en el punto justo del espanto; las carnes se alargaban y enverdeían, como en los lienzos del griego toledano, y el vello se erizaba; las ropillas aterciopeladas eran las más deslucidas, se amustiaban y maculaban las gorgueras, se desmayaban las vírgulas de los mostachos hasta formar un círculo —de pelo familiar y recordatorio— con la perilla para la boca. En la Plaza Mayor nunca era el tardo legítimamente azul —cielo azul estofado, cielo azul brocado—, sino azulado, azulino, azulenco, aguaguardiente, tardo chafado, y por única vez en la Villa y como único ejemplo de excepción en la regla general, muy caído sobre los casones, enganchado en los copetes de las Casas Panadería y Carnicería. En la Plaza Mayor se paseaban las ánimas de los sobresaltos, los viudos dignos de las

tragedias —descabezados, carbonizados, despalmados de lengua—, los corchetes perdidos en la búsqueda terrorífica, los pa'adines que bajo una mirada alucinada de los Austrias alanceaban toros en actitudes que recuerdan la figura ecuestre de Felipe IV, de Tacca, pero con ahogüos de luto y con arrogancias de miedo. En los soportales y en los pórticos de la Plaza Mayor se colgaban como ex votos —ya truncados y empalidecidos— todas las cartelas de los epitafios.

En el Prado de San Jerónimo las comedias pintaban de muy distintos tonos. Las melifluas de guardainfante —por quienes enderezó Alonso de Carmena su “Discurso contra los malos trajes y adornos lascivos”—, los caribobos sin tupés ni guedejas con crespo, los graves varones redactores de premáticas, los lince de quevedos, autores de gacetillas públicas y avisos anónimos; las dueñas de los melindres y de los mantos pardos y los lunares peludos, los capirrotos y los capigorriones, los hidalgos de la gotera y de los lindos alechugados, los matasietes y los perdonavidas, los Tenorios jubilados o disponibles, los golillas y los histriones, los magnates verdes por orden alfabético de jerarquías y hasta los capuchinos de la paciencia con los cerviguillos descañonados interpretaban tres actos de enredos, a veces salpicados con las sales de la gracia y la pimienta del ingenio. En el Prado de San Jerónimo, de la Puerta de Atocha a la de Recoletos, y viceversa, los actores abrían su laboratorio de noticias, lanzaban el chiste insuflado, colocaban el pasquín de los rumores y enhebraban los abalorios de colores del epigrama. Cualquier mediano comediógrafo sacaba tajada de inspiración de una pasetta por el Prado de San Jerónimo, donde una fama se perdía en los versos de una quintilla y se recuperaba en una estrofa del recitado de octavas reales; donde una desvergüenza encontraba el resguardo de un llamado memorial “a las reales personas”, y pian piano enraizaban los coloquios y trapicheos escapados de un panfleto, mal nombre pero bien nombrado de las nove-

las picarescas. Barullo. Jolgorio. Feria de los despropósitos. Clave de los acertijos. Despilfarro de los donaires. Vergonzante voleo de la sensibilidad y desvergonzada siega de la inteligencia. En el Prado de San Jerónimo, escenario autorizado --y garantizado-- del enredo, ningún actor perdía las esperanzas de saltar de comparsa a protagonista.

Para las malicias del melodrama y del mimodrama, el Buen Retiro. La poesía del Buen Retiro era el soneto conceptuoso. Catorce versos. Para un apuro, el estrambote. Tres versos más. El ingenio cortesano sabía expresar en diecisiete versos las hieles y las mieles de la cortesanía. En apariencia, la corrección, esto es: el guante de ante, el pañuelillo de encaje caído, el "vos", la flexión y la genuflexión. En realidad, el desenfreno, es decir, la evocación bocacciana, la furtiva esquila amorosa, la cita ávida, el bartulear para la sutileza en los modos y en las maneras de la pasión, la gracia del trance y el ingenio del desenlace, el apurar los peligros y el saltar las barreras. El Buen Retiro, con todos los grises, los verdes y los jaldes apurados que le dejaron los pintores de cámara y de antesala, cobijó con singular consonancia el copete y el rechupete de la pícaro cortesanía picaresca de la Villa.

Mucho, mucho cuidó Madrid sus escenarios. Ahincadamente. Morosamente. Únicamente en ellos se consentía —a tono mayor o a tono menor— lo estridente, lo desusado, lo sospechoso, lo sorprendente, lo remarcable. Y los madrileños, que no lo ignoraban, más aficionados que ciudadanos algunos a lo espectacular, se dedicaban, a lo menos una vez al día, al recitado de sus "papeles" sobre dichos escenarios. Muchos siglos después, aun hay madrileños que cultivan este fervor por determinados lugares de la Villa. Centurias más tarde, virtudes de Madrid, aun cuidan de que los hechos únicamente tengan el debido relieve en ciertas calles y en determinadas mansiones.

Madrid parece más pequeño, sigue pareciendo a mu-

chos un lugarón quizá, porque cuando se piensa en él no se abarca sino esos cuatro, esos cinco escenarios ya preparados —las baterías encendidas, el telón de boca a pulso, la sala expectante— para la representación.

Cuando le llega la hora de morir, Lope no respinga ni se atemoriza. Diríase que le llega la muerte cuando ya le asusta más la vida. Lope está cansado. Cansado de escribir. Y quizá cansado de vivir. Porque ya desespera de esperar nada de la vida.

“Ninguna fuerza humana
al tiempo se resiste.”

Se nota molido por los desengaños. Se sabe desalado y apeado por los infortunios.

“Aquel que coronaban
laureles por insigne
—si no miente la fama
que a los estudios sigue—
ya por desdichas tantas
que le humillan y oprimen,
de lúgubres cipreses
la humilde frente ciñe.”

Lope acusa con su presentimiento las pisadas inaudibles de la muerte. No son aún muy apremiantes. Pero ya se marcan muy cerca. Hay que morir. Para esperar con calma y señorío el desenlace de lo mortal nada mejor que encararse con el pasado y encarcerarlo y reanimarlo. Lope dedica los días a recordar. A suspirar, porque el suspiro es el colofón del recuerdo.

En su casa de la calle de los Francos, a la tornavela y a la medialuz, anda rebuscando entre los atadijos que llenan unos arcones. Polvo y marfil. Caracteres pálidos. Un legajo, el más amarillento, le conmueve. Lo libra del polvo a manotazos. Y lo hojea, primero, y después, lo ojea, repantigado en el sillón viejo de cuero y peluche verde. Los dedos sarmentosos le tiemblan. Los ojos

cansinos se le humedecen y avivan. Carraspea la garganta. Una sonrisa hace de resol invernal en el rostro demacrado y largo. ¡Cuánto hervor juvenil en ciertas páginas del legajo! Páginas suyas. De sus diecisiete años febriles, cuando ya ha cursado en Alcalá los oficios de la tragicomedia de *Cavisto y Melibea*, y el bozo le sombrea los labios, y se pavonea con las calcillas de obra y las cueras de ámbar; cuando, viento del optimismo y huracán de lo imprevisto, se nota la boca llena de versos y el espíritu marceado de comezones. ¡Cuánto hervor juvenil en ciertas páginas del mamotreto intitulado *La Dorotea*, que se escapó a la voracidad de las imprentas! Ahora que la frase crespada de la nueva moda es la que fluye del punto de su pluma, no podría expresarse con la llaneza del pasado siglo. ¡Elena Osorio! Lope apoya el codo en el brazo del sillón y la mejilla en la palma de la diestra. Y entorna —alebra— los párpados. ¡Elena Osorio! Verdad que nunca la olvidó del todo. La luz movediza del velón corre las sombras por la estancia, como, en el alma de Lope, el resplandor tembloroso del recuerdo corre los detalles y las confusiones. ¡Elena Osorio! Hembra jacarandosa, cutis tri-gueño, ojos claros y algo desvergonzados a semejanza de los de Melibea, buen aire y mejor talle. Piensa Lope: —Nunca debí escribir contra ella aquellos libelos... Al fin y a la postre no contó conmigo por desamor, sino por circunstancias ajenas al amor... Y... ¡vaya si me quiso! Por el desenlace feliz de una enfermedad mía llevó —ella tan linda, tan desenvuelta y bachillera— un año de hábito de picote.—

Lope manosea el mamotreto de papeles amarillentos y de caracteres pálidos.

Pero cuando se ha de morir un solo recuerdo no puede consumir el ánimo. Y Lope no hace sino recordar, recordar, todo menos las causas próximas que acibarán y aceleran su fin mortal. Diríase que con recuerdos antiguos, felices, quiere borrar de su memoria los precedentes y nefastos sucedidos: la huida vergonzosa

de su Antoñica Clara —como por el portillo del huerto, huyendo de la sombra y del rastro—; la muerte, bajo un sol y un chubasco del trópico, de su Lopillo; las insidias, en verso prosa y acción, contra él, de cuatro poetas; la ceguera, la locura y la muerte de Amarilis; el índice implacable y el grito inextinto de su sacrilegio.

Sobre el pupitre, enlucido por la luz del velón, tiene Lope el libro de estampas iluminadas de sus setenta y tres años. Lo abre. Por las primeras. Por las del comedio. Unas y otras representan escenarios madrileños de gozo y escenas cortesanas de gloria. Y recuerda Lope... Cuando sus fiebres dramáticas alcanzaban los cuarenta y dos grados y sus anhelos de cotidiano sumaban cifras inconcebibles, su única obsesión era remadrileñizar al mundo, Europa si no, España cuando menos; tamizar en el cedazo de lo vernáculo los caracteres, los tipos, las complejidades de por ahí afuera. Ahora, ya *con el pie en el estribo*, patetismo dulce y terrible al unísono musitado por el alcaláino Miguel, su amigo un día, pretende algo más portentoso: absorber Madrid con su espíritu; que todo en él, Lope, sea corriente, alarde, serenidad, arraigo madrileños. Mucho ha paseado, trajinado, azacaneado por las calles de la Villa. Pero le reconcome una duda. ¿Las ha barzoneado lo bastante, todo lo que él, ahora, desea? ¿Conoce, de punta a cabo, todas las calles, rondas, cavas, costanillas, travesías, correderas, como quien conoce lo que es, más que amical, familiar, suavemente entrañable, decididamente agarrado a los entresijos y a las entretelas del corazón?

Lope entorna —alebra— de nuevo sus párpados. Y las estampas se suceden, netas y nítidas. El Murallón de la Huerta del Sacramento, donde se ocultó de los corchetes una noche de Santiago el Verde —rezagada de briva y estruendo—, en la que lo de menos era sentirse ahito y rezumado de bellaquería. La *Morería*, con los falsos lazos de sus cavas de nombres pintorescos —los

Mancebos, del *Toro*, de la *Redondilla*, del *Yesero*—, en las que recibía inspiración y decadencias para romances falsamente moriscos. Los casones de los Lasso y de los Vargas, en los aledaños, despeñados o derrumbados, de la calle *Sin Puertas*, de la costanilla de *San Pedro* y de la plaza de la *Paja*, que le sirvieron de telones de fondo en dramones de capa y espada muy aplaudidos. *Las Platerías*, con sus tenduchos y tenduchines de industria joyera, muy junto a los cuales nació, en una casa de don Jerónimo de Soto. La calle de *Milaneses*, donde vino al mundo, casi a la par de él —en 1564—, aquella mujercilla testaruda y pizpireta, hija de Luis Navarro, *pellejero andante en corte*, de quien fué camarada en juegos infantiles y a quien, años después, y ya muerta, invocó, con todo Madrid piadoso, en el nombre de Beatita Mariana de Jesús. Las gradas y las covachuelas de *San Felipe*, con sus tiquismiquis, sus garrulerías, sus andantinos y sus estocadas literarias. La plaza del *Arrabal* —luego plaza *Mayor*—, terminada en dos años por Juan Gómez de Mora, con sus cuatro frontis de ladrillo colorado, terrados y azoteas, portales y bóvedas, salidas descubiertas y entradas con arcos; con su casón para *Carnicería* en la que se pesaba sin sisa para los hijosdalgo y con sisa para los pecheros.

Y otras estampas. Intenso el colorido. Decidido el trazo. Minucioso el detalle. El "corral" de Isabel Pacheco. El "corral" de la Puente, en la calle del *Lobo*. El "corral" de la Cruz que "alindaba con el horno de Antonio Ventero y con el solar de su buen amigo Antonio González Labrador y por delante de la calle pública que dicen de la *Cruz*, donde era la cárcel "que decían de la *Corona*". Corrales en los que tantas horas de celos, de murrias, de amores de pasadizo y de gloria vivió, convivió y revivió.

Y Lope, para su capote, insiste. ¿Ha pisado, morosamente, todas las losas y todo el polvo de estos itinerarios? Sus ojos... ¿han observado cada uno de los adornos, de los desconchones, de los salientes y en-

trantes, de las minucias de estos edificios? Su intención... ¿no se ha olvidado de darse por aludida de cada hora madrileña y de su expectación —¿qué será?— y de su desencanto —¡bah!— y de su clamor y de su silencio? ¿Se ha asimilado en absoluto lo peculiar, hilvanado o desgarrado, de Madrid? ¿Ha dejado de alabar cosa alguna o algún caso de Madrid? ¿Escribió la quintilla del río humilde? ¿Escribió la octava real del cielo alto, limpio y delgado, y el romance de la encrucijada, y el pareado de la resolución populachera, y la letrilla de la afección y de la afición cortesanías, y la silva del soto aledaño, y el soneto de la devoción vernácula? ¡A ver!... ¡A ver!... ¿Proclamó que Madrid era lo mejor de España, que es ser lo mejor de Europa, que es ser lo mejor del mundo? ¿Lo proclamó con el debido grito, con el justo y ceñido entusiasmo? ¡A ver!... ¡A ver!... ¿Ha mentido lo que debía mentir para que Madrid fuera en la disculpable y amorosa mentira lo que en la realidad Madrid no podía ser? ¿Logró que en sus trolas e hipérboles hubiera un sentido racional para un hermoso Madrid futuro? ¡A ver!... ¡A ver! Sí. Recuerda algo así, o cosa parecida, como ha de haber dado en verso el plante y desplante de que el polvo madrileño llevaba más liquiámbar y algalia que pudieran llevar veinte —¿veinte... o treinta?— Portugales. Sí. Casi está seguro de haber enhebrado punto de poesía con aquello de que el cielo de Madrid se bastaría para preñar treinta —¿treinta... o veinte?— Italias de hermosura y de ortodoxia católica.

Pasan más días. Julio ha volado su última hoja. Y agosto sus hojas primeras. Y aun las del comedio. Día 22. Día 23. Día 24. ¡Qué próximo está el fin! Lope ha desvivido su vida real y colmado su existencia literaria. Todavía —heces— habrá de apurar los sucesos que siglos después alardearán investigadores y críticos. Sí, el día 25, viernes, festividad de San Bartolomé, muy de mañana rezará el oficio divino, dirá misa en el oratorio, regará su huerto y se encerrará en su es-

tudio. Sí. Por la tarde del mismo día asistirá, en el Seminario de los Escoceses, a las conclusiones médico-teológicas defendidas por su amigo el doctor Cardoso. Y mientras le atiende, se irá mareando, mareando...

Día 26. Todo el día en cama. A veces en un sopor de soñarrera. A ratos, extraordinariamente lúcido. La estancia está a medialuz. No: está a mediasombra. Eso es. Porque son medias sombras las que van y vienen a su alrededor.

—Marcelica... ¿Por qué lloras, hija? —quisiera susurrar Lope.

Marcelica le limpia el sudor de la frente; y, quizá, unas lágrimas que le brotan sin querer.

—¡Quieta, Marcelica! ¡No me espantes las medias luces —éstas sí que son medias luces y no medias sombras— que me pasan por la frente!

Marcelica le besa las manos.

—¡Así, hija! ¡Así!... ¡Las manos ya han cumplido su misión... y se merecen tus besos!

¡Pero la frente!... ¡Uy, qué trajín de pensamientos! Van y vienen. Se emparejan. Se enzarzan. Se atropellan. Algunos... hasta parece que le gritan y que le mueven *materialmente*.

—¿Quién entra ahora, Marcelica? No distingo bien...

—Es el señor Juan de Piña, padre.

—¿Qué tal ese ánimo, señor don Lope?

Un rostro papado, pestorejado, encañonado, redondo y carnado se inclina sobre el enfermo.

—El ánimo, como nunca. Soltando amarras...

Y, de pronto..., ¡qué pesadilla! Su hijo, su Lopillo, que decían —¡valiente bulo!— ahogado en el mar Caribe... ¡Dios de Dios!... ¡baja por Lavapiés, engomado y engatusado, del brazo de Elena Osorio! Se apechugan como palomos. ¡Las manos les transmiten la libidine y los ojos las intenciones pecaminosas!

Y, de pronto..., ¡qué maravilloso ensueño! Su hija, su Antoñica Clara, de la que decían —¡viles malas lenguas!— cosas horribles para su honra, entraba a des-

partarle con el alba, más que el alba hermosa. Le sacudía por los hombros. Canturreaba. Le cepillaba el manto. Le parlanchineaba mil graciosos rumores. Y dábale más besos en la cara de padre que en la diestra ungida de ministro del Señor.

—¡Ay! —se le escapa a Lope.

Día 27. Mediodía. En la estancia sólo sombras, precursoras de las tinieblas. Apenas si, *materialmente*, distingue ya Lope. Lo mismo le da que le insten a bien morir como que le llamen voces amadas.

¡Pero la frente!... ¡Uy, qué trajín de pensamientos! Van y vienen. Se emparejan. Se enzarzan. Se atropellan. Algunos... hasta parecen sacudirle y gritarle. Pensamientos de sus pecados. Pensamientos de sus anhelos sin cumplir. Madrid. Sus hijos... todos: los amados y los olvidados. Madrid otra vez. Dios. Madrid.

¡¡DIOS!!

.....

Durante casi un siglo, en Madrid, referirse a una cosa maravillosa era mencionarla con el nombre de Lope. Un drama soberbio era... *un drama Lope*. Un festejo asombroso era... *un festejo Lope*. Un brillante sin par era... *un brillante Lope*. Hasta el entierro más solemne era... *un entierro Lope*.

A Felipe III, a la reina Margarita de Austria, se les hizo *un entierro Lope*.

Cuando, ignorante, una vieja revieja contempló el entierro del Fénix, con miles de almas en las calles y en los balcones, con miles de cirios despabilados, con miles de estentóreos gorigoris, con música fúnebre y pasos lentos, exclamó muy definidora:

—¡Vaya *un entierro Lope!*

Con lo cual quería expresar: —¡Vaya un entierro *bonito!*

Lope de Vega murió a las cinco y cuarto de la tarde del lunes 27 de agosto de 1635.

Así lo asegura Montalván, su primer biógrafo apa-

sionado. Y añade: "... que la boca en un crucifijo y el alma al eco del dulcísimo Jesús y de María, que a un mismo tiempo repitieron todos."

El "Amén" lo ponemos nosotros.

Acerca de dónde fueron a parar los restos de Lope de Vega únicamente se tuvieron, hasta el siglo XIX, las dos noticias aportadas por Pérez de Montalván en su *Fama Pósthuma a la Vida y Muerte del Doctor Frey Lope Félix de Vega Carpio* y por Antonio León Pinelo en sus *Anales de Madrid* ya mencionados en el capítulo referente a los sucesos madrileños del genio. Mesonero Romanos fué el escritor que, durante la centuria diecinueve, se dedicó con enorme diligencia a poner en claro este acertijo histórico. Primero en su *Manual de Madrid* —1854— y más tarde en su admirable *El antiguo Madrid* —1861— describiendo la iglesia de San Sebastián, escribe:

"El cementerio contiguo a esta parroquia, que da a la calle de las Huertas (antes llamada del Viento), era uno de los padrones más ignominiosos de la policía del antiguo Madrid; y así permaneció hasta la construcción de los cementerios extramuros, en tiempo de los franceses. Recordamos haber escuchado a nuestros padres la nauseabunda relación de las famosas mondas o extracciones de cadáveres que se verificaban periódicamente, en una de las cuales fueron extraídos de la bóveda, confundidos y arrumbados los preciosos restos del gran Lope de Vega, que yacían sepultados en ella en *el segundo nicho del tercer orden*, no de la Orden Tercera, como dice algún documento, donde, buscándolo nosotros hace pocos años con el difunto párroco de aquella iglesia, señor Quijana, hallamos la lápida que dice estar enterrada en el aquel sitio la señora doña N. Ramiro y Arcayo, hermana del vicario que fué de Madrid.

"Este lamentable descuido, esta criminal profanación (que nos priva ahora de mostrar a los extranjeros el sepulcro del "Fénix de los Ingenios", se cometía ya en el siglo XIX o a fines del anterior, a la faz de una corte ilustrada y culta y delante cabalmente de los distinguidos literatos y famosos poetas restauradores de las letras españolas: de los Mora-

tines e Iriartes, Ayalas y Cadalsos, Cerdás, Ríos, Ortegas, Llagunos, Meléndez y otros varios, y de los extranjeros Signorelli, Conti, Pizzi, Benascone y otros, los cuales, en el último cuarto del siglo anterior, habían establecido una especie de liceo o academia privada en una sala de la Fonda de San Sebastián, en la calle contigua a dicho cementerio (porque entonces no existía todavía el del conde de Tapa).

"Siguiose, pues, la perniciosa costumbre inmemorial de los enterramientos en las bóvedas y templos, hacinando en ellos los cadáveres sin precaución alguna; y siguieron también de tiempo en tiempo las repugnantes mondas o extracciones de aquellos restos mortales, de que recordamos haber oído a algunos ancianos tan animadas como nauseabundas descripciones, especialmente de la que se hizo en la parroquia de San Sebastián por la calle inmediata en 1805, y que, según nuestros cálculos y noticias, *llevó envueltos en ella los preciosos restos del gran Lope de Vega.*"

La opinión de Mesonero Romanos fué aceptada por todos los críticos, incluso por La Barrera y Rennert Castro, sin meterse en más averiguaciones.

Nosotros creemos que no tenía motivo alguno Mesonero para cambiar la indicación que, acerca de donde se colocaron los restos de Lope, hicieron Montalván y León Pinelo, coetáneos del poeta, que, seguramente, asistieron al sepelio del "Fénix". Estos afirman: "Depositóse [el cadáver] en el tercer nicho."

¿Por qué Mesonero ha de afirmar: en el segundo nicho del tercer orden? En esta materia la autoridad de aquéllos nos parece mucho más respetable. Tampoco nos convence la afirmación del insigne cronista de Madrid respecto de que hasta 1805 no fueran extraídos los restos de Lope.

En el archivo de la parroquia de San Sebastián existen documentos que prueban lo siguiente:

1.º Que Lope fué enterrado en el tercer nicho de la bóveda, debajo del altar mayor (¿por qué no decir de la cripta?) por orden del duque de Sessa.

2.º El duque pensaba que aquel nicho sería provi-

sional, pues pensaba construir un sepulcro maravilloso al que fué su mejor amigo y confidente.

3.º Que nada hay más cierto que los refranes. Y que se cumplió aquel que dice: el muerto al hoyo y el vivo al bollo. El duque de Sessa no solamente se olvidó de dicho sepulcro, sino que hasta se negó a pagar los derechos del modesto nicho, pese a las amenazas que le dirigían los clérigos de llevar los restos a la fosa común.

4.º Muerto, siete años después, el duque, sus herederos aun menos se ocuparon del pago de los derechos, como se prueba por las insistencias de la parroquia en los años 1644, 1646, 1650 y 1654.

5.º Que desde 1658 no aparece documento alguno relativo a dichos restos.

6.º Que como entre 1654 y 1658 se hizo *una monda* general en los enterramientos de la parroquia es de suponer que en ella fueran los despojos que quedaban del más portentoso dramático.

7.º Si tuviera siquiera ribetes de verosimilitud la opinión de Mesonero de que los restos de Lope se conservaron hasta 1805, es de suponer que los hubiera hallado el arquitecto Churriguera, en 1715, durante la reforma que hizo en dicha parroquia, o Moratín o Gallardo, que con tanto ahinco los buscaron.

Hace muy poco tiempo, en 1928 —12 de enero—, en el diario *A B C*, el publicista paraguayo don Lorenzo Pérez Belloso lanzó la peregrina sugestión de estar enterrados los restos de Lope en la capilla de Nuestra Señora de la Novena, de la misma iglesia de San Sebastián. Tan consistente es la teoría que... basta una piedrecita para derribarla por la base. La piedrecita es ésta: la capilla de Nuestra Señora de la Novena no se terminó hasta 1674. Cerca de veinte años después de *la monda* aludida.

Cosas, cosas, piropos y requiebros a miles dijo Lope de Madrid y de lo madrileño. Cualquier obra suya que se lea —con excepciones limitadísimas— contiene alabanzas, evocaciones entrañables, referencias fervorosas

a la Villa del Manzanares. Y cuando menos, el nombre de Madrid... ¡que lo escribe Lope con un no sé qué tan húmedo de emoción que pasma! Lope se pirra por todo lo de Madrid. Cielo, río, puentes, calles, mansiones, festijos, jardines... le inspiran incesantemente. Hasta lo peor de Madrid: el clima, el polvo, le parecen dignos de disculpa si no de mérito. La pluma y los labios le rezuman cuanto en cuanto ha de referirse al lugarón de la Carpetana que le vió nacer y le ha criado y recreado. ¿Del río? Oigámosle hablar del río. Cualquiera diría que el río es caudaloso, rumoroso, buen ceñidor de la Villa. Se mira al río tan exiguo, tan apagado... y dan ganas de llamar embustero... al río. ¿Por qué no es el río como le sueña Lope; como, de buena fe, le cree Lope?

Así rima, del Manzanares —corriente dormida sobre lecho de pedernal— Lope:

“Manzanares claro,
río pequeño,
por faltarle el agua
corre con fuego.”

(*Santiago El Verde.*)

“De hoy más las crespas sienes de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa.

.....
Que mezclada en tus aguas pudo alguna
de Luscinda tocar las tiernas plantas
y convertirse en tus arenas de oro.”

(*Rimas humanas, parte 1.ª*)

Exagera Lope. Seguramente todos lo creen. Pero Lope, cuando rima, si exagera es porque no se da cuenta. Habla traduciendo sus deseos. ¡Habla componiendo su frenética voluntad de crear un río inmortal

y grande, lo mismo que ha creado miles de criaturas grandes e inmortales. Y si en éstas no ha hiperbolizado, ¿por qué ha de hacerlo cuando sueña en aquél?

"Tendido en sus arenas Manzanares,
esforzó sus corrientes
y con varios presentes,
himnos, epitalamios y cantares,
sus ninfas celebraron este día,
y el monte en dulces ecos respondía."

(La portuguesa y dicha del forastero.)

¿Qué dice Lope de las mansiones de Madrid? Son grandes, destartaladas. ¡Eso se cree la gente! Pero ¿cómo las mira, con qué ojos y con qué prevención las mira la gente que así las ve? ¿Destartaladas?... ¿Grandotas? Que Lope le preste al vulgo sus ojos madrileños. Y que el vulgo mire con ellos:

"Edificios de Madrid
tras sí los ojos se llevan,
porque son como unas joyas
con tal valor y belleza,
que llama a los albañiles
una mi amiga discreta
plateros de yeso..."

(Sembrar en buena tierra.)

Las calles de Madrid..., porque son calles, y no callejas, ni callejones, ni derrumbaderos, ni biombos, ni pasadizos... Las calles madrileñas no son estrechas, ni están sucias, ni carecen de arbolado. ¿Quién echó a rodar semejante pamplina? Algún hugonote de los que llegan de comparsas, haciendo el paripé y la pamema, con los embajadores de la Inglaterra, de la Alemania, de la Holanda. Algún trapisondista provinciano, lapa de la burocracia y chinche del buen tiempo de la Corte. Algún aventurero, Aretino *doublé*, molido a desengaños. Pero ¿han de dar más fe estos tales que Lope, genial y español? Pues oigamos a Lope:

“... Fuentes del Prado y Peral,
Lavapiés y Leganitos,
Puerta del Sol, puerta hermosa,
Soto, Puente, San Isidro,
Güerta y jardines de Chipre,
Quinta de milagro quinto,
Brañegal, güerta del sol,
Alcázar gallardo y rico,
Casa de Campo y del cielo,
Parque, soto, zarzas, río...”

(*Con motivo del traslado de la Corte
a Valladolid, en 1601.*)

“Serás Corte de Reyes,
su casa, sus ejercicios;
tendrás ricos edificios,
las dignidades y oficios.

.....
No habrá ingenio, policía,
hermosura, cortesía,
grandeza que en ti no halles,
templos, casas, plazas, calles,
te harán insigne algún día.”

(*Rimas profanas.*)

Después de leídos estos versos no podrán conmovernos los relatos de los viajeros extranjeros que llegaron a Madrid a fines de la centuria dieciséis y a principios de la diecisiete. Reputaremos de tendencioso a Camilo Borghese —que después ocupó la Silla Pontificia con el nombre de Paulo V— porque se atrevió a decir que Madrid era una “Villa mal oliente”. Acusaremos de falsario al sacerdote romano Juan Bautista Canfalonieri, quien, luego de escribir determinadas apreciaciones, más líricas que verídicas, afirmó “que una de las tres cosas que el Rey de España no consigue es tener limpias las calles”.

Si del clima de Madrid se trata, luego de leer a Lope, ¿cómo no hemos de despreciar a otros ingenios bárbaros cuando aseguran lo contrario que pondera Lope?

Jorge Borrow, aquel melancólico propagandista de la Biblia protestante, de laxa melena rubia y claros ojos miopes, larguirucho y patizambo, ¡se atrevió a insinuar que el clima de Madrid era "frío, cruel"! Ricardo Ford, viajero inglés de la mejor parsimonia, llevó a las letras de molde el convencimiento de que Madrid "era la Corte de la muerte..., y la causa de ello está en el clima". Dumas, aquel mulato obeso, ébrio de Martinica, zumbón de rumba, cacopirata de la Historia, llegó a jurar que la pulmonía "era el primer silbido de Madrid".

¡Cuánta mentira! ¿Frío el clima madrileño? ¿Mortal el clima madrileño? Que hable Lope. Lope no puede engañarse ni engañarnos. Que hable del clima de Madrid él, tan madrileño:

"Campos de Madrid dichosos,

.....
 Hermosa alfombra de flores,
 donde tejiendo y pintando
 está la Naturaleza
 más ha de cinco mil años;
 arroyuelos cristalinos...

Frescos vientos de Madrid
 que las mañanas y tardes
 venís de las altas sierras
 a refrescarle y bañarle...
 Venid bañados de aljófara
 o destas fuentes tomadle...

(*El Acero de Madrid.*)

Cuando hay que decir que el río es un río magnífico, Lope lo dice. A susurros. A voces. Como se lo pidan. Lope lo cruza varias veces al día. Lo mira a derecha y a izquierda. El entusiasmo es el aumento de las lentes de su voluntad. Cuando de las casas, o del clima o de las calles se trata, Lope, si se lo piden, fanfarronea él sabe qué ditirambos. Pero, en secreto..., ¡muy de ve-

ras!..., mientras vive, desvive y revive en la Villa, si se le exige, Lope confiesa el tanto por ciento de hipérbolo que hay en su elogio, lo desmedido de su adhesión madrileña, lo exorbitante del precio puesto a la realidad de la Villa. Pero todo ello en secreto, entre madrileños, dentro del recinto urbano. Cuando Lope ha de salir de Madrid... ¡ya no concede nada!..., ¡ya no se aviene a razones! Todo, todo, todo lo de su lugar es maravilloso, tiene que serlo, debe serlo.

“Adiós, Señora de Atocha
que sois Madre del Dios mismo

.....
La Merced, la Trinidad,
el Carmen y San Benito,
la Victoria, Santa Cruz,
adiós, divino agustino,
San Jerónimo, Bernardo,
San Andrés, San Bernardino,
San Pedro, San Sebastián,
la Capilla del Obispo,
los Angeles, Santa Clara,
Vallecas, Santo Domingo,
Constantinopla, el Colesio
y el monasterio de Pinto,
San Yuste, San Miguel,
San Nicolás, San Francisco,
Santa María, San Gil,
Colesio de Teatinos,
fuentes del Prado y Peral,
Lavapiés y Leganitos,
Puerta del Sol, puerta hermosa,
Soto, Puente, San Isidro,
Güerta y jardines de Chipre,
Quinta de milagro quinto,
Brañegal, güerta del sol,
Alcázar gallardo y rico,
Casa del Campo y del cielo,
Parque, soto, zarzas, río.”

(Con motivo del traslado de la Corte
a Valladolid, en 1601.)

Muchas más páginas podríamos llenar con las cosas, cosazas, requiebros y piropos que Lope dedicó a Madrid. Pero... ¿para qué? No queremos, sin embargo, terminar este capítulo dedicado a Madrid y a Lope sin insistir en algo que ya dijimos: "Deseamos creer, y nadie ni nada nos lo impide, que fué Lope quien primero lanzó a voz en grito, con aire de reto, el "¡Viva Madrid, que es mi pueblo!" Aire, eso sí, un poco cerril. Voz, por supuesto, que trasciende toda su gordura de aldea. Pero voz y aire que ya empiezan a singularizarse y a encontrar eco y trascendencias. Y ya decidido a gritar y a fanfarronear insolencias indígenas, también Lope se acordaría de otras muchas frases hechas de semejante laya. Muy joven aun, aun no purgado de esos sarpullidos primaverales que son las rebeldes incoherencias y que rondan el mugido de la casta y exaltan la garantía de los apellidos, Lope presumía de sus ascendientes montañeses y de sus muchos escarceos con las behetrías cabezas de linaje. Pero apenas pudieron asirse sus modos al ambiente y sus maneras a la cortezanía, olvidáronsele tales presunciones para declararse, como en el reparto de cualquier sainete de circunstancias, isidro número uno. Isidro por el regusto con que mira y se admira; isidro por no creer ya ni en lo mejor ni en lo de fuera; isidro por la campechanía y compadrería de sentirse situado definitivamente; isidro por el afán de guardarse los aspectos madrileños para hacerlos términos insuperables de comparación y aprecio.

A Lope le ha perjudicado mucho lo que hoy llamamos, sin pizca de piedad ni asomo de justicia, "paletaría", esto es: regodeo de un solo lugar, fanfarria de una única pretensión, añoranza invariable, estímulo uniforme. Para la calificación que hace la crítica de los valores humanos, nada desmerece tanto como esta aptitud de lapa en lo estrictamente vernacular. De cuando en cuando se permite dormir a Homero, y agrada casi siempre que el genio se desnacionalice. Pretender

que una idea genial adopte una expresión acendradamente local es una mofa a la cacareada deshumanización de las ideas geniales. Lope, en toda su obra, no hace sino este juego de arrancar chispas a lo universal para, en su prisma madrileño, producir la reflexión, la refracción y la descomposición de las luces. ¿Cuántas veces se acuerda William, en sus obras, de Stratford del Avon? ¿Cuántas, Juan Wolfgang, de Francfort del Mein? ¿Cuántas, Miguel, de Alcalá de Henares? Sin embargo, Lope Félix, de Madrid del Manzanares..., ¡qué isidro, qué paleta, qué cateto, qué cerril es! ¿Creerán ustedes que hay comedia suya en la que se nombra más de cincuenta veces a Madrid? ¿Creerán ustedes que piensa, con cerrazón de inteligencia inconcebible en él, que únicamente Madrid da la discreción y la gracia? ¿Creerán ustedes que sitúa en Madrid la acción de más de treinta de sus obras dramáticas? ¿Creerán ustedes que, en una de estas mismas obras, hemos registrado más de dos centenares de referencias comparativas a Madrid, en las que éste es el ápice de la donosura, el señuelo de la felicidad, el remate de lo maravilloso y el apogeo de lo singularizado? ¿Creerán ustedes que Lope pronuncia el nombre de Madrid con las tres entonaciones de los tres patetismos del alma? Pues sí. —¡Madrid! como diana en el flechazo del anhelo. —¡Madrid! como trapecio en el que se columpiaron las mejores ilusiones pasadas. —¡Madrid! como culminación del máximo esfuerzo.

ida-
iza-
no
rsal
, la
itas
ord
del
Sin
qué
rán
nás
que
él,
ia?
nás
des
ado
s a
, el
o y
que
to-
sí.
la-
ne-
ión

II

LOPE DE VEGA, DRAMATURGO

lan
lite
sirt
al r
sid
era
gui
nos
de
del
ral
qu
sin
un
pas
en
cep
tie
pa
do,
La
qu
dic
el
pu

Lope quiso dividir su personalidad literaria para lanzarla en tantas direcciones como eran sus apremios literarios. Le tentaron a Lope las sirenas de todas las sirtes; y Lope no se hizo atar, como el prudente Ulises, al mástil de su p'urirreme, ni tapó los oídos a su curiosidad, a sus anhelos, a sus soberbias juveniles, que eran los remeros y timoneles de la embarcación. El azoguillo, el bullebulle le adentraron por todos los caminos de la literatura, aun cuando todos menos dos hubo de desandarlos. Al término de cada dirección, el modelo, el paradigma del género le cerraba el paso inexorable. En loor del genio madrileño hemos de registrar que de sus expediciones fallidas regresaba optimista y sin hiel. No pudo ser un Tasso en la poesía épica. Ni un Homero en la burlesca. Ni un Montemayor en la pastoril. Ni un Dante en la alegórica. Ni un Cervantes en la novelesca. En muchas direcciones —en todas excepto en dos— se perdió y anduvo desorientado largo tiempo. Una poderosa intuición le devolvía al punto de partida... un poco más criticado, un poco más burlado, pero siempre dispuesto a no cejar, a no amilanarse. La lírica y el arte dramático fueron los dos caminos que él anduvo hasta el fin, sin emparejar con casi nadie, señero y eufórico, como quien mejor que nadie sabe el ir de prisa y el ir bien.

El *casi nadie* que hemos apuntado para emparejarle pudieran ser, en la lírica, Fray Luis de León y Gón-

gora. En la dramática no es *ni casi*. Nadie. En el mundo dramático que Lope crea en poco más de siete días, Calderón, Tirso, Guillén, Moreto, Alarcón... no pasan de ser espléndidas naciones. Todas las cuales apenas si suman el gran mundo de lo conocido y de lo por conocer.

Cuando Lope inicia el gran camino de la dramática española ésta se halla sujeta a la férrea preceptiva que, desde los griegos, cuadriculó la inspiración humana. A Lope se le impone —la imposición late en el ambiente, fulmina en las costumbres, repta en los modos y en las maneras— esta preceptiva si quiere seguir adelante. Pero el genio madrileño, rebelde y original, prescinde de todo espíritu de escuela o de secta, esquiva toda idea fundada en el dogmatismo de un sistema determinado. Lope pensará como piensa. Lope sentirá lo que siente. Lope explicará lealmente la relación que liga sus propias concepciones con el mundo físico que le rodea. Lope será leal a la atmósfera social bajo cuya influencia le tocó en suerte desarrollar su idiosincrasia psicológica.

Si Lope de Vega se hubiera ajustado a los cánones que tanto respetaron sus precursores Lope de Rueda y Juan de la Cueva, no habría sido Lope, esto es: lo asombroso de tan desordenado, lo maravilloso de tan inarmónico, lo estupendo de tan inesperado, lo original de tan desconcertante. No negamos que se pueden lograr grandes obras caminando sobre la falsilla y huyendo de la heterodoxia. Ahí están Voltaire y Quintana. Pero la genialidad solamente se da a campo traviesa. Lo impar apenas se encuentra a contrapelo. Lo estrepitoso zumba, si acaso, cuando menos se piensa. Shakespeare y Lope abandonaron los trazados surcos. Por ello, los circunspectos, los medidos y sopesados Quintana y Voltaire, hubieron de calificarlos de "genio bárbaro".

Los críticos más severos de Lope, y aun algunos de los más benévolos, pretenden explicar la decisión de Lope como un movimiento inconsciente, determinado por causas extrañas; como el efecto de un sistema preconcebido y deliberadamente adoptado. Poco meditada

pretensión. Si la vida del *hombre Lope* no bastara a explicar cuanto en él había de espontáneo, el propio dramaturgo se encargó de manifestar su opinión en su interesantísimo *Arte nuevo de hacer comedias*. Su rebeldía no era una postura. Ni menos una ignorancia de las reglas clásicas. ¿Ignorancia en él, que se formó bajo los principios clásicos de la escuela aristotélica y que, a los diez años, traducía al castellano *De raptu Præserpinæ*, de Claudiano? Su rebeldía tenía una base. La tendencia se basaba en un atisbo. Si se apartaba del sendero trazado y seguido por los antiguos, era

“No porque yo ignorase los preceptos, gracias a Dios, que ya tirón dramático pasé los libros que trataban desto, antes que hubiese visto al sol diez veces discurrir desde el Aries a los Peces.”

Pero las reglas, además de oprimir la intención y de sujetar la mano entusiasmada del artista, hacían de sus obras algo anodino, frío, intrascendente. Por experiencia propia sacó las consecuencias Lope. También él, en algunas ocasiones, quiso presentarse muy aplomado, muy justo, muy ortodoxo. Las pocas veces, las muy pocas veces, su creencia quedó plenamente confirmada. El “patrón” aburría a las masas. “La medida” extraña el bostezo de entre las mandíbulas. “La proporción” espantaba las ilusiones por lo imprevisto. Decidido ya a pensar y a expresar por su cuenta, Lope no se recata para escribir:

“A aquel hábito bárbaro me vuelvo;
y cuando he de escribir una comedia
encierra los preceptos con seis llaves;
saco a Terencio y Plauto de mi estudio
para que no me den voces, que suele
dar voces la verdad en libros mudos,
y escribo por el arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron;
porque, como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.”

Tomando muy al pie de la letra el pareado final, se podría creer que la decisión de Lope fué, además de reflexiva, egoísta. Si atropellaba los dictados del arte, si transgredía los principios de lo estatuido, hacía lo sin otra mira que halagar la rudeza del vulgo. Vana imputación en cuanto se conoce, siquiera sea sucintamente o de soslayo, la obra del dramaturgo. Lope añadía a los rigores de una severa disciplina las libertades de una espontaneidad bárbara. Lope adunaba el pulimento de una cultura sólida a la potencia creadora más extraordinaria que se ha dado en mortal alguno. Cuando él alude al vulgo necio, piensa en el vulgo *sin pulir*, pero terriblemente intuitivo y epidérmico, en el vulgo a quien únicamente se atrae, domina y redime con espasmos de pasiones y con afirmaciones estupendas.

“Que dorando el error del vulgo quiero
deciros de qué modo las querría,
ya que seguir el arte no hay remedio,
en estos dos extremos dando un medio.”

Para Lope este camino a seguir está empedrado de tópicos, de frases hechas, de pensamientos monótonos reiterados hasta la exasperación. Su primera labor será la de podar, la de tronchar, la de desarraigar. Indudablemente fué él quien primero vió, con mirada de águila, debajo de todos aquellos rigorismos de partos sietemesinos, un manantial de exuberante vitalidad. Su actividad magnífica venció, pronto y bien, los obstáculos. ¿Los obstáculos? ¿Qué obstáculos eran éstos? El primero la carencia de un género en el que, sin intervención de los dioses o de la fatalidad, pudieran desenlazarse con toda emoción y con mucha dignidad las pasiones humanas. El segundo obstáculo: la cuestión de la forma, la tan debatida de las tres unidades. El tercero: lo relativo al lenguaje, de afectada hinchazón, muy en boga entonces. El cuarto: la influencia moralizadora.

El primero lo resolvió Lope creando el drama.

"Lo trágico y lo cómico mezclado,
y Terencio con Séneca, aunque sea
como otro minotauro de Pasifae,
harán grave una parte, otra ridícula;
que aquesta variedad deleita mucho.
Buen ejemplo nos da Naturaleza,
que por tal variedad tiene belleza."

Es decir: ni tragedia ni comedia. Y, sin embargo, algo de cada una. Lo humano en primer término. Fusión de tonos, estilos y caracteres que antes habían constituido categorías antitéticas. Un género híbrido a los ojos del adusto Aristarco, pero cálidamente vital, desde el punto de vista psicológico, hijo legítimo de la primera mirada que volvió el hombre hacia sí mismo. El segundo problema lo resolvió con decisión tan sencilla como la del huevo de Colón o la del nudo gordiano. ¿Por qué cinco actos con digresiones? Eliminadas éstas, la fábula escueta con su exposición, nudo y desenlace. Los tres actos. La regla infalible y sencillamente formulada. Ni carencia, ni superabundancia. Lo primero, incompleta. Lo segundo, enreda y oscurece.

"Adviértase que sólo este sujeto
tenga una acción, mirando que la fábula
de ninguna manera sea episódica,
quiero decir inserta de otras cosas
que del primer intento se desvíen;
ni que de ella se pueda quitar miembro,
que del contexto no derribe el todo.
Remátense las escenas con sentencia,
con donaire, con versos elegantes,
de suerte que al entrarse el que recita
no deje con disgusto al auditorio.
En el acto primero ponga el caso,
en el segundo enlace los sucesos
de suerte que hasta el medio del tercero
apenas juzgue nadie en lo que para."

El tercer tropezón lo esquivó limpiamente el portentoso madrileño. ¿Lenguaje prosopopéyico? ¿Que cuantos hablan, rey o roque, han de decir lindezas y con primores de gramática? ¿Que los tropos de sentencia y los tropos de dición han de oscurecer y de alargar los parlamentos? Pero... ¿por qué? Agua clara. Cielo claro. Lenguaje claro. Cada personaje en su carácter y en su situación. Dos palabras mejor que cuatro. Un movimiento espontáneo mejor que uno estudiado. El teatro antes que nada es pasión. Debe ser pasión. Y las pasiones desdeñan los dictados de la preceptiva.

“Si hablase el rey, imite cuanto pueda la gravedad real; si el viejo hablare, procure una modestia sentenciosa; describa los amantes con afectos que muevan con extremo a quien escucha; los soliloquios pinte de manera que se transforme todo el recitante, y con mudarse así mude al oyente. Pregúntese y respóndase a sí mismo, y si formare quejas, siempre guarde el debido decoro a las mujeres. Las damas no desdigan de su nombre, y si mudasen traje, sea de modo que pueda perdonarse, porque suele el disfraz varonil agradar mucho. Guárdense de imposibles, porque es máxima que sólo ha de imitar lo verosímil. El lacayo no trate cosas altas ni diga los conceptos que hemos visto en algunas comedias extranjeras. Y de ninguna suerte la figura se contradiga en lo que tiene dicho.”

Hasta entonces el teatro, el teatro inconcreto surgido del medievo, y el teatro de reminiscencias griegas y romanas, se limitaba a ser una imitación de la vida. Mejor teatro cuando la copia era más fiel, cuando la imitación parecía casi —o sin casi— no serlo. En el

teatro se representaban juegos de odios y venganzas; pasiones sin otro origen que el destino y sin otro término que la Fatalidad; experiencias de partido o de escuela; ponderación de costumbres. Lope quiso apartarse de este cuarto obstáculo levantado a su rebeldía. Él era partidario, sí, del realismo. Pero deseaba sacar de él una consecuencia, una moraleja. Su teatro no era una nave sin timonel y sin puerto, cuya máxima aspiración fuera moverse a compás y a dirección de los elementos. Realismo sí, pero con una tendencia ideal. Entretener también, pero mezclado con el entretenimiento un noble propósito de superación. Lope de Vega no tomó el rumbo dramático ni ignaro ni con los ojos vendados. Aceptaba lo aceptable en lo conocido. Pro-pugnaba por algo maravilloso entrevisto —de él, única-mente— en el fondo espeso del tópico y de la ortodoxia. Del arte clásico, los principios racionales e inmutables. Y entre las innovaciones, las atinentes a la verdad y a la Naturaleza, para siempre; otras, secuelas del gusto dominante de la época, como transacciones inevitables.

Las líneas generales trazadas por Lope para el arte dramático son éstas. En ellas el campo de acción rompía los límites, la posibilidad de caracteres rompía los moldes y las trabas, la necesidad de las situaciones se hacía apremiante, sin que por ello perdiese el género la unidad de fisonomía inalterable. ¿Cómo se movió Lope en este camino tomado con decisión? ¿Cómo utilizó las consecuencias allegadas en tanta cantidad y con tanta presteza?

En un libro nuestro, ya publicado, hemos escrito así:

“Quien poco a poco amontona su riqueza, poco a poco acrece su fama, muy poco a poco pone los marcos familiares a los diplomas académicos que pregonan su aptitud y a las gacetillas que reafirman su actitud, sin prisa, al unísono de su conveniencia prudente, irá salpicando la historia con lo peculiar y jalonando la leyenda con lo imprevisto. Pero quien de repente se sabe

todopoderoso por el favor, por la riqueza y por la predisposición espiritual, de repente inundará su radio de acción, primero, y después el más allá, a diestra y a zurda, a lo alto, a lo hondo y adelante —sabiendo que la redondez del mundo lo ha de traer a sus espaldas—, con su frenética y acuciosa nervosidad. Quien de una vez se nota ágil y fuerte, conceptuoso y voluntarioso, dejará de creer en las trabas, se burlará de los distingos y apelará al “porque sí” como única razón de su ejercicio.

Madrid y Lope... o a la inversa: Lope y Madrid se supieron de pronto capacitados y apremiados para la acción. Antes... Madrid existía como una posibilidad. Su posibilidad fué sospecha de contados días. Lope... Teológicamente era la fórmula de un acertijo en la omnisciencia divina. Nada más. De repente, Madrid y Lope son, y pueden, y quieren. Con regusto de sí mismos se aúpan fuera del clima de la moral corriente y de la apetencia al uso. Pasan con facilidad y fluidez de un estado de predisposición a un estado de superación. Lope y Madrid no descansan nunca. La facilidad maravillosa que se notan para exteriorizar sus apetencias es comezón y acicate cuando aun no ha dejado de ser fecundación y colmo. Uno y otro barajan los novilunios de la sorpresa y los plenilunios de pasmo como un prestimano los naipes ante un público estupefacto, y entrambos no procediendo ni de la inspiración —porque son espontáneos— ni de la norma —porque son anormales— de la raza milenaria, se excluyen de la apretada concentración para manifestarse dispersos, ahitos en el devaneo.

Madrid y Lope se atreven a todo. Dentro y fuera de España. La Villa, con la engañifa de la corte, atrae a los curiosos del mundo y arranca las manifestaciones más contradictorias y detonantes. Lanza su prestigio de ombligo de Europa a manera de red, para recoger los síntomas de los dos hemisferios del mapa.

Y Lope, en vez de atraer al mundo, se lanza a él,

engallado, con un delirio de sí mismo tan grandioso que, en fuerza de serlo, parece el sencillo egotismo de un infante. Ya todo el mundo es de él. Y gira sobre él como un gozne. Ya todo el mundo está en Lope. Porque ¿qué es el mundo sino un recuerdo clásico, una fuerza religiosa, un atisbo sobrenatural y un engarce de usos y costumbres? Pues bien: la obra del poeta lo abarca todo: leyenda y ficciones grecorromanas, hagiografía ortodoxa, premoniciones celestes y géneros y especies de la Humanidad con fiebre.

Con muy pocos años en la fama, Madrid espejea gloria y Lope derrocha versos. El mariposeamiento da varias vueltas al planeta de Copérnico. ¿Que de tantos versos muchos son deficientes? ¿Que de tanta fastuosidad no poca es ridícula? Tal vez.

No, sin embargo, en la medida que determinaron los zahoríes antiguos. Quicio y gozne en alguna ocasión rechinaron. Pero es tal la fecundidad espiritual de la Villa y del poeta, que ahoga los defectos cualitativos o los difumina al menos. Inútilmente el arquero holandés Cook hizo saber que en Madrid el viento empolvado aventaba las basuras, y que un olor nada perfumado enrarecía el ambiente de las calles, y que abundaba el tabardillo, maleficio curado únicamente con el agua milagrosa del Patrón Isidro. Vanamente el sacerdote romano Juan Bautista Canfalonieri redactó un epigrama plurilingüe con el aspecto desértico y mefítico de la capital. Perdieron el tiempo lastimosamente otros muchos viajeros propalando malos aspectos de ella. *Madrid no presumía de su porte, sino de su corte* y de la actividad y de la ficción que expandía. Y nadie puede negar que en aquel siglo su zumo dramático sazónaba por doquier y su zumo bélico desazonaba. Con Madrid nacía un nuevo concepto de capitalidad. Por Madrid se hundía el caduco puntillismo de la corte medieval, agremiada y engolada.

De Lope también hablaron mal, a boca llena unos, con melindre del no querer queriendo algunos, bastan-

tes con la esgrima del puñal trapero del epigrama y de la daga alevosa de la insidia. "Pato de aguachirle" le calificó Góngora, el cordobés ahorcado de su propia bilis. "Ente avellanado, envidioso universal", le rimó Alarcón, que pasó "el charco" en las calabazas de sus jorobas. Como a un San Sebastián apolíneo y juvenil le asaeteó de epítetos aquel Torres Rámila, lector de gramática latina en Alcalá. Pero Lope no presumía de cada una de sus obras, sino del conjunto, eterno meteoro luminoso zigzagueando el cielo de España y salpicando el del universo. Con Lope nacía un canon muy especial de realismo que no necesitaría justificantes. Porque de pronto, y con abundancia sin límites, se notaron Lope y Madrid llenos de gracia y de probabilidades, se atrevieron a todo, y lograron lo mejor.

El afán dramático y madrileñista de Lope no se contiene en lo expuesto. Va mucho más allá. En otros genios la obra es expansión; en Lope, absorción.

Intentaremos probarlo. Cuando Shakespeare crea a su Otelo, crea a un auténtico africano: violento, feroz, antípoda del inglés de aquellos tiempos. Cuando sueña con Helsingford para su pálido príncipe, es porque comprende "el modelo" misantrópico, roído de problemas espirituales, vaivén de oscuras pasiones, radicalmente distinto a cualquier súbdito de la reina virgen.

En Shakespeare, en Cervantes, en Goethe, el ansia —o la fuerza irresistible del destino— hacia la inmortalidad los saca de su país de origen y los radica en el mundo. En Lope ese mismo anhelo logra efectos contrarios. Cuanto más genial, más español, más madrileño. Diríase que todos los personajes que crea *los traduce al castellano*. Así cuando nos hace conocer al *Ciro de su Contra valor no hay desdicha, y primero rey de Persia*, éste, admirable de humanidad y con acentos inspiradísimos eso sí, nada tiene de persa, ni siquiera de un orientalismo convencional al alcance de un escritor culto. *Ciro* es auténticamente español. Debajo del atuendo postizo con que le hizo salir el actor Pedro de

la Rosa, en el Gallinero del Retiro, el día 9 de agosto de 1636, se adivinan las calzas, el juboncillo, la prosopeya un tanto declamatoria de los monarcas de España.

Exalta Lope a la infortunada reina María Stuardo; y la reina no carece de ninguno de los caracteres humanos inherentes a su desdichada existencia. Pero, la de las rimas lopescas, no es una mujer del Norte, con los prejuicios de una Escocia del siglo XVI; su ternura, su calidez de ademanes, su peripatetismo resultan netamente del Sur, españoles, castellanos, cortesanos. El monarca sabio de *El templo de Salomón* —comedia que figura en la parte V, impresa en Sevilla— no trasluce sentencias hebraicas, no delata rígidas actitudes de oficios en el Antiguo Testamento, no exhala aromas de cinamomo, no se conmueve bajo el espeso cobalto de los cielos asiáticos. Este Salomón, de tan recia contextura moral, es un austero noble de tierras carpetanas, consciente aportador de frases hechas al refranero, capaz de los mayores extremos cuando se trata de cosas que atañen a la justicia y a la honra. Lope de Vega no intenta ni desea llevar su genio más allá de las fronteras de su patria. Pero acierta a traer a España cuantos latidos de la máxima emoción se acogen al mundo. Su poder genial es de absorción. No le interesan, sin embargo, más que los españoles. Él dominaba, sin salir de Madrid, el mundo de la poesía, como Madrid dominaba, sin excederse de sus propios arábigos muros, el mundo de las apetencias políticas.

Tenemos que reiterarnos en las anteriores aseveraciones. El camino elegido por Lope, trazado nuevamente por él, por él jalonado de sorpresas y jaleado de signos admirativos, es un camino que, recto, daría la vuelta al mundo; pero que, así de graciosamente curvo y cruzado, no excede no ya de España, sino casi de Madrid. Y claro es que no nos referimos a su calidad —tan grande, que se aprecia en todas las latitudes y regímenes culturales—, sino a su inspiración y a su aspiración.

Antes de examinar la obra teatral de Lope en lo que tiene de original, de trascendente, de moralizadora, de graciosa, queremos apuntar, espigándolos de ella, los principios espirituales del genio que, para su gloria, eran los de la Villa que le había visto nacer. Se ha tachado al Madrid de las centurias XVI y XVII de absolutista, de inquisitorial, de vinculador, de muy dado al amor, pero con tanta fanfarria como platonismo. Lope, hijo dilecto de Madrid, que heredó sus defectos y sus virtudes, que los reflejó sin pudor ninguno en sus obras dramáticas, desmiente tales infundios. Y los desmiente con la serenidad de quien, más que el concepto ajeno, le importa mucho el no engañarse. ¿Incomprensivo Madrid? ¿Inexorable la ortodoxia madrileña? Hubieran podido serlo, en efecto. Madrid atravesaba un período de gloria inaudita que había exaltado en grado sumo el sentimiento nacional. Madrid no veía a ninguna otra capital *hombrearse* con él. Londres y París apenas le llegaban al pecho, para subírsele a las barbas. Viena y Roma *le quedaban* en la cintura, sujetas a los vaivenes de los escorzos. Madrid no encontraba obstáculos. O no los veía. O no los notaba. Informado por un conjunto de prendas ideales, que teóricamente le excluían de toda injusticia, todo abuso de fuerza hubiera podido hacer y deshacer en materia de conciencia como lo hacía en bélicos extremos. Y sin embargo... procedía con un delicado tacto, con un sutilísimo liberalismo. Por Madrid hablará Lope. Hablará traduciendo con fidelidad absoluta sus sentimientos. Oigámosle. Es el acto primero, la escena tercera de *Los milagros del desprecio*:

"HERNANDO. Bien mirado, ¿qué me han hecho los luteranos a mí?
 Jesucristo los crió
 y puede, por varios modos,
 si él quiere, acabar con todos
 mucho más fácil que yo."

Quien con tal gravedad habla no es un soldado que acaba de regresar de Flandes. Habla Lope. Habla en nombre de Madrid. Habla traduciendo su sentir más recóndito y más digno. Y no habla —ni siente— así por excepción. En *La pobreza estimada*, discutiendo un castellano y un árabe —Aurelio y Audalla— acerca de si el hijo de aquél deberá apostatar para poder casarse con la hija de éste, Aurelio se niega bravamente. De los labios del árabe salen entonces estas magnánimas palabras:

"AUDALLA. Sigue tu ley y tu Dios,
que él sabe cuál de las dos
es más razón que se crea."

Quien con tal comprensión se expresa no es un mahometano de atisbos teológicos. Se expresa Lope. Se expresa así por decisión de Madrid. Se expresa así traduciendo un admirable alarde de la delicadeza religiosa de Madrid.

Tampoco la Villa y Corte fué muy dada a reconocer mayorazgos y a conceder patentes de vinculación alguna. Los apellidos ilustres llegaban a ella desde todas las puntas de la rosa española de los vientos. Los castillos, los enfeudos, los títulos adheridos a la primogenitura se los imponía Aragón con sus fueros, Navarra con sus tradiciones, Cataluña con sus Usatges, Vizcaya con sus enmiendas y encomendaciones de señorío. Madrid, como germen de altezas, era todavía muy joven. Y como joven y por no deber su grandeza ni a ley de herencia ni a sutilezas de la política, era refractario al privilegio y olvidadizo de la selección gentilicia. Podría ser muy ventajoso para el Estado —en cuanto a que preveía a la conservación de los linajes— que los padres de familia tuvieran facultad para vincular en sus primogénitos bienes y tratamientos. Ventajoso para el Estado y hasta cómodo para los padres de familia, ya que los evitaba no pocos quebraderos de cabeza. Pero

tal privilegio lastimaba el sentimiento de justicia. Resultaba inicua esta predilección, basada en causas casuales, entre quienes tenían la misma naturaleza basada en un origen, en un común origen. Madrid, cuya importancia entonces era de acción, de anhelo, de futuro, y nunca de mirada atrás, desdeñaba estas vinculaciones. ¿Lo duda alguien? Pues preste atención. Va a hablar Madrid por boca de Lope —mejor: por pluma de Lope— con mucha lealtad a sus sentimientos. En la comedia lopesca *La flores de Don Juan* el conflicto se plantea entre Don Alonso, el primogénito, irreflexivo, bajo el signo de la buena estrella, y Don Juan, segundón hambroño, humillado y rezumado de odio. Cuando un mandatario de Don Alonso hace saber a Don Juan que debe irse a Flandes y que ni podría comprarse unas medias sin consentimiento del primogénito, Don Juan exclama... Rectifiquemos: Lope exclama... Rectifiquemos: Madrid exclama:

“Pues ya es mucha crueldad...
Tan buen padre y madre fueron
los que esta sangre me dieron
como a él la suya...”

El enviado insiste:

“Allá en los reinos extraños
no están los segundos mal.
Sí en la patria, pues nacieron
después.

MADRID. Los primeros ¿fueron
de sangre más natural
para que sean los reyes
y sus esclavos los otros?

ENVIADO. No le juzguemos nosotros;
esto disponen las leyes.”

Igualmente salió al paso Lope de Vega de cierta apreciación que se hizo de los platonismos de Madrid. En la Villa del Manzanares no había tiempo sino para amar muy sucintamente. Apenas si diez o doce caballeros de

calidad cumplían con su obligación de multiplicar los bastardos y de velar por que no se acabasen las aventuras galantes. Los demás... Muchas guerras. Muchas fiestas de toros y cañas. Muchos lances de estocadas en las medias tintas. Muchas conjuras políticas. Muchos coros de la murmuración. Muchos certámenes de poesía. Muchas conmemoraciones de santos. Pero cuando un Villamediana o el propio Lope derraman su afrodisia públicamente, el coro —el coro alharaquiento que ya conocieron los griegos— deprecador e imprecador a la divinidad, levanta su asombro y su falsa pudibundez. Pero este coro no tiene de Madrid más que el telón de fondo. Cuando Madrid quiera expresar cómo siente su pasión —suma: sensualidad + cariño— lo expresará por pluma de Lope, su hijo más amado y glorioso, que tanto supo de amor porque accionaba con un infinitivo de la Villa. Y Madrid se expresa así, aun cuando la pluma sea de Lope y la entonación la ponga *Don Bela* en el acto segundo de *La Dorotea*. "El amor platónico siempre lo tuve por quimera en agravio de la naturaleza, porque se hubiera acabado el mundo. Mal amante llama Platón al que ama el cuerpo más que el alma, haciendo argumento que ama cosa inestable, porque la hermosura falta y se desflora por la edad o enfermedad, y es fuerza que falte el amor o se disminuya, lo que no haría amando el alma... Mas yo respondo que si la hermosura del cuerpo es lo visible, por quien lo invisible se conoce, cada uno de estos dos individuos se han de gozar amando el uno por los brazos y el otro por los oídos." En muchas otras obras dramáticas de Lope puede leerse este mismo concepto del amor. Es el concepto enérgico que sugiere una naturaleza apasionada. Ni el delirio enfermizo y gemebundo de los románticos, ni la abstracción metafísica que alquitaró nuestro buen brujo y cornudo don Enrique de Villena, ni el pervertido y refinado erotismo que elegíaca y cínicamente vivió y rimó Publio Ovidio Nasón. Realidad. Realismo. Plasticidad. Carne un poco ennoblecida por el espíritu. Espíritu un tan-

to brutalizado por la carne. Realidad. Una boca caliente, con cierto incentivo animal. Unos ojos luminosos. Unas manos pulidas. Un tacto perturbador. Realismo vivificado por el ardiente soplo de una sensibilidad inagotable, pero no exento por completo de ese embellecimiento —fondo y marco— que da una brillante imaginación. Es decir: el hombre tal cual es, dual y tan legítimo en su existencia moral como en su desfallecimiento erótico. Es decir: Lope. Es decir: Madrid.

*

Tres claves hay en el teatro de Lope que, pese a los admirables estudios de La Barrera y Menéndez y Pelayo, no han podido ser determinadas por completo. La cronología, la elaboración y las fuentes. Los tratadistas mencionados buscaron ahincadamente y con instinto o agudeza sorprendentes. Como en el juego pueril “del frío, frío, templado, caliente, que se quema”, consiguieron alcanzar hasta la temperatura de la calentura. Pero no llegaron a quemarse. Las claves, pues, no sirven sino en parte, con reservas.

Lope de Vega no fechó sino muy pocas comedias. Acaso unas noventa. En una producción de centenares no basta número tan exiguo para poder asignar el resto, ni siquiera por aproximación, una fecha. Porque la misma premura con que Lope escribe, si va aunada con el soplo genial, fecunda y pare un fruto excelente; si no, aun en el mismo año, engendra y aborta un fruto sietemesino. De modo que no cabe ni agrupar las obras por la mayor o menor perfección técnica, ni por la intensidad, ni por la tendencia, ni por la dilección de los temas. Hasta 1604 no empiezan a publicarse. Ya entonces había escrito y estrenado alrededor de 230. Y no las publica él. Nuevo laberinto. Las publican deudos, empresarios, libreros amigos aficionados y piratas del arte de Talía. Y, como es natural, no se detienen en un orden cronológico. Las agrupan caprichosamente. Los más

cuidadosos, buscando cierta similitud de temas entre ellas. Las históricas, de asunto nacional. Las religiosas, cuentos y entremeses. Las de capa y espada. Sin que por este discreto intento desaparezcan por completo las mezcolanzas. Cuando desde 1617, movido por los robos, deformaciones, suplantaciones, *paternidades* de hijos espurios o de padres desnaturalizados, se decide Lope a tomar a su cargo la publicación de sus piezas teatrales —de la parte IX a la XX— no es para publicarlas ateniéndose a un orden, sino para evitar dudas acerca de las debidas a su pluma. Repetimos: no las publica para sujetarlas a orden alguno. ¡Ni siquiera para corregirlas de cuantos defectos alardeaban! Se limita a no negarles la filiación legítima. Pero las lanza con las mismas confusiones, con los mismos errores, con idénticos descuidos, tan incompletas algunas, tan malamente terminadas muchas. Lope alardea de prolífico. Goza de presentarnos sus hijos a centenares. No le importa que, junto a los numerosos hermosos y robustos se agrupen los tullidos, los enfermizos, los deformes. Diríase que estos últimos le agradan tanto porque sirven para el contraste, porque prueban que, aun en su anormalidad, hay algo de la potencia genial que los engendró. En muy contados casos la obra que se esbozó apresuradamente, superficialmente para la escena, fué sometida a pulimento literario para la impresión. El propio Lope se divertía con los dislates de sus obras. Aquel —¿quién no lo recuerda?— de hacer desembocar al Ebro en "la mar astúrica" o el otro de hacer a Belgrado capital de Hungría.

Claro está que muchos de estos dislates es imposible atribuirlos a Lope. El hijo nacía perfecto. El padre lo dejaba en manos de los cómicos. Eran éstos los que le corrompían. Y los que le mutilaban cuando las necesidades de la escena lo exigían.

Acerca de cómo escribiese sus obras Lope se han hecho las más sutiles conjeturas. Alguien ha sugerido que jamás compuso unos actos si no tenía ya escogi-

do su representante. Es decir, que hacía las comedias *a medida*. Y para probarlos recuerdan *La dama boba*, compuesta para la comedianta Jerónima de Burgos —*Gerarda*—, quien representaría las dos deliciosas encarnaciones de dama Nise y Finea, y recuerdan *La mocedad de Roldán*, inspirada por la talla magnífica de Jusepha Vaca, dotada especialmente para los papeles de mancebos. Creemos que no podrían encontrarse muchas más obras escritas en semejantes condiciones.

Opiniones muy firmes han comentado el que Lope no compusiera teatro sino en verso. Olvidan la magnífica prosa de *La Dorotea*. No obstante, el reparo —no como reparo, sino como adveración justa— merece destacarse. Lope *debía de hablar en verso*. Calculando muy ligeramente el tiempo que pudo tardar en escribir sus 1.800 piezas teatrales —admitamos como cierto el número fabuloso—, se saca la consecuencia de que más de media vida se la pasó encerrando pensamientos y sentimientos en la rima. La rima ya no era cárcel, freno, medida para él. Sino algo tan natural, tan fácil y tan necesario como el respiro. Y no sólo el auténtico verso corto castellano: romance, quintillas, redondillas, seguidillas, décimas, letras, glosas y villancicos; igualmente la sonora riqueza del metro italiano o italianizante: tercetos de endecasílabos, octavas, sonetos, silvas y canciones. Y además le fluía —sentimiento o pensamiento— en el verso que debía ser, en el que no podía menos de ser, conforme a una receta ya ofrecida en el *Arte nuevo de hacer comedias*:

“Las décimas son buenas para quejas;
 El soneto está bien en los que aguardan;
 Las relaciones piden los romances,
 Aunque en octavas lucen por extremo;
 Son los tercetos para cosas graves,
 Y para las de amor las redondillas.”

Quienes sustentan como teoría este reparo pretenden interpretarlo como una profesión de fe medieval y

popular en una época en que el humanismo hacía esfuerzos desesperados por encontrar una prosa dramática de arte. Y, de entre ellos, no pocos pretendieron encontrar el resorte de la ordenación cronológica de las obras lopescas en cada caso de aparición de los distintos metros usados por el poeta. Su pretensión tiene algunos jalones admisibles. Hasta 1610 predominan las redondillas, rimando el primero con el último verso y el segundo con el tercero. Desde 1605 aumentan las décimas. A partir de 1615, predominio de los romances asonantados; esto es: aproximación a lo netamente popular, cuando los años habían sazonado de serenidad su musa dramática. Nosotros repudiamos los anteriores asertos. Lope escribe en verso porque todo él —acción y omisión, palabra y recuerdo mudo, deseo vivido y cohibida angustia— es verso puro. Verso puro, sonoro, de manantial inagotable. Él mismo nos lo dice en el primer acto de *El remedio en la desdicha*:

"Nadie las ciencias podría
sin la experiencia saber;
mas no es posible aprender
el amor y la poesía.
El hacer versos y amar
naturalmente ha de ser."

Y en la segunda jornada de *Las flores de Don Juan*:

"¿No sabéis lo que difieren
los que esa ventura adquieren,
y que el juego y la poesía
se enfadan con la porfía
porque vienen cuando quieren?
El que versos quiere hacer
y buena dicha en ganar,
no piense que ha de poder,
por picarse y porfiar,
ni ganar ni componer."

¿Está claro? Como todo en Lope. Aun lo turbio. Aun lo negro. Lope no elabora en verso ni su verso. El verso

es en él una aptitud, nunca una actitud. Y si este verso —técnica, aun siendo tan espontáneo— responde, indistintamente, a virtuosismo de la poesía italiana o a la intimidad e intimidación de los usos vernáculos es porque responde a los gustos de Lope: tomar lo bello de donde procediese y serenamente para inexorablemente —con la inexorabilidad y la naturalidad de una deglución y de una asimilación fisiológica— convertirlo en propia substancia y traslucirlo en propia expresión. Maravilla el acierto con que Lope versifica todos los estados y todos los movimientos del ánimo. Lope sabe que la alegría necesita el verso corto. Y la desesperación, el verso esdrújulo. Y la altivez, el verso largo. Y la enumeración, el raudo endecasílabo. Y los apóstrofes de regaño y vejamen, el desgarrado bureo de los octosílabos y pentasílabos alternados. Y la emoción, el torrente del más apresurado metro.

No faltan las opiniones que atribuyen a Lope una elaboración plena de artificio. Siempre los mismos —o muy similares— recursos. El gracioso pasando y repasando. Las dos parejas de enamorados. El hacer creer lo que no será.

“Engañe siempre el gusto donde vea
que se deja entender alguna cosa
de muy lejos de aquello que promete.”

Falsos temores y falsas esperanzas. Chistes y chismes y cuentos traídos sin venir a qué, con la sinrazón única de jugar con la paciencia de los espectadores. La treta de entrar los personajes hablando en escena de algo por algo, cuyas reminiscencias no harán sino embarullar la atención expectante. Al fin de cada acto un desenlace provisional. El adobo de los apartes con canto y música, cuando los personajes de la obra, porque sí —así de naturalmente— o a pesar de sí —sí, de modo impositivo—, tienen la disposición y el aire que exige el canto. A quienes así opinan preguntamos nosotros:

¿es que... es algo más o algo distinto el teatro? Sabemos la que pudiera ser la respuesta, pero en Lope la reiteración es asombrosa. Y añadimos nosotros con esta segunda interrogante: ¿es que... la sociedad —Madrid, España, Europa— era algo más o algo distinto? Lope, no descarriado del romanticismo, era un puro naturalista. Lo que ve. Lo que oye. Lo que tiene que ser. Lo que no puede dejar de ser. Y, si acaso, lo probable. Y, quizá, lo anhelado. Pero nunca dejada de la mano la naturalidad. Jamás abandonada la verosimilitud.

Quizá aciertan más quienes opinan que a Lope no le preocupaba la motivación de la acción; los que piensan que su preocupación única era la manera de acomodar los acontecimientos en los marcos de las tres jornadas y en el fondo de las dos horas y media. En ocasiones, el argumento era corto. Lope lo alargaba, lo hinchaba —mejor expresión ésta— con chascarrillos, chanzas y canciones. Recordamos: *Las cuentas del Gran Capitán*. A veces, el asunto era largo. Lope lo cortaba en un punto culminante. Y el desenlace lo daba en una segunda obra, como se prueba en las dos partes de *Don Juan de Castro*. De tiempo en tiempo, el poeta se entusiasmaba con un tipo, con una situación, con un tema. Y redactaba una segunda parte —como en *Los Tellos de Meneses*—, cuyo conocimiento no exigía el previo de la parte primera. Aciertan un tanto quienes afirman esta obsesión en el genio. La obsesión de colocar su exuberancia dramática —ni podada con exceso ni con exceso crecida en el marco tempoespacial.

Este acierto, insistimos, no es más que relativo. Cuando Lope se obsesiona así no se acuerda de su esfuerzo, sino de las exigencias del público. Muy difícil era sostener la curiosidad de éste. Los espectadores no querían pausas durante el tiempo que habían de permanecer en "los corrales". Si las había cundía el bostezo, nacía la rechifla y no era raro una desbandada general. Para evitar estos males —*horror vacui*— se intercalaron entre los actos, a telón corrido, mojigangas,

entremeses, loas, canciones, bailes, recitados y figuras accesorias. Mientras, garantizada la permanencia de la expectación, los actores podían cambiar de indumentaria y los tramoyistas se dedicaban a la sucesión de la sucinta escenografía. Pero en tiempos de Lope decayó la moda de estos entretenimientos con formas espaciales desglosadas. Los autores debían de encontrarles sucedáneos. Y Lope encontró aquellas falsas tensiones, aquellas graciosas digresiones, aquel trajín de tanto hablar para nada, aquel arrebatado de decir diego donde dije digo, aquel laberinto rimado sin más salida que la voluntad congruente del poeta. Cuando tantas consideraciones había que guardar para el público no es de extrañar que la elaboración dramática sufriese de este plomo perdigonero en las alas.

Más defectos se han encontrado a la elaboración dramática de Lope. Muchos más. Entre ellos, un afán immoderado de crear unos caracteres inverosímilmente precoces y otros que, con suma facilidad, pasan de estar en niñas melindrosas y en tímidos mancebos a insuflar cuerpos y almas en el más violento erotismo. Nueve años tiene el Garci-Tello de los *Tellos de Meneses*. ¡Qué agudeza la de sus dichos! ¡Qué gravedad la de sus ademanes! ¡Qué valor el de sus actos! Sus ganas de ser grande se han cumplido sin cumplírsele la edad. Parece una miniatura de persona mayor. Diez años tiene Alfonso VIII en el primer acto de *Las paces de los reyes*. Da gusto oírle hablar. Encanta la decisión con que se contonea. La corona no parece cubrirle una cabecita de guedejas rubias, sino una testa de cabellos blancos crespos como los de un rey de baraja. Este Alfonsito VIII, miniatura de Alfonso VIII, ya ganará batallas de las Navas en miniatura, ya tendrá en el campo sarraceno un Miramamolín negrilla y diminuto con una cimitarra de hojalata.

Todos hemos conocido al Isidro de la "Infancia" que le rimó Lope. Es un pazguato. Es un tímido. Se sonríe con pudicia. Va vestido con un pellico y unas calzas

deslucidas. Trajina de sol a sol en el terruño aldeaño al Manzanares. Reza y canta. Dicen que anda buscando por los cubos de la sarracena muralla que ciñe la Villa una imagen de María que escondieron los primitivos indígenas. Dicen que a punta de cuchillo graba en el tronco de los madroños toscos relieves de santirulicos y sucintas y originales plegarias. Es el caso que este Isidro parvulillo ya rebosa ciencia sobrenatural y se tiene por una criatura milagrosa. Tal vez la ternura de Lope por los niños le arrastrase a esta concesión adelantada de dotes, de notas y de propiedades.

La otra imputación, la de abrir con presteza los ojos de la malicia a sus personajes, es más explicable. Así le pasó a él. Las pasiones le arrebataron de pronto, sin esas dulces transiciones —mitad la inocencia y mitad la perversidad— que son el encanto del conocimiento. Así le pasó a él. Una mirada femenina fulminante le hace apetecer el amor. Una acción callejera contemplada le empuja a la picaresca. Un solo tijeretazo le cercenó las dos alas. ¿Podía, Lope, creer ni querer para sus personajes otra evolución más lenta, más piadosa que la suya? Lope da lo que tiene: arrebató, diversidad, lujuria, fe, conceptos hondos del honor y de la hispanidad. Y lo da a puñados, a toneladas, sin medida, sin tino, como quien sabe que no le bastará una vida para derrochar todo su patrimonio. No se olvide que para Lope todo es posible. Tocar el cielo con las manos. Coger el fuego sin quemarse. Parar el curso del sol. Todo es posible para su alma hispanocatólica... menos cuanto se opone a este doble calificativo. Una barrera infranqueable es la hispanidad. Otra, la religión. Lope ni las salvará nunca ni lo intentará siquiera. Pero un genio como el suyo ya encontrará medios para, sin faltar ni a una ni a otra, y, antes bien, enalteciéndolas, que no le sirvan de murallas, sino de balcones. Cuando necesite un héroe hereje... ya sabrá convertirlo. Porque hasta los herejes cuyos actos versifica Lope —acordémonos del conde de Mansfeld y de madama Laureta— son he-

rejes apócrifos, deseosos de que el telón se cierre para respirar ortodoxia con "las debidas licencias o censuras" del Santo Oficio. Cuando Lope necesite que una virtud política europea se españolice... ya lo sabrá conseguir con el romancillo del aprecio o con la octava real de la diplomacia.

Inútilmente pretenderá la crítica —en cualquier meridiano o desde cualquier paralelo— sistematizar la elaboración dramática de Lope. Lope no trabajaba así. Ni de esta otra manera. Ni ateniéndose a esto. Ni guardando aquella regla. Su único método era... no tener método. A él, segundo creador del mundo, no se le puede encerrar en una fórmula ni reducir a un esquema.

También han sido muy estudiadas las fuentes dramáticas de Lope. ¡Qué galimatías el que armaron muchos comentaristas pretendiendo una sinopsis ordenada en la confusa multitud de las obras de Lope! Se pretendió clasificarlas por orden cronológico de su génesis. Ya expusimos antes el inconveniente nada deleznable. Se pretendió clasificarlas según el lugar de la acción y matiz de la época. Y teniendo en cuenta el estilo: cómico, trágico, heroico, realista. La primera pretensión falló lastimosamente. Lope, desde Persia se trasladaba a Nápoles, y desde París a Madrid, y desde Valencia a Hungría. Es el suyo un ir y venir incansable; ningún judío más errante que su imaginación. ¡Ah! Y desde el siglo de Salomón regresaba al del imperial Othon y del de éste al del rubio y piadoso Felipe III, y del de éste retrocedía, por el mayor imposible del tiempo, a uno de los del Testamento Antiguo. Como un Cronos magnífico, para desvivirse, no hacía sino volver la clepsidra. La segunda pretensión tampoco consiguió nada. ¿El estilo? En setenta años apenas varía en Lope. Siempre ágil. Siempre lírico. Siempre sencillo. Siempre natural. El Lope de los setenta años —el de *La moza del cántaro*, *El mayor alcalde*, *el rey*, *El desprecio agraciado*, *El guante de Doña Blanca*— en nada envidia lozanía, faciilidad, *plasticidad* al Lope de los veintitan-

tos —el de *El bobo del colegio* y *Los locos de Valencia*—. Ni el Lope de los veintitantos desmerece en nada, por el dominio de la técnica, la medida de las pasiones y el fondo de humanidad, del Lope de los setenta. ¿El matiz? En una misma empresa se ríe y se llora. El chusco sigue al héroe. La virtud y la maldad se cambian la sombra y se recogen los efectos. Lo trágico salta al cerco de lo burlesco y lo burlesco viola el patetismo de lo trágico. Según por donde le dé, dependiendo de su propio estado de ánimo, sacando su mejor esfuerzo de las transiciones, Lope trabaja en uno y en otro sentido. A veces su optimismo salpica la crisis de un problema tremendo. En ocasiones el escepticismo anuda y desata la ternura idílica o la esperanza espiritual. De vez en vez, la noche oscura de su alma pare criaturas deformes en la gracia, y criaturas inverosímiles en los modos, y criaturas desequilibradas en sus pasiones, y criaturas anchas —ante el espejo convexo de lo absurdo— y estrechas —ante el espejo cóncavo de lo sorprendente—. ¿Podríamos dividir los dramas de Lope en religiosos, nacionales y sociales, pues que la costumbre, la hispanidad y la religión son los tres más profundos veneros de su inspiración? En modo alguno. Leed a Lope Por un asunto religioso se adentra con el más jocundo y profano humor. Por un tema profano irrumpe húmero de misticismo.

Ingenio español ha habido quien ha hecho una larga división de la obra dramática *del más extenso* dramático del mundo. Dramas de capa y espada. Comedias de costumbres. Autos sacramentales. Dramas históricos —de asunto nacional y de asunto extranjero—. Dramas bíblicos —del Antiguo y del Nuevo Testamento—. Dramas legendarios. Comedias de santos, míticas y de magia. Comedias moriscas y turquescas... ¡Vano empeño! Como el puño de quien pretende apresar polvo de sol o vuelo de viento, el del ingenio español nada apresa de lo inapresable —intención, musa y donaire del Lope—. Las fuentes de Lope se hallan en Lope mismo; son tantas

como las facetas de su cultura y las aristas de sus intuiciones. De un sucinto remanso de su memoria extrae un drama. Con un romancillo aprendido en la niñez compone una tragedia castellana o leonesa. En una lectura rápida de teología se inspira para lograr un asunto sacramental. Curiosidad como la suya no hay dos en la Historia. Todo lo figa. Todo lo olisca. Su espíritu, como un anfiteatro de montañas, cerca al universo y le da los ecos de todos sus ruidos. Su espíritu es la antena más aguda que ha captado sensaciones. Su espíritu es el médium más puro que ha existido entre lo natural y lo sobrenatural. En todas partes encuentra el terreno preparado para desplegar el garbo. En cualquier momento puede dar la nota que quiera. Lo que a él conmueve, irresistiblemente conmoverá a todo el mundo. ¿Puede a un espíritu así señalársele fuentes ni siquiera riberas? Y la dificultad crece cuando se llega a entender que Lope muestra más propicio su vigor poético si desarrolla una sutil invención suya que cuando ha de ajustarse, punto por punto, a una crónica. Realzar, suavizar, recrudescer, variar. Estos verbos aluden a las portentosas calidades del genio. Cuando los conjuga... Lope nos pierde, nos ofusca, nos asombra, nos atemoriza. Con los infinitivos únicamente Dios ha conseguido tanto.

Alguien, con pretensión de haber agudizado como nadie, ha dicho que la vida exuberante de Lope le sirvió de única fuente —pura e inagotable— para sus obras. De ahí que en la estación dehiscente se abriera o entreabriera con frutos poéticos que ya prometía la cosecha lírica de la pasada primavera. De ahí que la segur de septiembre no guadañara en Lope la seroja, la hojarasca, sino la exuberancia inmarcesible de la canícula. Vana, igualmente, pensamos esta pretensión. Todo vivir consiste, claro es, en hechos. Pero no todo el mundo sabe dejar tras sí una estela magnífica de hechos. Esto de que los hechos supervivan a quienes los cuajaron es cosa extraordinaria, pero que no depende de los

hechos mismos, sino de los sujetos de la acción. De 1562 a 1635 fueron muchos los que nacieron y murieron en la tierra española y en circunstancias aparentemente semejantes a las de Lope. De tantos, ¿no los hubo eróticos y soldados en las armadas —invencibles o no—, y secretarios de grandes personajes, y viviendo a diario en una escasez tan punzante como tenaz, y poetas? A centenares derrocharon el lirismo de la juventud, la calidez de la virilidad y la atractiva decadencia del otoño. A centenares trazaron sus aventuras casi milagrosas —y desde luego milagreras— en medio de la complicación y maraña de la época. Y, sin embargo, ninguno como Lope. Con Lope vive Cervantes, más universal. Pero Cervantes no encauza ni desborda la vida; ni la vida, con minúscula, que le corresponde, ni la Vida, con mayúscula, que es de todos. Cervantes se limita, un poco al margen, melancólico y zumbón, a contemplar una y otra. No las pide nada para la inmortalidad; piensa ponerlo él todo. Con Lope vive Góngora, más culto. Pero Góngora es como la flor del adelfo: enerva y envenena la vida a su alrededor. Góngora es "el estado peligroso" de la literatura. Con Lope vive Quevedo, más conceptuoso. La existencia de Quevedo es, cuando menos, tan intensa, tan cambiante, tan de acertijo y tan de charada como la de Lope. Pero Quevedo *se desvive* en sí mismo. Únicamente Lope posee su vida y domina la Vida. Lope encauza, desborda, enriquece esa mayúscula que, únicamente él, puede poner a la Vida. Y si ésta le da motivos mil, Lope *no los desvive* en sí, como Quevedo; ni los acidula y malogra, como Góngora; ni los extrae el interés, como Cervantes, para colocarlo entre las páginas de unos libros inmortales. Lope se los devuelve, multiplicados, a la Vida. Se los devuelve con ese ciento por uno que Dios reserva para cada vida meritoria. Lope se desvive en la Vida —actuante y protagonista—. Sin Cervantes, sin Quevedo, sin Góngora, Madrid habría sido diverso, magnífico, petulante, personal. Sin Lope, no. Lope le consignó es-

tos calificativos. Los grandes señores de la Villa fueron "tipos" de Lope; como Lope los pintó para patrón. Los festejos —profanos y religiosos—, las estratagemas sociales y hasta los usos y costumbres de Madrid fueron como Lope los describió. Antes, quizá, fueron los mismos; pero mucho más pobres, sin la imaginación de Lope. El poeta les dió el tono y la medida. Sí, de 1562 a 1635, nacieron y murieron muchos en España —y aun en Madrid— en circunstancias aparentemente semejantes a las de Lope de Vega. Y amaron con desazón y apremio. Y doblaron el cabo de la aventura. Y el mal les hundió diez veces y otras tantas el bien fué redención suya. Y, sin embargo, únicamente Lope de Vega, dramático impar, encauza y desborda y siembra y cosecha su vida y la Vida de todos en Madrid, y aun en España.

En el molino del siglo XVII español no muele más que Lope. Los demás —insignes muchos— se aprovechan de la molienda y, en contadas ocasiones, la sazonan tanto que parezca distinta. Insistimos: tres claves hay en el teatro de Lope que, pese a los admirables esfuerzos de la crítica, no han podido ser determinadas por completo. La cronología, la elaboración y las fuentes. Y pensamos que no lo serán nunca. Por estos motivos: porque el capricho no es un plan, ni el venate un método, ni la ocasión cogida al desgaire una excepción, sino una regla. Así se produjo el maravilloso, el merlinesco madrileño: por venates, por caprichos, por ocasiones.

*

El primer mérito de Lope, dramaturgo, es el de haber creado un teatro netamente español. Ningún personaje de Lope puede ser traducido debidamente. Comprendermos la emoción que la lectura del *Quijote* o del *Don Juan* suscita a espíritus de todas las latitudes. Don Juan, Don Quijote son, antes que nada, humanos; y después, humanos, y, por último, humanos. Don Qui-

jote puede llevar en la cabeza la bacía del barbero o el birrete flamenco de un personaje de Rembrandt. Es igual. El quijotismo es un ideal; puede ser una virtud; pero virtud e ideal netamente humanos. En ellos, el hábito... no hace a Don Quijote. Don Juan puede vestir a la moda del Duque de Mantua cuando canta *la donna e mobile* o embutirse en el ropón negro de un Rasputín mongólico. El donjuanismo es una pasión; puede ser una profesión; pero profesión y pasión rigurosamente humanas. Otelo reencarna con inusitada frecuencia, en todos los países del globo. No hace falta que sea africano, ni violento. Otelo, a veces, lleva la zamarra de un pastor de la Carpetana, y, en ocasiones, el frac hábilmente cortado de un lord. Con la honda o con el desdén matan a Desdémona. Los celos son garras que hacen carne siempre. Los personajes de Lope no son sino españoles. Quien los aprecie, fuera de España, lo hará por el amor o por el conocimiento que de España tenga. Los más humanos, los más acabados caracteres de impar dramático, en cuanto transponen las fronteras languidecen, se desdibujan. Y no, ciertamente, por falta de humanidad, sino por sobra de nacionalidad. El único clima en que pueden vivir es el de su España. El primer mérito de Lope es, sabiéndose solo en este fervor, haberse multiplicado para lograr, por la cantidad y por la calidad, un teatro español superior al de nación alguna. Muchos autores juntos —famosos autores— en Inglaterra: Marlowe y Ben Jonson y Shakespeare; en Francia: Racine, Corneille, Beaumarchais, Molière, no lograron un teatro nacional por excelencia —y por excelente— como uno solo: Lope de Vega, en la punta de Europa. Y no se piense que este nacionalismo exacerbado y exasperado redunda en perjuicio y en perjuicio de la intensidad. Lope, ya lo hemos indicado, es genio de absorción. De absorción y de asimilación.

"Moviendo como mueve Lope los fantasmillas y figuras del gran teatro del mundo no necesita alejarse del centro a la periferia, ni siquiera sospechar a sus

periecos. Precisamente a pocos kilómetros de él tiene un ejemplo pasmoso en lo de no expandirse y en lo de absorber. Me refiero a Felipe II. Monarca y poeta tienen de lo externo la conceptualización misma que un imaginero cristiano: una bola dorada que puede sostener a capricho, como la mano de un Niño Jesús, la larga y exangüe de un modelo de Pantoja o la huesuda y ágil de un provocador de emociones. Asombra, sí, insistimos, el desenfreno con que Lope representa, plenipotenciario, a la Villa; hasta tal punto que en los dos se da idéntico fenómeno: un romanticismo agudísimo se desborda de su *yo*, mientras en la forma no se apartan del canon de la época." Lope, con una intuición fenomenal, capta todos los movimientos, emociones y conmociones del alma universal, y lo adapta al gusto a la necesidad y al imperio religioso de España.

Para comprender rectamente el estilo dramático de España, en la época más floreciente de su historia, nada mejor que estudiar la visión dramática del mundo en Lope. En éste, como en aquélla, se dan rasgos, posturas, ademanes, pruritos que responden a un idéntico ser y a un idéntico estar, que no se sujetan a disciplina humanística, ni al *gradualismo* puesto en vigor por la Edad Media para la adquisición de la categoría. España y Lope lo violentan todo, todo lo trastruecan, todo lo subvierten. Pudiera decirse que rompen moldes viejos para no verse en la necesidad de aceptar cuanto de aceptable se encontrara en ellos. Ambos quieren llegar a lo mejor a corazonada limpia, a voluntad indómita, con un "porque sí" rotundo. Lope sabe que, por mucho que viva, no podrá vivir tantas vidas antípodas. España no ignora que, por mucha tierra que domine, jamás se apoderará de sus millones de espíritus. Pero ambos, España y Lope, encuentran un medio infalible para multiplicar su capacidad: el teatro. Miles de seres vivían las miles de vidas que el dramático anhela. Miles de seres —italianos, ingleses, persas, griegos, ángeles, santos y demonios— singularmente apegados al sentido

de la hispanidad darán ese dominio espiritual que tanto le obsesiona. Diríase que Lope pretende que se realice el sueño imperialista de España que no lograron conseguir por completo ni alargar demasiado sus reyes y su César. Otro de los méritos incomparables de Lope de Vega es el afán que puso en llevar al teatro *nada más* que pedazos de realidad. Verismo ante todo. Almas y cuerpos. Carne y espíritu. Amores y odios. Latidos. Suspiros. Respiros. Todo ello expuesto —vivido— con arte. Pero no con un arte preceptivo, sino con uno tan espontáneo y natural como las afirmaciones humanas a las que acompaña.

“—¿Quieres el Andria de Terencio?

—Es vieja.

—¿Quieres de Plauto el milite glorioso?

—Dame una nueva fábula que tenga más invención, aunque carezca de arte; que tengo gusto de español en esto, y como me lo dé lo verosímil nunca reparo tanto en los preceptos, antes me causa su rigor, y he visto que los que miran en guardar el arte nunca del natural alcanzan parte.”

La Vida —con su mortalidad y con su inmortalidad— es lo único apreciable para la España de los siglos XVI y XVII y para su más legítimo representante. La Vida rebosa de ellos. Pero ellos no dicen ¡Basta! ni ¡Espera! Cuanto más ahitos están, intentan trasvasarla a la escena; la escena es la válvula de escape; mientras, se preparan ellos para vivirla de modos distintos, con presunciones y prerrogativas nuevas. Cuantos han negado el valor artístico del teatro español en tiempo de Lope, mesurados y anodinos, no han sabido comprender lo que tiene de arte el gesto de no buscarlo y la preocupación de no mezclarle, en proporciones desproporcionadas, para formar un coctel que pudiera ser tan agradable como artificial.

Creemos a pies juntillas que si hubieran desaparecido todos, absolutamente todos los testimonios históricos de la España —esto es, de Madrid— en su época más gloriosa, bastaría el teatro de Lope para reconstruirla, al menos en sus intenciones y procedimientos, en sus ideas y en sus ideales. Lope da todo los rasgos característicos. Lope trasluce vivamente la sonrisa y la mediasonrisa consentidas por la religiosidad filipina. El primer rasgo es el afán de la teatralidad. “Lo daba la tierra”, podemos afirmar con populachera expresión. Y si no que lo diga el Greco. El Greco no tenía por qué llevarlo en la sangre o en las entretelas. Que lo diga. Apenas lleva unos años en España y ya requiebra a la teatralidad. Se olvida de los cánones del Tintoretto. Se despoja de su concepción artística, netamente italiana. Y no piensa más que en la verdad... teatralizada. Ningún personaje mejor caracterizado “para la escena” que ese su cardenal Niño de Guevara. Y esas sus nubes —cárdenas, lívidas, gélidas, ásperas— y esos sus cielos, que se tocan más con las manos que ningunos otros, son los mejores telones de fondo. El San Pedro, el San Eugenio, el San Agustín, del Greco, saben mejor que nadie “su papel” y lo recitan solemnemente desde que el traspunte les llamó: ¡A escena!

Lope desarrolla hasta extremos inverosímiles este rasgo de la teatralidad. La mujer disfrazada de varón, y a la inversa. El señor vestido de criado. El virtuoso, de tuno. La comiquilla, de duquesa. El enamorado príncipe, de pastorcillo músico. El mercader, de ingenuo caballero. El tonto, de agudo. ¿Así se colmaban los afanes de teatralidad? Así. ¿Por qué no? Para España la victoria más codiciada era aquella que se lograra con más pompa y más derroche de gestos. Velázquez —el otro gran dramático— ha teatralizado a maravilla la rendición de Breda. Una rendición de Breda que es como si estuviera preparada detrás de una cortina; y recorrida ésta ante la máxima e inagotable expectativa. Tanto y tanto contribuyó Lope a esta *escenifica-*

ción de la Vida, que ya no eran los comediantes quienes representaban, sino los que vivían. Así, en *El premio del bien hablar*, el gracioso dice a dos amantes que riñen:

"Parecen representantes
que saben bien el papel."

El caballero, en la calle, no prescinde de su empaque; como si el éxito de su caballerosidad dependiera del buen parecer. El eclesiástico, en el templo, oficia con prosopopeya; como si la verdad de su ministerio estribase en dejarlo recalcado y pausado y tieso. La dama que deja caer el pañuelillo de encaje para que lo recoja el galancete no prescinde de levantar la cabeza con mucho orgullo; como si el orgullo quitase la familiaridad excesiva al gesto. Y estos detalles que pudieran parecer poco naturales indican todo lo contrario en aquella época en que cierta afectación era la virtud más natural, y, por ende, más lógica de los españoles.

Otro rasgo de Lope: la religiosidad. Pero la religiosidad católica, apostólica y romana. En este rasgo, tan cordial y tan medular, Lope es plenipotenciario de España. Lo herético, lo extraeclesiástico, no interesa ni a una ni a otro; ambos le vuelven la espalda. Y si alguna vez sienten curiosidad y ceden a la tentación de tantear *en la ucera* de enfrente, procuran convencer al hereje o llenarle de improperios; porque la única Verdad la llevan y la alimentan ellos; más en su corazón que en su cabeza.

"¿Qué podemos temer? La fe nos guía,
y a estos bárbaros viles luteranos
la codicia, ambición y la herejía..."

Esta tendencia no quiere decir que España y Lope, a veces, no se enciendan a linternazos con las doctrinas de Roma. Pero estos son pleitos de familia; trapillos sucios para lavar en casa. Dimes y diretes sin trascen-

dencia. Cuando alguien extraño interviene en ellos, Roma y España se reconcilian automáticamente y presentan un mismo filo y acentúan una misma sospecha.

En las comedias de santos se muestra Lope encantadoramente tendencioso. Las virtudes de todos ellos son españolas, carpetanas; sus sentimientos rebosan hispanidad; y hasta el alto lugar que merezcan en la gloria dogmática se deberá, por descontado, a estas consecuciones que les logró Lope con rima sencilla. En los autos sacramentales la deficiente teología es suplida por unas ganas terribles de acertar españolamente, castellanamente, bordeando el error, soslayando la proposición herética. Ni España ni Lope habrían dudado en asegurar que Dios había hecho su segundo cielo de la vieja piel de toro ibérica y elegido su solio sobre Madrid. Ni para Lope ni para España existían mejores soluciones de existencia y de perduración que el sentimiento religioso ortodoxo.

“Cuándo será más feliz
un reino es llano problema,
que cuando la religión
más levantada se vea,
y cuándo más desdichado,
divinas y humanas letras
dicen que cuando los hombres
menos respeto la tengan.”

(*Juventud de San Isidro. Loa.*)

Ni que decir tiene que de las obras dramáticas de Lope se traslucen las consecuencias de esta idiosincrasia religiosa. Cierta fatalismo. ¿Para qué atribularse demasiado? ¿Para qué apresurarse demasiado? Cierta incuria en el esfuerzo. ¡Dios proveerá! ¡Dios ayudará! ¡Ya saldremos adelante con el beneplácito celeste! Cierta fetichismo en la propia inutilidad... ¿De qué valdría intentar? ¿Para que sí... si no...? Cierta fe terrible en la negativa y en la omisión. ¡Nada nos pasará con-

tando con Dios! ¡Dios nos salvará aun cuando nosotros descuidemos la salvación!

En lo religioso, como en lo histórico y en lo temperamental, el sino de Lope era el sino de España: sino de decadencia, sino de cosecha de fracasos sentimentales.

Ningún genio entre nosotros ha recorrido toda la historia patria tan gozosamente, tan orgullosamente como Lope. El elemento histórico acentúa otro de los rasgos característicos del dramático madrileño. También este rasgo es de España. De ahora y de siempre. ¡Volver la vista atrás! ¡Adornarse con glorias viejas! ¡Ponerse de espaldas al futuro! Y contentarse con recontar lo gastado, con presumir de lo perdido, con ensalzar lo muerto. ¡Nostalgia de paradisíacas edades de oro! ¡Afanos de realidades hechas sueños y de sueños hechos ensueños! Críticos hay que opinan acerca de esta predilección de Lope por el pasado. Cuando la imaginación bulle tanto y corre tanto, como en nuestro dramático, el peligro de errar es inminente. Pero de estos errores contra siglos antes, ¿quién protestará?, ¿ni quién los probará? Por el contrario, cuando ha de escribir acerca de lo actual o cuando en la actualidad viven seres que pudieran desmentir o refutar, Lope se nota un tanto alicaído y alicortado. Los críticos citan el enojo contra el poeta, de los respectivos descendientes, cuando el poeta escribió *Los Porceles de Murcia* y *El valiente Céspedes*. Esta opinión no pasa de ser una suspicacia poco probable. En España subsiste el credo de que ¡cualquier tiempo pasado fué mejor! Es un credo tan clavado y remachado como el de creer en un Dios Todopoderoso. Lo creemos hoy. Lo creyeron los más agudos espíritus de cada generación. Es el credo de un pueblo fatalista y el achaque de un pueblo viejo. El siglo de Lope hoy nos parece un siglo áureo. Pero a Lope, que no contaba con la perspectiva trisecular, creía nuestro credo, el credo que lo había sido de siempre. ¡cualquier tiempo pasado fué mejor! No cree-

mos otro el motivo de su dilección. Ahora que, en dicho motivo, corre subterráneamente un afán cazurro de enmendar, para reglorificarla, la historia patria. A Lope no le basta que un rey castellano o aragonés quede calificado como *pasable*. El rey tiene que ser: excelente, magnífico, admirable. El rey tiene que llevar prudencia en los labios, sabiduría en los sesos, caridad en el corazón y majestad en el ademán. A Lope no le basta que las acciones españolas sean buenas, muy buenas y regulares. Las acciones españolas tienen que ser paradigmáticas; y cuando, a las detestables acciones, con querer tanto, no puede desvirtuarlas o disfrazarlas, procura velarlas, procura disculparlas. Basta recordar *Las famosas asturianas* y *La Estrella de Sevilla*. Las costumbres y las tradiciones españolas no pueden llegar hasta Lope con el sambenito de pésimas costumbres y de tradiciones apócrifas. Él las hará pasar por el Jordán de su imaginación. Y las tradiciones quedarán virtuales en cuanto convenga a la moral casuística. Y las costumbres quedarán limpias, graciosas, ejemplares para rellenar *las lagunas* que el curso de la pasión deja sobre los escenarios. Por la historia patria, y aun por la extranjera, se nota Lope como el pez en el agua. Tutea a todos los grandes personajes; los domina; los hace parecer lo que no son. Se enfrenta con ellos no en la actitud especulativa de un pensador, ni con el ademán campechanote de un burguesillo, sino con el talante de un fascinador, con el prestigio de un médium portentoso. Todos ellos le quedarán reconocidos aun cuando les prive de su nacionalidad y les delate un carácter que no es el suyo ni mucho menos. Todos le perdonarán, en gracia a su gracia, hasta las pequeñas distracciones en que incurre tratándoles. El estudiante Horacio: que le presente armado con un arcabuz en tiempo del Seráfico de Asís. El hermano de don Pedro "el Cruel": que le haga usar reloj de bolsillo. Filippo de Macedonia: que le hayan de asesinar con un puñal francés damasquinado. Todos, todos le

perdonan, porque saben que su intención fluctúa entre los términos de este dilema: o españolizarlos *en grande* —esto es, introducirlos por la puerta grande, con nimbo y estela—, o hiperbolizarlos hasta convertirlos en monstruos, en héroes, en semidioses. Ningún Nerón ha existido tan fofo, tan rojo de cabellos, tan amariconado de voz, tan alocado, como el Nerón de su *Roma abrasada*. Ningún sultán ha vivido tan en el ocre de sus carnes y en el negro de sus barbas caprinas, y en los siete tonos del iris de su atuendo, y en el filo y en el refile de la media luna de plata sobre un cielo rojo, como su Gran Turco de *Lo que hay que fiar del mundo*.

En este ir y venir, salir y entrar, bajar y subir por la Historia, Lope no tiene otra pretensión que piratear bellezas para ofrecérselas a España. La hispanidad —enmadrileñizada— le sacaba de quicio y de madre. Madrid —España— era el mundo. No había otro mundo, y puesto que no había más mundo, se esforzaba por ensancharlo, por alargarlo, por ahondarlo, ¿Alejandro "el Grande"? Sí; podía tener las virtudes de un Alfonso VIII. Y casi, casi, su pergeño. Iba por el Asia Menor, desértica, como podría ir sobre el páramo burgalés. ¿Las familias enemigas de Siena y Verona? Sí; recordaban el episodio de Macías el enamorado. Y hasta, como telón de fondo, no desdeñarían el castillo señero —oro en morado— ni las áureas barras aragonesas alineadas en el carmesí. ¿Horacios y Curiacios? Sí; contrafiguras de Castros y Laras. Nada de togas, ni de cabelleras acaracoladas, ni de espadas cortas de doble filo. Manto de paño verde o rojo, brial con pieles de cebellina, borceguíes adornados con una joya, espadín pendiente por delante. ¿El imperial Otón? Sí; pero no con su talla desmesurada y cuadrada de guerrero wagneriano. Un Otón normal y, si acaso, rubio, como cualquier Sancho IV de Castilla; bravo, pero no brusco; expedito, pero no agobiante.

Lope de Vega no se conforma con hispanizar a los personajes celeberrimos de la Historia, ni con declarar

virtudes hispanas —por el origen, por la adaptación o por la traducción— todas las universales virtudes. Lope, de vez en vez, saca a España de sí misma y la conduce a Portugal, a Italia, a Francia. Y la conduce victoriosamente a que ponga de manifiesto sus gestos sobrios y excelsos de beligerante y sus escuetas y firmes obras de paladín de la cultura.

Algo, sin embargo, no intentará Lope cuando se desenvuelva en los dominios de lo real: enfrentar al individuo con el Estado. Lo hicieron Sófocles, Séneca. Lo han hecho Shakespeare, Schiller. Pero éstos vivían en Estados de formas puras de gobierno: monarquías, democracias..., o en Estados de libres concepciones y conceptualizaciones espirituales. Lope vive a horcajadas de los siglos XVI y XVII, y en España. En España “la razón de Estado”, prepotente y maquiavélica sin razón para cerrar —o dejar entreabiertas— las bocas, para acallar las voces de la rebeldía individual, e indivisa, se desarrolla como un pólipo, ya de por sí monstruoso. El rey de España es el monarca más absoluto del orbe. Su voluntad —puede estar en una mirada azul, puede estar en un movimiento articulado y belfo, puede estar en un ademán flojo— vence todos los impulsos airados de las conciencias. Lope, desaprensivo, a quien se le permite todo, a quien todo se le aplaude, titubea ante lo que sería su máximo atrevimiento. Y si decide pasar su Rubicón no es, según expresión muy en boga ahora, “dando la cara”. Lo pasa tímidamente. Se vale, para que nadie lo advierta, de un teatralismo retórico; recurre a contarnos milagros ortodoxos y artes de magia.

Nuevo rasgo y nueva fortuna de Lope: elemento social de sus dramas. ¿Nobleza? ¿Clero? ¿Estado llano? Ninguno le absorbe y todos le seducen. Pero su mayor placer y su mejor acierto es el mezclarlos y lograr mil reacciones. Oponer un señor a un villano. Empujarlos a un mismo conflicto. ¡Cómo se sonríe Lope! ¿De qué medios se valdrán para resolverlo Cacaseno y Merlín?

Oponer una inocencia a una perversidad. Abandonarlos en una sola pasión. ¡Cómo se sonríe Lope! ¿Cuál será la consecuencia de esta monstruosidad? Lope siente un encanto incomparable en mezclar —por actos— los castillos, las chozas, los templos, los antros, los villorrios, las ciudades. Como quien prepara un brebaje, él no se preocupa sino de echar en la copa los más numerosos y distintos caldos que tiene a mano. Pasiones. Caracteres. Reacciones de conciencia. Conceptos honorables. Y lo pasmoso es que el brebaje deja de serlo; y resulta una bebida exquisita; asombra que un forajido, sin dejar de serlo, tenga la fe suficiente para merecer las consideraciones de un santo. Esto lo consigue Lope. Y consigue más: que el forajido sostenga esa fe victoriosamente. Recuérdese *El Hamete de Toledo*. Exitos parecidos le esperan al dramaturgo cuando hace subir y bajar a sus héroes por la escala de las más diversas castas, clases, profesiones, órdenes y ambientes de lo cotidiano; cuando los hace *bailar en la cuerda floja* de las conveniencias, oportunidades, distingos, apetencias y fracasos. Cuando así triunfa, Lope es insobornablemente objetivo. No defiende un credo ni ataca una sinrazón. No se declina por una tendencia revolucionaria ni por una reaccionaria. No pretende —con soberbia que no puede ser más que subjetiva—, en su vertiginosa carrera de obstáculos, derribar éstos, sortearlos. Procura, sin perder la serenidad objetiva en el ajeteo, en el sofoco, dominarlos, vencerlos. No le gusta sermonear morales, sino que la moral se desprenda de las acciones sencillamente, que la moral se quede casi imperceptible en el ánimo del espectador, como se queda entre los dedos el polvillo de las alas de una mariposa aprehendida. Le desagrada que alguien pueda acusarle de ponerse de parte del mejor derecho. Si el derecho lo es, debe triunfar sin otros auxilios y sin otras simpatías que los suscitados en el anhelo expectante. Rehuye exaltar heterodoxamente o denigrar católicamente los instintos naturales del hombre; lo que dichos ins-

tintos tengan de admirable o de abominable ya quedará patente con la acción y en las secuencias del impulso humano. Lope, como hombre imaginativo, como tensión creciente, entra de lleno en la sociedad, y busca y rebusca y añasca y olisca aquí y allá, según y cómo, con tal de apoderarse de probabilidades dramáticas. Pero, como hombre de resoluciones realistas, se queda entre bastidores, al margen de la sociedad, y se da el gusto de notarse un poco dios, omnisciente e imperturbable.

Cuando Lope lleva a la escena el rasgo social de España no se olvida de los postulados de ésta. El pecador más empedernido al parecer acabará dándose golpes de pecho y asperjeado con agua bendita. El caso del bandido catalán *Antonio Roca*, asesino e incrédulo durante los dos primeros actos y bienaventurado y víctima de la contrición en el tercero, dejarán patente el aserto. Igualmente cree España —y con ella Lope— en la fragilidad física y en la minoría mental de la mujer, siendo ésta lo más codiciable, y perseguido, y la causa de la pasión más terrible: el amor. Lope cuida como nadie de recalcar dichas debilidades, pero calcándolas en una sutilísima seducción; hasta el punto de hacerlas tan poderosas como virtudes. Los caprichos, los devaneos, las zalamerías, las frivolidades son, una vez más, tijeras de Dalila en la cabellera del adormilado Sansón. Si en algo se manifiesta cierta autonomía espiritual de Lope es en la compasión demostrada hacia los seres viles y en la alegría con que los acompaña y enjuicia. Hetairas, mozas de partido, celestinas, mendigos, hurtadores, rufianes, bellacos..., ¡qué bien parados salen del tribunal de su competencia! La mejor gracia la tienen estos seres. Y el ademán más negligente y humorístico. Claro está que, bien examinado, el gusto de España tampoco hizo demasiados melindres a estos personajes —ambigüedad y juez de sí misma—, y hasta podría decirse que, a solas, producíanla el regocijo de las lecturas prohibidas por indecentes y des-

vergonzadas. Si alguien tuviera que probar que Don Quijote y Pedro Crespo fueron más consubstanciales a los siglos XVI y XVII españoles que Rinconete, Pedro Úrdemalas y la Celestina y el licenciado Vidriera, se vería en un apuro y no pequeño.

Se ha querido atribuir al realista Lope de Vega el rasgo esencial idealista que no puede, que no debe faltar en ningún genio. En efecto, aun cuando muy vago, muy desleído, muy... aguaguardiente, ese rasgo existe en nuestro gran dramaturgo. ¿El rasgo de qué idealismo? Pregunta ociosa. Busquemos el rasgo de España. España, durante tres siglos —XV, XVI y XVII—, no es ningún Fausto sediento de belleza y anhelante de sabiduría; no es ningún Hamlet cuyo problema es de rebeldía fieramente individualista entre la tierra y el cielo; no es ningún Don Quijote enderezador de entuertos en avidez por la justicia social. España, durante tres siglos, no es más que un frenesí espiritual. Si conquista es porque a la conquista le empuja Dios para castigar Dios sabe qué afrentas de hugonotes, de luteranos... y de católicos. Si descubre es para llevar al seno de Roma millones de seres "tristemente enfangados en el politeísmo". Si se ensaña en la Contrarreforma es porque así lo ha dispuesto Iñigo, a quien la Divinidad armó su caballero cuatro veces: en Loyola, en Pamplona, en Manresa y en Roma. Si coloniza es para conseguir nuevos intereses con los que dedicarse a celar la ortodoxia del credo. Cuando atiza una estocada, España grita: ¡Voto a Dios! Cuando se le resiste algo o alguien, murmura: ¡Ira de Dios! El ideal español, durante tres siglos, es exclusivamente religioso. Los reyes seguramente no leerán las comedias de Lope; sin embargo, a la cabecera de sus lechos tienen las obras de los místicos Alonso de Orozco, Teresa de Jesús, Luis de Granada. Los validos no descuidan la bolsa ni la pernada, pero todos ellos se someten a las censuras de sus confesores. Al cielo se acude para que llueva y

para que deje de llover. Se pone al cielo por testigo. Y se pone el grito en el cielo.

El idealismo —el poco idealismo— que se trasluce en Lope es, naturalmente, religioso. Pero, aun en él, no se difumina la enorme vitalidad apegada a lo que se toca, a lo que se ve, a lo que se ama con los sentidos. Las raíces de Lope se agarran a la tierra por mucho que Lope eleve sus brazos. Por ello su idealismo no es completamente puro, ni absolutamente incondicional. Quizá Lope lo apeteciera tan incomplejo como el de la mayoría. Y nos hace pensar así el cuidado que parece poner en las obras cuyo héroe es una figura magistral de la Iglesia. En *El Divino Africano*, en *Lo fingido verdadero*, en *El Serafín humano*, en *El Cardenal de Belén* los protagonistas: Agustín de Hippona, San Ginés, Francisco de Asís, San Jerónimo aparecen rodeados de la aureola correspondiente. Diríase que, desconfiando de sus fuerzas místicas, Lope acumula alrededor de ellos cuantos recursos, de lecturas y de oídas, le parecen conducentes a la exaltación. El empeño no llega al logro. Agustín, cuando más enfrascado debe estar en sus consideraciones antimaniqueas, delata al espíritu que le insufla, al mismísimo Lope, dejándose de retóricas y de consideraciones conversas, para invocar a la poesía.

“Tal vez, que no me agrada
la intrincada y sutil filosofía,
vuelvo el alma cansada
a la divina y celestial poesía,
que tienen los poetas
maravillas altísimas secretas.”

¿Cabe desvirtuar con más delicadeza la misión magistral del hijo santo de santa Mónica?

Algo parecido acontece en *Lo fingido verdadero*. Ginés, el bárbaramente martirizado bajo Diocleciano —año 285—, logra reunir, durante los dos primeros actos y parte del tercero, los requisitos imprescindibles

para alcanzar la santidad. Sin embargo, en una sola escena, recitando los catorce versos de un soneto, nos deja comprender lo terriblemente humano que en él hay de Lope; más terrible por ser lo más bello.

"Amor me puso en tanta desventura
la verde primavera de mis años,
que pensé por el mar de sus engaños
en vez del puerto hallar su sepultura.
Y aunque este fuego en las cenizas dura,
ya con menos vigor siento sus daños;
amé con celos, mas con desengaños
no pienso que es amor, sino locura..."

Según frase vulgar: ¡Aun respira Ginés por la herida! Es decir: respira por la herida de un Lope ya cincuentón y aun no curado del todo.

El Francisco de Asís de *El Serafín humano*, la cumbre de la ternura espiritual en la *Flos sanctorum*, no sabe prescindir de expresiones que, tanto como al cuerpo de Jesús en la Sagrada Forma, aluden a cuerpos femeninos de irresistible atracción.

"¡Oh, qué leche te dió tan dulce el día
que te puso a su pecho mi Cordero,
esa abejita blanca de María!
¡Qué sabroso que estás; mañana espero,
perdona, que el amor es atrevido,
darte mil besos y comerte entero!"

¡Cuántas veces estas mismas encendidas frases le han servido a Lope para requebrar a sus amantes! Y no puede —o no sabe— prescindir de ponerlas en labios del de Asís y dirigidas a la Divinidad. Y es que su idealismo no es puro por completo ni en absoluto incondicional. Aun cuando, escaso y pervertido, sea el ideal de España. Tampoco se puede afirmar que sea el culto a honor —honorabilidad, dignidad, buena fama— uno de los rasgos más característicos de Lope. Lo respeta. Lo reverencia. Una lista larga de obras suyas prueban

esta pleitesía. Pero no pone en ésta el calor de entusiasmo, la fe violenta de un Calderón. El honor para los clásicos es un estado intermedio entre los valores eternos y los quilates temporales; el honor es la antecámara de la bienaventuranza y la consecución más sublime de una existencia; el honor es la mejor predisposición hacia lo inmortal. En la época de Lope el personaje que podía presumir de honorable se notaba dos palmos, cuando menos, más alto *que quien tenía por qué callar*. Para el honorable el deshonor era algo tan visible, tan insoportablemente visible, como una mancha de grasa en la rizada lechuguilla. Todos conocemos el honor llamado calderoniano, marca registrada del honor español. El honor calderoniano antes que nada es soberbia en el ademán y latiguillo y declamación en el verbo. El honor calderoniano hierve y se sulfura con la sombra, con la penumbra, con el halo del deshonor. Pedro Crespo es un energúmeno de la honra. La honra no se la ofrece sino a Dios... porque sabe que Dios no ha de pedírsela. El honor lopesco no es, desde luego, tan puntilloso, tan quisquilloso. Cuando se exalta... Lope es muy joven. Aun cree en las grandes figuras retóricas, disfraz de virtudes sociales. En *La fuerza lastimosa* un rey grita:

“La honra solamente a Dios se debe;
con ofensa de Dios no hay honra...”

Y un vasallo le replica en el mismo tono de voz:

“También le manda Dios al que recibe
un bofetón que ponga el otro lado,
y en el mundo es deshonor, y es la honra
vengarse, siendo siempre la venganza
odiosa a Dios cuanto apacible al hombre.”

Con los años, la exaltación en pro del honor cede y mengua en Lope. Es cierto que, de vez en vez, aun, en sus dramas, se justifican muchos homicidios, muchas

violencias por el honor cometidas. Pero sin excesivo fuego. ¿Es que libertino como Lope ha perdido esta sensibilidad española en lances deshonorables? ¿Es que le avergüenza predicar una virtud contra la cual es pública su vida? Con los años cree Lope que no corresponde al hombre el castigo de su deshonra. La venganza no puede ser una pena corporal, sentenciada airadamente sino la expiatoria penitencia de acuerdo con algún precepto divino. En uno de sus más logrados dramas, *El castigo sin venganza*, así lo defiende.

Respecto del amor-pasión, los rasgos fundamentales de Lope son, igualmente, los de su España: muy poco platonismo, muchos celos, mucho desvarío sexual. Quien dijere que la hambronería sexual está en pugna con el misticismo que se atribuye a la décimoséptima centuria española se equivocaría en la parte y en el todo. El apasionamiento erótico empareja con el arrobo espiritual. Los grandes místicos no son sino grandes patéticos fracasados. *El Cántico espiritual* de un supremo héroe de la mística, San Juan de la Cruz, abunda en términos sensuales que no parecen cambiados entre Cristo y su esposa el Alma, sino entre dos amantes carnales y cordiales. El apasionado hasta la exageración por el sexo contrario alcanza los mismos límites de abnegación que los logrados por el místico en su escala ideal. Cuantas veces intenta Lope —prodigioso amador humano y que tan fácilmente traspuso la línea del misticismo en la última época de su existencia— abordar la pasión platónica, o fracasa o no logra mesurarse durante las tres jornadas de la obra. El platonismo, según creencia general —a la que se suma nuestro dramático—, es una pesada vestidura verbal, casi siempre conceptuosa, siempre retórica. Para Lope y no porque él lo confiese, sino porque se desprende de sus actos, el patonismo puede ser, además, preámbulo y circunloquio de una afición carnal. En este segundo contenido es en el que más hurga el poeta. En comedias y dramas innumerables: *Macías el enamorado*,

Acertar errando, Amar como se ha de amar, Sin secreto no hay amor, Lope inicia los escarceos entre héroes y heroínas en un plano de ilusión y de renunciamento. Parece que a cada personaje le bastará un retrato, una mirada, una seña imperceptible, el perfume de su amor, para sentirse feliz y satisfecho. Pero... Lo único que nunca será Lope es un creador facticio. Su aureola inmortal es la naturalidad. Siempre fué a sí mismo. Jamás concediendo ningún éxito a la blandengue prosopopeya. En cada una de dichas obras, a la segunda jornada ya se resquebrajó el platonismo; y en la tercera queda roto en mil pedazos.

“Hay hombres que estando en calma
del bien que gozar emprenden
dicen que sólo pretenden
gozar de su dama el alma;
y apenas, ¡caso notable!,
le dan el alma que quieren,
cuando por el cuerpo mueren,
cosa por cosa palpable.
Quiero que los ojos abras
y que esto mejor se entienda:
por el cuerpo dan la hacienda
y por el alma palabras.”

Magnífica confesión. Lope siempre es Lope. Se rezuma. Se desborda. Aun cuando lo intenta... no puede engañarse ni engañarnos. Sus nervios no aguantan una rapsodia de amores espirituales. Anhela carne para su carne. Delira labios para sus labios. Cuando repose de la energía derrochada en la sensualidad podrá iniciar una obra con serenidad afecta al platonismo, pero antes —aun siendo en escribirlas ciclón y vértigo— que las haya mediado, ya la disposición de amar de nuevo enverdecerá su pluma y encalenturará sus imágenes. Lope siempre es Lope. Se rezuma. Se desborda. No tiene tiempo ni de engañarse ni de engañarnos.

Y tiene razón Lope cuando demuestra que nada aci-

dula y acicata tanto la pasión amorosa como los celos. Los celos son la sombra del amor, pero también su deslumbramiento. Como la sombra, unas veces preceden y otras acompañan y otras quedan rezagados. Los celos son el condimento del amor: la sal y la pimienta. Los celos son el reactivo del amor. Cuando el amor languidece, nada tan eficaz para revalidarlo como una sombra de traición que le arrastre y se enderece y caiga a su alrededor. Los celos son lo espectacular del amor. El amor es íntimo; tiene palabras quedas. El suspiro y el ¡ay! son las expresiones del amor. Los celos son aparatosos; tienen palabras atropelladas y como escaladoras de una sucesión de tonos más y más estridentes. El grito y el desplante son las expresiones de los celos. Lope de Vega *se desvive* para probárnoslo. Acude a las imágenes más afortunadas, a los ejemplos más implacables, a las comparaciones más crudas. Todo ello perfectamente *decoroso*. Los celos, para Lope, no conducen a atmósferas viciadas ni a cuarenta y tres grados de fiebre. Son estímulos ortodoxos en el ortodoxo amor. En Lope, los celos encierran una noble intención de conseguir, de guardar, de defender un noble amor. Los celos resignados de Isabel "la Católica" la inspiran mil modos de conseguir el arrepentimiento de su voluble esposo en *La hermosura arrepentida*. Los celos apremiantes de Doña Juana obran el milagro de redimir a un desvergonzado en *La hermosura aborrecida*.

*

Cien años de España, los comprendidos entre 1561 y 1660, no fueron sino una admirable sugestión dramática. Aquellos años absorbieron más imágenes que ningún otro siglo de su historia. Aquellos años concentraron más atenciones que en un milenio. Y es que los acontecimientos se sucedían, se empujaban, se sobrepasaban; y los anhelos, al parecer quiméricos, se cumplían como por arte de birlibirloque; y los "quizá" se

transformaban en “ya” y los “tal vez” en “ahora”. España, durante los cien años, vivió su buena fortuna. Como el rey Midas, donde ponía sus dedos brotaba un cuerno de abundancia. Sin ningún José que interpretara sus sueños faraónicos, fácilmente comprendía que cada acción suya se cerraría con un éxito y que a cada ademán correspondía un logro. Querer es poder. Más aún: desear es poder. En España, con quien ninguna otra potencia hombreaba siquiera, todo era altamente sugeridor y sugestionador. De tan bien, de tan bien, de tan interesante y de tan emocionante *como le salía todo*, surgía la ilusión de estar contemplando un arte dramático; el arte dramático por excelencia. La fácil excitabilidad y la difícil —cuando es lógica— susceptibilidad españolas eran las vísperas famosas de sucesos que resolverían el arte, la ciencia, el heroísmo y la espiritualidad de Iberia. Sorprende, abruma, asusta la actuación de tanto personaje celeberrimo. Parece lo normal que la vida del capitán ilustre sea un tremendo poema épico. Y un madrigal, la del amator. Y un romancillo, la del noble. Y un soneto, la del erudito. Pues en España, durante cien años, no fué así. El guerrero era a la vez erudito, noble y amator. Y el noble, docto en artes bélicas y en desciframiento de palimpsestos e investigación de códices, y en concienzuda siembra de hijos naturales. Tres, cuatro, cinco existencias corrientes, normales, eran sumandos de una de aquellas vidas extraordinarias. Los cien años de apogeo no tenían una generación espontánea. Le habían costado a España siete veces, ocho veces cien años. Bélicamente se había ensayado con las andanzas de Mio Cid y con las venturas y los riesgos de Fernán González. Amorosamente tuvo motivos de tan feliz realización como el *Libro del buen amor*, del arcipreste de Hita —bellaco y sentimental—, y *La Celestina* —ungüento para el mal de amores—. Eruditamente consiguió *marcas* tan estimables como las del hispalitano Isidoro y las del brujo y cornudo Enrique de Villena —ojos saltones, manto de

estrellas de purpurina, borceguíes de piel de cabrito—. Nobiliariamente... Aun se recuerdan su *Fuero de los Fijosdalgos* y su *Recognoverunt proceres*. Durante cien años España se presentó lograda, cuajada. Necesitaba únicamente alguien que supiera apoderarse de su ritmo y llevarlo a la inmortalidad.

Si el problema no hubiera sido más que de calidad, en aquellos cien años de España —de 1561 a 1600— genios hubo en abundancia capaces de reconocer y de recobrar dicho ritmo. Cervantes, Tirso, Calderón, Gracián, Quevedo. Cien más. Pero... ¡lo que son las cosas que parecen tan fáciles! Cervantes supo ganar la idea de la Humanidad sin fronteras, pero perdió el control humano circunscrito a las fronteras de su patria. Los otros... Cada uno alcanzó la gloria de una virtud española. O el resquemor de un vicio. De uno..., de dos quizá. Maravillosamente, eso sí. Pero el problema no era sólo de nacionalidad y de calidad. A cien años tan intensos no podían recordarlos, recrearlos y recalcarlos sino cien obras, mil obras diversas, cálidamente humanas. Lope de Vega, genio impar en los tiempos, fué quien pudo llegar a la cantidad exigida sin mengua de la calidad y con superación del nacionalismo. Portentosos son los cien años de apogeo de España. Componen un mundo delirante. Pues bien, las obras —las cien, las mil obras— de Lope componen un universo no menos asombroso. De estas obras no faltan ni un gesto, ni un rasgo, ni un anhelo, ni un optimismo españoles. Las virtudes raciales acuden al conjuro del poeta. No falta ni una. De las grandes y ejemplares. La honorabilidad. El orgullo o dignidad. La sobriedad. La religiosidad. De las minúsculas y —ya que no vergonzosas— vergonzantes. La indecisión. La crítica desaforada de las propias acciones. El desánimo. El fatalismo. De los personajes —"illos" y "azos"— de aquella centuria perviven todos en la poesía lopesca. Los criados agudos. Los graciosos porque sí. Las damas melindrosas. Las casadas peripatéticas. Los monarcas débiles o absor-

bentes. Los nobles desenredadores de la madeja de sus vidas. Los capitanes gloriosos. Los clérigos complejos. Ni uno solo de los personajes —“azos” e “illos”— de aquella centuria se han perdido en la tradición poética y, quizá —y sin quizá—, con quilates que la actualidad no supo entender y que la posteridad estima en la sencilla clave rimada de Lope. Las apuestas son para las ocasiones. Ahora cabría apostar a favor de que el dramaturgo genial no dejó de retratar ni a uno solo de los protagonistas, comparsas o gente de *mero bulto* de su época. Y retratar de frente y de perfil, a plena luz, en el contraluz y en la penumbra. De las costumbres, de los usos, igualmente pasaron, sin excepción, a las escenas. Los regocijos públicos: verbenas, romerías, merendolas, toros y cañas, bautizos de rumbo y coronaciones. Los regocijos, antojos y dramas religiosos: procesiones, autos de fe, rogativas, novenarios. Los regocijos “de sopetón”: noticias de guerras ganadas, noticias de guerras indecisas, noticias de paces acordadas, noticias de paces en desacuerdo. ¿Y las pasiones? Todas se presentaron a aquel pasar lista de Lope. Las pasiones. Los apasionamientos. Los desapasionamientos. Las acciones y omisiones apáticas. Y otra nueva apuesta, ¡caramba! ¿Quién advierte en la obra de Lope el uso omitido, el colorido apagado, la pasión pasada por alto? ¡Triple contra sencillo! Madrid —¡que era España entera!— se decidió, como nosotros, a creer que su hijo predilecto se lo había recogido todo: bueno y malo, suave y áspero, conveniente e indiscreto y excepcional y corriente. Y diríase incluso que, convencido hasta la saciedad de ello, Madrid ya no puso interés en conservar nada. La tensión, diríase, duró hasta que alguien acertó a recogerla para la inmortalidad, tan exacta, tan encalenturada.

Pero, pese a cuanto en el presente capítulo hemos pretendido sospechar —a visos, a bordes, a calcos de la verosimilitud—, pese a cuanto, ingenios más firmes que nosotros, han dicho del teatro de Lope..., aun está

dicho teatro por descifrar. Sería preciso un espíritu de la talla de aquél para abarcar la obra dramática en toda su extensión y en toda su intención. Se necesitará que nuevas generaciones acorran el intento; y, siempre, el intento no dejará de serlo.

Menos mal que la alta crítica ya ha dogmatizado la dificultad. Porque la alta crítica ha definido ya que es muy fácil precisar los contornos de personalidades geniales como Goethe, Shakespeare y Cervantes. Ya todo se conoce de ellos. Con lo que dijeron. Con lo que dejaron adivinar. Con las verídicas relaciones de sus coetáneos. Ya se presentan netos y nítidos a los siglos. Y la crítica, la alta crítica, apenas si ha de rectificar, de años en años, detalles de poca monta, curvas ligeras del perfil, pliegues y repliegues insignificantes de la apariencia material. Pero de Lope... Lope no tiene contornos precisos. Sus propios contemporáneos le desconocieron o le enmascararon a fuerza de ditirambos inauditos o de sarcasmos injustificados. Todos mentían, hasta el mismo protagonista. Con la mentira de todos se formó la nebulosa. Cuantos queremos escribir hoy acerca de Lope titubeamos, caminamos de puntillas, recogidos los alientos. ¡Con qué temor entreabrimos las puertas que, *al parecer*, pueden conducirnos a la verdad. Todo alrededor de Lope es hiperbólico. El número de sus comedias. El número de las comedias que le plagieron amigos y adversarios. El número de las comedias y sugerencias ajenas que aprovechó él. Sus mujeres. Sus amantes. Sus amoríos. Sus trapicheos. Sus empresas. Sus fiebres místicas. "Creo en Lope todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra", rezaron los entusiasmos de su siglo en su patria. ¡Con qué malestar, sospecha del equívoco, sopesamos, aquilatamos las interrogaciones y los puntos suspensivos en Lope cuantos intentamos decir algo suyo! Lope es un laberinto. Ninguna norma, ningún guía nos entran ni nos sacan de él. Lope es un río utópico, de curso inexplorado, a cuyas orillas se dan todos los climas exóticos, y, por

ende, los contrastes todos de la flora metafórica y de la fauna bípeda. "Yo me sucedo a mí mismo" —exclamó el poeta, enajenado de narcisismo. Y como Narciso delante del espejo, se desconocía originalmente.

Nos asombra un tanto cuando leemos, acerca de Lope, esas aseveraciones casi dogmáticas de algunos de sus actuales biógrafos. Y nos asombra aún más el que pretendan entenebrecer la oscuridad que le rodea para otorgarse el mérito de ser en ella el sol bíblico o siquiera la linterna de Diógenes. Quizá el encanto mayor en una biografía y en una crítica de quien fué hiperbólico, diverso y aun contradictorio estribe en esa cantidad de puntos suspensivos y de interrogaciones con que hay que jalonarla —y jalearla, sí— y que son los caminos de las suposiciones estupendas y las poleas del esfuerzo individual.

Madrid —aludimos al Madrid de los siglos XVI y XVII— es igualmente impreciso en sus contornos y diverso en su contenido. En poco tiempo, con presteza y facilidad inauditas, destiló una inmensa cantidad de emociones y de sugerencias cuya determinación es hoy de todo punto imposible. Hemos oído de boca de discretos investigadores la afirmación de que la Villa no tiene historia propia, porque hablar de Madrid desde 1561 es enraizar y reflorececer la historia de España. La creemos una hipérbole. Una más que añadir a tantas como desazonan y deforman el pasado auténticamente madrileño. Madrid tiene su aspecto y su complicación. Pero, como a Lope, nadie le ha juzgado con tino. Diríamos que, como Lope, Madrid protagonista ha contribuido a complicarse, a retorcerse en la buena y en la mala disposición de todos. De equívocos, de indistinciones se formó la nebulosa. Pero ¿no es cierto que en el Madrid filipino se superaron los mayores absurdos y se malograron los más intensos fenómenos sociales?

Madrid y Lope... O la inversa: Lope y Madrid no han dejado de ser una adivinanza. Cuando se cree ha-

ber logrado la clave, como el diente extraño en una máquina o el guarismo insólito en una ecuación, cualquier detalle rompe el prematuro entusiasmo. Y hemos de supeditarnos a la antigua y desafortunada investigación común. Las puertas del misterio histórico, que hasta verlas entreabiertas nos reservan la esperanza del singular hallazgo, ya de par en par, a semejanza de la famosa de Barba Azul, no guardan ni ocultan nada...

III

LOPE DE VEGA, SACERDOTE

¿D
¿Ma
péta
Malc
opin
lla,
xo,
las e
tam
no l
just
Lope
Cris
do?
—gr
do,
trar
inne
su e
habr
sas
fras
pasr
si n
de t
sabc
tos
no l
Las

¿Buen sacerdote? ¿Mal sacerdote? ¿Bueno...?
¿Malo...? Aun se deshoja la margarita. Y el último pétalo siempre discrepa. Muy bueno. Bueno. Regular. Malo. Muy malo. Todavía no se han concertado las opiniones de la admiración y de la crítica. Para aquella, tanta poesía inspiradísima, tanto concepto ortodoxo, tantos arrebatos místicos redimen cumplidamente las culpas del sacerdote. Muchas, eso sí. Grandes, eso también. Para ésta, y más si es objetiva, los pecados no logran ser vencidos en el equilibrio de una balanza justiciera —sensible hasta el átomo—. Amó mucho Lope. ¿Se le pueden aplicar las magnánimas frases de Cristo: se te perdonará mucho, porque mucho has amado? Quizá. Para la crítica objetiva las culpas de Lope —grandes y muchas, cierto— no le hunden demasiado, no le hacen ni repulsivo ni descarado. Por el contrario, le sirven tantas culpas para el contraste de sus innegables virtudes. ¿Quién sabría toda la emoción de su contrición si no tuviera que arrepentirse? ¿Quién habría gozado con la ternura de sus canciones religiosas si no le llevaran a ellas los reconcomios de tantas frases y tantas acciones libidinosas? ¿Quién quedaría pasmado con sus encantadoras ingenuidades en verso si no llegara a ellas, como a un Jordán, para redimirse de tanta complejidad y de tanto subterfugio? ¿Quién saborearía las mieles de su corazón de hombre en tantos actos —de los que fué protagonista— si él mismo no lo hubiera antes limpiado de hieles hasta las heces? Las culpas, en Lope, fueron las forjadoras de sus vir-

tudes. Fueron el abono de su lozanía. Para la crítica personalista y currinche, Lope de Vega fué un monstruo, un aborto del infierno. Todavía a mediados de la pasada centuria no se consentía su resurrección literaria a cuenta de su posible condenación teológica. Conscientemente sus obras eran apartadas —mejor dicho: segadas— de los ambages juveniles.

Felizmente, la incomprensión —viento y aparato de tormenta— ha desaparecido ya. Buen sacerdote o mal sacerdote —aun se deshoja la margarita—, Lope de Vega es para todos, críticos y admiradores y admiradores críticos, un ser excepcional que no se ha perdido para ninguna de las dos glorias: ni la mortal mundana, ni la inmortal célica. Felizmente, las culpas del sacerdote no son consideradas en sí mismas, desnudas y desprovistas de cualquier afeite. Se las recuerda en relación de algo o de alguien; van mencionadas entre frases bellas; son transicionales y transaccionales; nunca empujan y acaban en su maldad específica, sino que completan, adornan, enmatecen, apicaran una acción deslumbradora. Felizmente, ya apenas si son esas partículas de polvo en el atuendo fáciles de eliminación y que no dejan rastro. ¿Buen sacerdote? ¿Mal sacerdote? ¿Bueno?... ¿Malo?... Inútiles interrogantes. ¡Sacerdote! ¡Y que absolutamente sacerdote en la imaginación de todos! Sí, ya lo sabemos. Fué soldado. Y amante bravuconcillo. Y secretario de malos amores. Y maestro de la escena. Esfinge del dolor. Rayo de la vida. Y, sin embargo... ¿Quién recuerda a un Lope de Vega mozo gallardo y petulante, de engomados bigotes, embutido en una encañonada gorguera, como nos le presentan los anónimos grabados en madera aparecidos en las primeras ediciones de *El Isidro*, *La Arcadia*, *La hermosura de Angélica* y *El peregrino en su patria*? Sí, y ya sabemos que lo fué. Rondaba entonces por la izquierda a Filis y por la derecha a Belisa y aun le quedaban arrestos para dar el centro a una Marfisa de tiempos y compases casi infantiles. Y todos recordamos a Lope

de Vega dentro de sus hábitos sacerdotales. El rostro de Lope ya no tiene bigotes de vírgulas. En el rostro de Lope *una mosca* discreta substituye a la antigua barbita. La cabeza de Lope ya no está cubierta de los juveniles rizos, sino rapada y encanecida. Los ojos de Lope ya no irradian luces de mirada entera ni penumbras de reojos; delatan el regusto de las hieles de las miradas perdidas y los apagones externos de quien vive de internos deslumbramientos. Podrán cambiar determinados detalles de estos que apuntamos, pero la silueta es la misma siempre: un sacerdote alto, magro, triste. Sin sotana desconocemos a Lope. Y si le conocemos... es más nuestro Lope con sotana, manteo y bonete.

La iconografía de Lope es abundante. Pinturas. Grabados. Mármoles. En pie. Bustos. Cabezas. No sabemos el porqué, pero de esta iconografía destacan cuantos retratos recogen la condición sacerdotal de Lope. Los grabados de Selma, Perret y Courbes; las pinturas de Carducho y Tristán; las esculturas de Fuxá e Inurria. La condición sacerdotal no debió ser tan episódica en Lope cuando es la que nos le ha guardado para la visión agradable y permanente. ¿Mal sacerdote? ¿Buen sacerdote? Vanas preguntas. ¡Sacerdote! Como si lo hubiera sido desde siempre. Tanto, cuando menos, como los que empiezan por monaguillos y acaban ya dispuestos *para ser obispos*. La imagen sacerdotal de Lope es la única auténtica que de Lope nos queda. Pero a Lope sacerdote... ¡cuánto se le ha descuidado! En su tiempo, nada ni nadie le ayudaba a ser buen sacerdote. En nuestra época, si se recuerda su sacerdocio es para amostazarle con sus amores sacrílegos y con sus tercerías vergonzosas; es para disculparle por sus arrepentimientos pringados de contrición y deliciosamente expresivos. Mucho, mucho hemos descuidado a Lope sacerdote. ¿Nos hemos hecho cargo alguna vez de su vocación? ¿Le hemos tomado en cuenta en ocasión alguna sus sentimientos sacerdotales? ¿Apreciamos jamás sus condiciones para el sagrado ministerio? ¿Cuándo hemos considerado los mu-

chos momentos en que Lope pensaría en *clérigo* y se notaría *clérigo* y se conturbaría de ser *clérigo* en un ordenamiento desordenado? ¿Quién ha parado mientes nunca en un Lope que musita el *ego te abso'vo*, que abre sus brazos en el *Domine vobiscum*, que cotorrea en las sacristías de oficios y prebendas denegados? Sinceramente, ¿cuántos creemos en una mujer, fuera de los brazos de Lope, besándole con unción la mano por el dorso? Mucho, mucho hemos descuidado a Lope sacerdote. Con *verle* tan sacerdote y *nada más* que sacerdote. Pero... como si el hábito no hiciera fraile. Tan teatral, tan teatralizado, ¿es que no eran sus hábitos sino disfraz, "quita y pon" de incentivos?

Vamos a ocuparnos un poco del sacerdote Lope. Del magro, del alto, del triste — a ratos— sacerdote Lope. ¿Tenía realmente vocación? Muchos han querido explicar esta devoción... que no lo era. Amargura de muertes y quebrantos. Anhelos fallidos. Miseria decorosa. La luna, que no se alcanza con las manos. El sol, que no se puede mirar sin cerrar los ojos. Muchos han querido explicar la vocación de Lope... como un suicidio. Los desesperados —unos— se quitan de en medio, y hasta de las márgenes de la Vida con veneno, puñal, pistola o soga. Otros, como Lope, se meten fraile. Para el caso, cura y fraile ¿qué más da? Para algunos críticos, el sacerdocio del dramaturgo fué un efugio y un refugio. Por aquellos años, no siendo los nobles, nadie mejor que los *clérigos* lograban pingües rentas. Por aquellos años, no siendo a los nobles, a nadie se le perdonaban más yerros que a los tonsurados. Mucho que comer y mucho que perdonar tenía Lope, en efecto. Pero su espíritu gigantesco no se podía doblegar ni ante aquellos dos imperativos más abrumadores cada veinticuatro horas. Él mismo se nos manifiesta en este apremio de libertad y de rebeldía:

"Bien aya un rincón sin obligaciones y sin capillas, donde son los gustos gustos y los daños no son daños. Los frenos

se hicieron para los caballos. Quien se dexa gobernar de otro, con el herrador se calza. Unos van donde los otros quieren y otros no saben dónde los lleban los que los engañan."

Más que Lope no podía nadie ni nada. Ni consejos. Ni conveniencias Ni dictados. Ni emociones. Si se hizo sacerdote fué porque quiso. Conscientemente. Libérrimamente. Tenía vocación. O creía tener vocación. Bien meditado..., ¿por qué no había de tenerla? ¿Por qué había de buscar beneficios y privilegios y no seguridades del alma? Desde bien joven anduvo Lopillo entre sotanas y latinajos Crióle —palabras del propio genio— el inquisidor general y obispo de Cartagena, don Jerónimo Manrique de Lara, quien fundó en Alcalá de Henares el Colegio de Santiago, donde, con suaves maneras, se preparaba a los bachilleres —entre éstos, Lopillo—, más que para las armas y letras divinas, para los oficios eclesiásticos. Ya por entonces estuvo

"... de ser clérigo a pique."

Antes, muy de niño —en edad que ya gusta de hacer imágenes—, todos los días acudía, de la mano de su padre, al Hospital de la Corte a recibir las enseñanzas del bienaventurado Bernardino de Obregón. Después, en el Colegio de la Compañía —años 1573 a 1577—, leyendo romance y latín, dueño como pocos de la retórica y de la gramática, Lope, Lopillo, cogitabundo y sutil, hacía concebir grandes esperanzas de vocación religiosa a sus maestros, los padres Joan Ruiz —de mayores o arte poética—, Pedro Vázquez —de medianos o sintaxis— y Juan Alonso —de mínimos o rudimentos de conjugación y declinación—. Los amores violentos y fracasados en su mayoría parecieron torcer su rumbo. Y lo torcieron en verdad durante varios años. Pero torcido el rumbo, de sirte en sirte, bordeando —sin anclaje posible— todos los puertos de paz, ronco sobre la mar gruesa y delirante sobre la calma, Lope de Vega no pue-

de reprimir los alardes de su arraigada vocación. Muchos de ellos se los confiesa a aquel de quien es confesor laico, amanuense y hasta musa erótica, al duque de Sessa (2-III-1612).

“Después de haber escrito a vex* esta noche... se me ofreció enviar cartas q^e tengo duplicadas en favor del contador Barrionuevo, tan servidor de vex* y tan grande amigo mío q^e va a Roma a algunas pretensiones de *un nuevo estado q^e a mí me da mucha envidia.*”

El subrayado es nuestro. Pero el anhelo resumado todo es de Lope; A él le da mucha envidia aquello que pretende el amigo: los hábitos, la ordenación, el sentido místico llevado a la práctica, la renuncia de las humanas apetencias, el golpe de gracia al desvivirse cotidiano! En la *Dorotea* — no se olvide: escrita en 1588; retocada en 1634— y en el acto V puede encontrarse otro de aquellos anhelos de Lope *ya de regreso* hacia su vocación. Horóscopo le han llamado algunos:

“CÉSAR.

Vos tenéis muy desdichada la parte de la fortuna en los amores. Sabed que os esperan inmensos trabajos por su causa. Guardaos de alguna que os ha de dar hechizos; si bien saldréis de todo con oraciones a Dios, en otro estado del que ahora tenéis.

FERNANDO (Lope).

Quando eso llegase a ser, siendo como es tan dudoso, me valdré de ese remedio, porque es el verdadero, y vanos los de los hombres, en quien no se ha de tener confianza; porque, según la Verdad Divina, ni aun en los príncipes se ha de hallar salud.”

Horóscopo le han llamado algunos. Y lo es. Como todos los horóscopos, inapelable. Alguien ha creído que no puede serlo por estar redactado *a posteriori*, es decir, en 1634. Disentimos de este parecer. ¿Es que asombra

tanta premonición? Cuando Fernando (Lope) pronuncia el anterior parlamento es aún muy joven. Sospecha la posibilidad de que rebrote su vocación. Pero, alegrado en humanas empresas, la posibilidad queda *muy iejana*. No perdamos de vista estas palabras suyas: "Cuando eso llegase a ser, siendo como es tan dudoso..." Luego Fernando permanece aún entre la carne rosa y el halago fácil. Luego *aun cree* que pudieran no realizarse los augurios de César. De escribirlo en 1634, Lope—desengañado, horro de ilusiones, muerto en Vida ya, o viviendo a su sombra, o sujeto nada más ya a ese halo de semiluz entre el fulgor que se desvanece y el resplandor que apunta— no se hubiera expresado tan incrédulo para un futuro... que ya conocía. Lope, en 1634, no quiso despojar a su *Dorotea* de cuanto en ella había de lealtad para consigo mismo. Retocó el estilo. Dulcificó la letra. Apiadóse de muchos caracteres. Unicamente Fernando (Lope) siguió tan franco, impertérrito, con toda su aura juvenil.

¿Por qué no había de tener la vocación de Lope hondas raíces? Hemos expuesto algunos síntomas. Pero quedan otros. Sus versos religiosos. No los hay más enternecedores, ni más insplrados, ni más flúidos en toda la lírica mística castellana. Ni Luis de León, ni Teresa de Jesús, ni Juan de la Cruz, cumbres las más cercanas al concepto célico del amor de Dios, le superan. Teresa es más ingenua, pero menos honda. Juan es más hondo, pero menos sencillo. Luis es más sencillo, pero menos flúido. Entre los besos libidinosos nunca le falta a Lope un deliquio espiritual. Entre dos empresas prosaicas, jamás carece de reacciones de una pureza maravillosa. Diríase que el clérigo dramaturgo camina sobre el barro, pero con zancos; que manipula con lo grosero, pero con guantes. Hay quien sospecha en Juan de la Cruz un formidable temperamento sensual con la única válvula de escape hacia los amores extraterrenales. ¿Por qué no puede ser un caso contrario? Juan de la Cruz no podrá evitar, en su arrobo místico,

expresiones crudísimas que llaman a los sentidos. Lope de Vega no podrá evitar en su mala vida detalles intensísimos que aluden a la espiritualidad absoluta.

La vocación de Lope persistió. Como un Guadiana de curso raro, estuvo oculta —se desarrolló oculta— y prosiguió impasible hacia su fatalidad, reapareciendo cuando las circunstancias lo permitieron. Sí, indudablemente, la vocación de Lope —los gérmenes de la vocación de Lope—, arrinconada por irresistibles apremios del apetito —él mismo confiesa a 13 de septiembre de 1606 que

“tiene más poder el apetito que la razón”—

necesitó estímulos para una reacción definitiva. La vida bohemia, mezcla de comezones primaverales, de abscesos caniculares, de los frutos serondos del otoño, había formado una costra sobre ella. Semejante dureza para resquebrajarse, para ablandarse necesitaba la humedad de muchas lágrimas, el frote aristado de muchos dolores, las punzaduras profundas de los desengaños. Y los tuvo. ¡Vaya si los tuvo! Las cartas íntimas del poeta, conservadas en los códices de la Biblioteca Nacional y publicadas en parte por La Barrera, son sinceras expresiones de dichos trastornos.

“poca salud y ynfinita ocupación y disgustos desatinados” dice una, hacia 1612. Y otra de la misma fecha:

“naçimos algunos hombres con estrella q^e la misma cuna nos sirvió de galera y desde entonces vamos forçados en la vida hasta q^e la muerte nos da libertad y descanso,”

En febrero del mismo año sufre una aparatosa caída sobre el brazo.

“... me ha dicho el zirujano q^e con esta última cura tendré salud porq^e el hueso no está fuera de su lugar, si bien yo le rrespondido q^e dios castiga agora en mis huesos los pecados de my carne.”

Por entonces le llegó una terrible desgracia. De las desgracias terribles que apabullan y dejan al ser humano del envés. Carlillos, el hijo amadísimo, muere en el otoño de 1612. Para angustiarnos más, Lope no compone una carta sino una elegía; la más desgarradora, la más inolvidable de las elegías; la que comparte con las coplas de Manrique lo paradigmático del género:

"Un hijo tuve en quien mi alma estaba;
allá también sabréis por mi elegía
que Carlos de mis ojos se llamaba

.....
..... ¡Ay muerte fiera!
¡La flecha erraste al componer la aljaba!
¡Cuánto fuera mejor que yo muriera
que no que en los principios de su aurora
Carlos tan larga noche padeciera!"

Nuevos dolores cuando aun el viento de la versatili-
dad humana no se llevó las hojas caídas de los prime-
ros. Estamos en Madrid. El mes es agosto; el año, 1613;
el día, 13. De sobreparto fallece doña Juana de Guardo,
su segunda mujer. Doña Juana era para Lope lo vul-
gar, lo aburrido, lo insípido. Pero también: la tran-
quilidad, la seguridad de un hogar, los caucecillos por
fin marcados a su existencia desencauzada, la ilusión
de los hijos legítimos. Falleció doña Juana. Y pensó
Lope: ¿vuelta a las andadas?, ¿el hogar deshecho?,
¿nuevas marejadas sin puerto de paz?, ¿la locura?, ¿la
pobreza asaeteada de sobresaltos?

"Me quitó de las manos muerte fiera
el descanso, el remedio, la esperanza.
Yo vi para no verla (¡quién pudiera
volverla a ver!), mi dulce compañía,
que imaginaba yo que eterna fuera."

Pero no sólo el dolor destempla la alegre serenidad
de Lope. En estos años, 1600... 1608... 1610... arrecian
las puñaladas traperas de los envidiosos. No impor-

ta que vayan disimuladas en versos y en prosas ingeniosas. Son puñaladas. La coraza defensiva —orgullo y éxito—, con los años se ha ido desajustando. Algunas puntas consiguen la carne. Y el rostro acusa las heridas. Los envidiosos se llaman Cervantes, Góngora, Micer Andrés Rey de Artieda, Torres Rámila, Pedro Mártir Rizo.

Torres más altas han caído. ¿Tiene algo de particular que la torre del entusiasmo de Lope se desmorone y le coja debajo? Maltrecho, como si despertara de un sueño largo, va poniendo en orden los antiguos sentimientos. ¡Ah! Él ayudaba a misa al bienaventurado Bernardino de Obregón y le besaba las manos y los hábitos. Él se extasiaba contemplando, de morado y blanco, al obispo Manrique de Lara, aquel buen obispo de tan buena barba canosa y de tan buenos modales como el inmortalizado por el Greco. Él derramaba abundante llanto mientras el padre Vázquez le absolvía de culpas veniales y se notaba bien expedito para encender cirios y rimar coplillas devotas. Él gustaba de señalarse itinerarios religiosos, en las tardes caedizas, por su medio Madrid irrenunciable. ¡Iglesia de Santa María! Parroquia matriz de la Villa, donde —le aseguraban— se predicó por vez primera el evangelio en días antiguos en que aun el oso pardo no se había empinado al madero y el carpetano tiraba con honda a las siete estrellas de la constelación. ¡Iglesia de San Andrés! Con su cementerio tapiado como un huerto. Con el sepulcro del patrón Isidro, en el que ya apuntaba el barroco, que más tarde sería la mejor cara, con el mayor visaje, de la Villa. Ante este sepulcro policromado sobre seis leones ¡cuánto tiempo se detenía niño inocente, joven patético y clérigo entristecido! Y pensaba: —Se cerró el arca con seis llaves: los leones de Castilla depusieron su actitud rampante para sostenerla sobre sus lomos; artistas anónimos, con suaves tonalidades, memoraron escenas de la santa vida en la que hubo bueyes rubios, surcos entre pedernales, arcángeles jornaleros, quiméricos sueños; cualquier poeta —la Poesía misma—, Jor-

ge Manrique, que templó las elegíacas coplas, evocándole con ritmo inusitado, le hubiera dedicado un responso de maravillosas consonancias. Y el misterio permanecía intacto, sellado con seis sellos y uno más: el del temor ferviente. Arcilla humana pulverizada, la mariposa enlutada de la psiquis..., ¿qué guardaba el arca sepulcral de San Isidro en el incipiente barroco de la iglesia de San Andrés? ¡Parroquia de San Pedro! Sencilla. Antigua. En ella el niño Lope contemplaba con mejor ahinco aquella campana famosa que el sacristán, retribuido por los labradores, cuidaba en *tocar a nubia-do* para conjurarle. ¡Parroquia de San Miguel de los Octoes! Debía asomarse a la pila amarilla sobre la que le bautizaron. Debía contemplar aquel San Miguel con armadura española, que, blandiendo una espada ígnea, pisoteaba a un luciferino caballero con armadura francesa. Y más templos. Después de cada hecho reprochable una fuerza imperiosa y dulce a la vez le empujaba a uno de los hitos de aquel itinerario místico. Ya dentro de él, quieto, no necesitaba rezar ni prorrumpir en aparatosos aspavientos de atrición. Se notaba blando de emoción, capaz de altísimos deberes espirituales. Se notaba rencoroso consigo mismo. Y del templo salía como más ligero y alegre.

¿No eran estos síntomas de una vocación grande? Aun podían sumarse nuevos detalles. En el año de 1608 fué nombrado Lope familiar del Santo Oficio; en el de 1609 se inscribió en la Hermandad de Esclavos del Santísimo Sacramento; en el de 1611 profesó como terciario franciscano. ¿Más detalles aún? Sí; más... y más decisivos. Habla Lope. Y habla en verso, que es como mejor habla. Habla, desde luego, antes de 1614..., porque sus palabras están recogidas en las *Rimas Sacras*, publicadas este año.

"Pastor, que con tus sí'bos amorosos
me despertaste del profundo sueño...

.....

Oye, pastor que por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados
pues tan amigo de rendidos eres;
espera, pues, y escucha mil cuidados;
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?

.....
¡Ay, Dios! ¿En qué pensé cuando, dejando
tanta belleza y las mortales viendo,
perdí lo que pudiera estar gozando?
Mas si del tiempo que perdí me ofendo,
tal prisa me daré, que una hora amando
venza los años que pasé fingiendo.”

Así habla Lope antes de 1614. Aun no es sacerdote. Pero... ¿no lo parece ya? La costra de los humanos anhelos ya se le ha resquebrajado. Ya flota impávida, señora, su vocación. La verdad, la verdad —entera y verdadera— ya la sabe Lope. Es ésta: cuando era ni siquiera Lope, nada más que Lopillo, sintió alguna vez el divino llamamiento. Lo enterró. Sin voluntad, pero lo enterró vivo. Y durante muchos años la llamada, sin morir, era como una voz imprecisa de tan honda. La serena reflexión, el sincero arrepentimiento o la fatalidad —sí, pensemos en la fatalidad— quitaron tierra y tierra... El llamamiento volvió a llegarle claro, insistente. ¿Taparse los oídos? ¿Ocultar la cabeza bajo la almohada? Ya no estaba en edad de puerilidades. Ya no tenía ni justificantes ni atenuantes para su conducta. El amor, como un pirata de la Isla Tortuga, le había desmantelado y desfondado. No, ahora la escucharía, la atendería, la obedecería. Así se lo manifiesta a su muy amigo el doctor Matías de Porras:

“Con estos pensamientos a la aurora
y con estas memorias a la tarde,
que quien siempre agradece siempre llora,
aunque por tanta indignidad, cobarde,
el ánimo dispuse al sacerdocio
por que este asilo me defienda y guarde.

La epístola, solícito negocio,
dalmática evangélica, me visto,
puestas las musas por gran tiempo en ocio.
De todo cuanto es bien mortal desisto;
humilde adquiero la cruzada estola,
ya la suprema dignidad conquisto."

¿Por qué no había de ser verdadera la vocación de Lope? Ni aun llegando a este punto quieren reconocerla muchos. Y no sin presentar con las debidas licencias las debidas sospechas. ¿Existe una carta de Lope al de Sessa!... ¿Cínica? ¿Formularia? Quienes no creen en la sinceridad del poeta y barruntan sus búsquedas de pingües ingresos opinan que cínica. Un párrafo de dicha carta es éste:

"Heme entristezido de suerte q^o creho no me huviera ordenado si creyera q^o había de dexar de servir a vex^a en alguna cosa mayormente en las q^o son tan de su gusto."

Nosotros interpretamos esta carta de muy distinta manera. Lope debe bastantes favores al de Sessa. Su estado clerical le impide seguir sirviéndole. ¿No ha de concederle el poeta la dedalita de miel? ¿Le cuesta tan poco al poeta manifestarse agradecido! ¿Aparentar cinismo? ¿Bah! Con las apariencias que engañan ha compuesto varias comedias que fueron muy gustadas y aplaudidas. El de Sessa aplaudirá ésta y el autor seguirá pensando que no es sino una comedia, la más audaz, eso sí, con un solo personaje y un espectador único. ¿Podía por afición a su estado escribir al antiguo mecenas con sequedad que tradujese el gusto de dejar de servirle? No olvidemos que hasta su muerte el poeta es un ser de excepcional simpatía y de muy poca hiel. El agrado es flor de su verbo. La simpatía es aire de su acción. No olvidemos que hasta su muerte el poeta —todo lo místico, todo lo admirable que se quiera— no logrará dominar por completo su carne, ni que su carne, esto es, sus sentidos, de vez en vez, erguirán la ca-

beza y, de cuando en cuando, para ser difícilmente vencidos, necesitará el poeta salpicar de sangre propia las paredes de su alcoba. A quien menos puede engañar, porque se le ha entregado por completo, Lope sencillamente confiesa:

“Dejé las galas que seglar vestía;
ordenéme, Amarilis, que importaba
el ordenarme a la desorden mía.”

¿Buen sacerdote? ¿Mal sacerdote? ¿Bueno? ¿Malo? Aun se deshoja la margarita. Muchos clérigos han debido luchar mucho para dominar sus pasiones, para pulverizarlas, para aventarlas. Pero al fin lo consiguieron. Y hubo una paz grande en su corazón. Lope, más desdichado, quizá por ser prodigioso y sus pasiones más extraordinarias, hasta su muerte debió luchar denodadamente. Y venció. Y le vencieron. Y causó dolores. Y se los causaron. Pero jamás hubo paz en su corazón. ¿Era mal sacerdote cuando quedaba vencido? ¿Era buen sacerdote cuando resultaba vencedor? La que califica ¿es la lucha? Todas las escaramuzas y batallas humanas ¿se cuentan una a una o al final, cuando no son sino jalones de una sola contienda? ¡Si fuera esto último, como sospechamos...! Se conservan varias cartas de Lope que aluden a estas fechas de sus órdenes menores y mayores. Procuraremos oírlas glosando. Lope de Vega se ordenó de menores posiblemente el 22 de febrero de 1614. Aquel año la Pascua de Resurrección cayó a 30 de marzo. El sábado de la primera semana de Témporas—día muy señalado *de siempre* para conceder órdenes—fué el dicho día 22. ¿Quién le ordenó? Por aquella fecha no había en Madrid más obispo *de residencia* que aquel Antonio Gaetano, arzobispo de Capua, nuncio de España entre los años 1612 y 1619, a quien se cita en las epístolas lopescas con los poco respetuosos apodos de “Monseñor Relámpago” y “Monseñor Espantadizo”. Hacia el 12 de marzo marcha Lope a Toledo, a fin de recibir allí todas las órdenes mayores. Permaneció en

Toledo hasta después del Corpus, ya que en este día solemnísimo presenció allí la representación de un auto sacramental del que sería autor seguramente. De su estancia en la imperial ciudad tenemos noticias por doce cartas suyas al de Sessa, que, "bien extractadas, nos proporcionarán casi completa relación autobiográfica del progreso de sus diligencias y de otros pormenores de singular interés". Estas doce cartas —añadimos nosotros— son la base de cuantos ataques se han llevado a cabo contra la vocación del poeta. En estas doce cartas se muestra Lope más insolente, más desvergonzado que nunca. Y tan simpático como siempre, y tan natural. Todo hay que decirlo.

El día 15 de marzo fué ordenado de subdiácono. ¿Por quién?

"Llegué, presenté mis dimisorias al de Troya, que así se llama el Obispo, y dióme Epístola; para que V. ex^a sepa que ya me voy acercando a capellán suyo; y sería de ver cuán a propósito ha sido el título, pues sólo por Troya podía ordenarse hombre de tantos incendios..."

¿Ha tenido gracia Lope? ¡La ha tenido! Gracia —risa— un tanto rabelesiana. Pero sin una contrasonrisa, como en el creador de *Pantagruel*. ¿Quién pudo ser aquel obispo de Troya? Este título lo llevaba el prelado auxiliar de la Sede primada, don Melchor de Vera y Soria..., al menos muy pocos años antes. No eran, realmente, méritos los que acumulaba Lope, el flamante subdiácono, para las próximas y más altas consecuciones.

"Aquí me ha recibido la señora gerarda con muchas carizias. Está mucho menos entretenida y más hermosa, besa los pies de vex^a y me manda le escriba mil recados..."

(15-III-1614)

"... aunque esta persona [Gerarda] me ha honrado con su natural condición q^e ya he dicho a vex^a muchas veces cuán generosa la tiene; tanto q^e estos días he hecho bus-

car una anguila q^e presentar al Almirante de Nápoles en agradecimiento del apretador q^e a mí me ha parecido lo q^e se cuenta de D^a María de Padilla... En queriendo Tajo la tendrá vex^a por suya debe estimación ese agradecimiento."

(19-III-1614)

"... también me divierto de mis tristezas con la amiga del buen hombre..."

(23-III-1614)

Esta Gerarda era la cómica Jerónima de Burgos, hermosísima y ligera, con quien ya antes había tenido relaciones sexuales Lope y para la cual escribió algunas de sus más hermosas comedias. Una de ellas: *La dama boba*. En el aposento de Gerarda, entre carantoñas y desvergüenzas, Jerónima y Lope debieron reírse de Toledo, del de Troya, de las órdenes y "de la mar y de los peces". ¡Buenas sobrecenas y excelentes madrugadas! De diácono debió ordenarse Lope después del 23 de marzo y antes del 9 de abril. En esta fecha escribe expresamente:

"... y más después que soy de Evangelio..."

En aquélla aun desea dicha orden:

"Lo cierto es que yo querría concluir, señor exmo, con mis órdenes; y pues ya tengo epístola, no dilatar las demás, por no estar con este cuidado..."

No todos los días toledanos fueron amorosos para Lope. Hubo días aciagos de enfermedad. Hubo días grises durante los cuales parecía al poeta tener el cielo caído sobre su cabeza y metidas en las entretelas de su corazón la murria y la desgana.

"Halláronme las de vue^a, señor indipuesto de un gran catarro." "Mi conbalescencia no tengo q^e decir más de q^e se esfuerza cada día con esperanzas de q^e presto tendré la salud q^e desseo emplear en servicio del mexor Señor del mundo."

(Mayo 1614.)

Se ordenó Lope de presbítero el día 24 de mayo, Témporas de la Santísima Trinidad. Era la fecha apetecida:

"Aquí he negociado que me ordenen las tēmporas de la Trinidad de Missa; V. ex^a se aperçiva para oymela deçir el día del Corpus en mi oratorio, siendo Dios servido..."

(Abril 1614.)

Ni el día del Corpus ni en aquel oratorio de su casa de la calle de los Francos que le fué concedido por Real privilegio de exención de aposento el día 14 de febrero de 1613. El día del Corpus estaba aún en Toledo. La primera misa la dijo "en el Carmen Descalzo, donde tenía su confesor": el padre Fray Martín de San Cirilo. La fecha debió ser una de las de la octava de dicha festividad. Una de las cosas que más dolor le produjo a Lope antes de ser diácono fué verse precisado a prescindir —por decisión del "malhumorado y exigente" obispo de Troya— de sus crespos cabellos y de sus enhiestos bigotes. "Con justa desesperación" se rapó los primeros y se afeitó los segundos.

Si de algo puede imputársele a Lope sacerdote es de estos dos grandes motivos de la vida anterior: la amistad con los hijos de Talía y la tercería en los amores del de Sessa. Ya presbítero en su Madrid, parece estar animado de los mejores propósitos:

"... yo con tener la prima [gracia de Dios] me contento y con dextr mis missas en las quales siempre encomiendo a dios la vida, salud y estado de vue^a."

Es verdad. Lope es sincero. No quisiera escuchar otros requerimientos que los inherentes a su estado sacerdotal. Por unos días es feliz. El rezo divino. La misa. La meditación. Las charlas espirituales con su confesor. Su itinerario religioso... Iglesia de Santa María, credos a Jesús Sacramentado... Iglesia de San Miguel, coronilla en loor de María Santísima... Templo de la Compañía, Via Crucis... Es verdad. Lope es sin-

cero. Cree haberse olvidado de todo y de todos. Pero... todos y todo no le olvidan a él. Las musas, la carne y el duque llaman insistentemente a su aun no bastante fortalecida voluntad. ¿Qué quieren las musas? Las musas quisieron olvidar a Lope. Eran muchas. Llamaron a muchas e insignes puertas. Otras fueron admitidas; otras... Los anfitriones, aun siendo generosos, no daban lo suficiente para aplacar a todas. Las musas recordaron que únicamente Lope subvenía a las necesidades del coro. ¿Qué podían decidir? ¿Permanecer ociosas para mengua de España y agravio de sí mismas? No. Las musas decidieron acudir a la puerta del "Monstruo"... que después de oprimirlas las dejaba más lozanas. ¿Qué quiere la carne? La carne quiso no perturbar ni conturbar a Lope. Pero pronto se convenció la carne de que jamás había estado más alegre ni sido más insaciable, ni resultado tan primorosa como cuando pecó con Lope. La carne no tiene muchas ocasiones de que sus excesos parezcan madrigales, y sus procacidades verbos de ingenio, y su grosería substancial encantadora debilidad humana. ¿Podía la carne prescindir de quien así la glorificaba, de quien así la conseguía la impunidad en lo inmortal? ¿Qué quiere el poderoso duque de Sessa? El duque de Sessa hubiera deseado prescindir de los servicios, un tanto sacrílegos, de su buen secretario. Pero... las cartas —billetes— de amor que escribió el mismo duque o que le escribieron nuevos "inspiradores" no lograban los apetecidos frutos. Las damas que leyeron dichos billetes o no los encontraron sugestivos o asimilaron "el veneno" —verde como la menta— en que iban impregnadas. El duque de Sessa comprendió, sin muchos quebraderos de cabeza, que la fascinación de Lope, enmascarada con su ampuloso título, era la única capaz de parodiar el *veni, vidi, vinci* cesáreo. ¿Iba el duque a prescindir de "su fascinación", tan barata por otra parte?

Lope... respondió al noble, a la carne y a las musas. La contestación al duque va *envuelta* en resistencias.

El confesor fray Martín le exige para absolverle la promesa de cesar en aquella tercería epistolar... cuando menos:

"Señor ex^{mo}... no se canse en venir aquí a la noche, pues bien puedo como a tan gran señor y dueño mío hablar tan claro, q^e como cada día confieso este escribir estos papeles, no quisieron el de San ju^o absolverme si no dava palabra de dexar de hazerlo, y me aseguraron q^e estava en pecado mortal..."

El de Sessa no cede ante estas entristecidas razones. ¡Que se rebele Lope contra el confesor! ¡Que se confiese más de tarde en tarde! ¡Que invente subterfugios y añagazas! Así lo hace el débil clérigo,

"trampeando cada día lo mexor que podía el modo de confesarse".

No obstante, el momento temido llega. Fray Martín no transige. Lope suplica al duque. ¿Por qué no le exige otra cosa?

"Aseguro a vex^a señor, q^e si me manda sacarme la sangre de mis brazos no dudaré en obedecerle..."

La sangre gorda y roja del poeta para nada le sirve a quien la tiene liviana y azulenca o azulosa. Le sirve "la fascinación" del poeta. No desea otra cosa. No puede prescindir de ella. La exige. El poeta le contesta en tono lastimero:

"Yo hablé a aquella persona señor exmo y me dixo resueltamente buscase otro confesor con tanta colera como si le hubiera dicho q^e fuera hereje, suppo a vux^a no crea de mí q^e por menos rigor dexara de servirle..."

¿Podrá nadie dudar de la suave pero fuerte resolución que adopta Lope? Él no quiere permanecer en la servidumbre del pecado ni que sirva el suyo para la

realización de otros muchos. ¿Hay que invocar a Dios? ¡Pues le invoca... con dignidad, pero sin ofender a quien obliga a la invocación! ¿Hay que invocar a la Santísima Virgen? ¡Pues la invoca! ¿Hay que rogar mucho y humillarse un poco? ¡Pues... a rogar, a humillarse! ¿Hay que insinuar la calidad del hábito que le cubre? ¡Pues se insinúa, recalcando la insinuación, que es el modo de ahondar el relieve de las palabras! Lope contestó al duque, pero fué para resistirse. Al menos esto parece indicar la falta de correspondencia entre uno y otro durante varios meses.

La contestación a la carne fué más hábil, más convicta de antemano. Contestación de quien sabe que si la carne insiste ya no podrá oponer resistencia alguna. Hacia junio de 1615 las hablillas, los "se dice" y "me parece que", las visitas reticentes, los incrédulos movimientos de cabeza ya señalan al poeta sacerdote como caído en sus antiguas deshonestidades. Ante esta avalancha de suposiciones Lope cree conveniente huir a Toledo. Con la huída ¿qué pretende? ¿Evitar la polvareda? ¿Dar la higa por afirmación? ¿Soslayar la inminente contienda? ¿Tapujar el regodeo de su carne? A esta apelación primera de la carne Lope contesta débilmente, compungidamente y, al parecer, con verdad:

"Yo, señor exmo., llegué aquí huyendo de las ocasiones en que la lengua de una mujer favorecida infame puede poner a un hombre de mi hábito. Y respondiendo también a la objección tácita de que no se huye bien del peligro acercándose a él, como yo arriba reprehendo, digo: que siendo, como fué, testimonio, no le puede correr mi conciencia aunque no quede libre mi reputación; pero en confianza de que los que me conocen están desengañados, quise huir del mayor mal, aunque diesse de ojos en el que era menos. Presumo señor q^e como hombre acabado al mundo se persuaden fácilmente a tan mal gusto, como quien ya no los podía hallar mayores, ygnorando que el dinero nunca fué viejo, ni las diligencias con mujeres ingratas. A los conjueros de V. ex^a no hallo otra respuesta, aunque siendo tales,

bien me olgara que los acreditaran juramentos; pues plegue a Dios, señor, que si despues de mi haito he conocido mujer desonestamente, que el mismo que tomo en mis indignas manos me quite la vida sin confession antes que esta llegue a manos de V. ex^a..."

La debilidad de la carta tiene su redención: el engulle de este imprecado. Pero la carta levanta una nueva sospecha. ¿También en Toledo el "se dice" y el "me parece que"? ¿A quién, a qué se refiere Lope en la continuación de la carta, cuyo párrafo favorable transcribimos? ¿Cuál es el nombre de "alguna mozedad" con "cara en que se han vaziado fariseos"? ¿Cuál es el motivo de que una cuadrilla de judíos le hayan corrido en cercerrada por las calles de Toledo? ¡Ay, Lope, Lope! Quiere ser bueno. Lleva un año en que, parece, ha sido bueno. Pero... no evita con rigor las ocasiones que se le presentan. No sale al paso, con aplomo, de sus asechanzas que se le ponen. No acaba por sacudir, a manotazos, de su persona, los matices aun agarrados de lo que, antes de ordenarse, fué su vida y fué su oficio.

"Quysiera ser muy bueno en el grado q^e he sydo destinado."

Pero... se le rompe la voz del ordeno y mando; se le nublan los ojos cuando piensa que ha de volver la espalda a su pasado; se nota encogido el corazón si ha de prescindir de los recuerdos y de la gloria; se angustia de suponer que Lope tiene que dejar de ser Lope. ¡Ay, Lope, Lope! Quiere... y no quiere. ¡Si los caminos paralelos de la virtud y del mundo fueran tan juntos que él pudiera llevar un pie sobre cada uno!... Por si no fuera grande su lucha interior, la lucha fratricida de los dos Lopes, en la que nadie le ayuda sino el inflexible y poco tierno P. Martín de San Cirilo, cómo se agudiza la guerra que le hacen los envidiosos de su fama! Balas de papel rimado, lanzazos de palabra agu-

da le llegan al cuerpo y al espíritu frecuentemente. A todo sacan punta —y punta hiriente y envenenada, arrojadiza— sus enemigos; sus enemigos a quienes nada hizo por enemistar y sí muchas puerilidades por atraer; sus enemigos por las calidades de las que él no se puede mostrar generoso, ya que únicamente Dios las da y las merma. Quevedo, el de los “quevedos”, que parecía el más señoril, le lanza un disparo:

“Cuando fué representante,
 primeras damas hacía;
 pasóse a la poesía
 por mejorar lo bergante.
 Fué paje, poco estudiante,
 sempiterno amancebado;
 caso con carne y pescado,
 fué familiar y fiscal
 y fué viudo de arrabal
 y sin orden ordenado.”

¿Qué hará Lope, sacerdote, contra los agravios? Sencillamente: ejercer el sacerdocio. ¿Olvidar?... Perdonar. ¿Quiere sacarle de sí, como si su sotana fuera una capa de aventurero? Contestará, sencillamente con actos de su sacerdocio. Predicará. Escribirá con el auxilio de sus musas debidamente arrepentidas. En el Carmen Descalzo, a 16 de octubre de 1614, se celebró la justa poética con que Madrid contribuía a enaltecer el nombre de Teresa de Jesús, beatificada poco antes. Lope fué mantenedor y pronunció el sermón panegírico “con tal gravedad y gracia en el decir, con tanta propiedad y espíritu en sus acciones, con tal dulzura y eficacia en el razonamiento, con tanta afluencia y ternura en sus afectos, que causó sumo placer y emoción en el ánimo de los circunstantes”. A quien se le ha sorprendido al socaire de la escena muy amartelado con comediantas es difícil figurársele en un púlpito, bajo el alero del Espíritu Santo, alebrados los párpados y movendizos los brazos como si removiesen el aire denso de

los días sobrenaturales. Como mantenedor tocáronle otros muchos trabajos de los que él mismo da cuenta a Sessa en epístola fechada el día 15 de aquel mismo mes:

"Desde que comenzó, señor ex^{mo} la fiesta de la Santa Madre no he tenido en casa más de las noches y éstas ocupadas en sus alabanzas, fuera de lo que no ha permitido el sueño... ya con mañana hemos acabado esta devoción y aun obligación de ocho años a su convento y hijos."

Y son de ver y de oír con qué orgullo de ser clérigo presbítero busca Lope por estas fechas la aprobación y reales licencias para unas *Rimas sacras* dedicadas "al P. Fr. Martín de San Cirilo, Religioso descalço de Nuestra Señora del Cármen", con estas rendidas frases:

"Frutos son estos pensamientos del campo que V. P. ha labrado, y assí es justo que se le ofrezcan, si bien es verdad que [no] corresponde a la labor el fruto, pero no culparán los que los vieren al beneficio sino a la estéril tierra. V. P. los reciba como a hijos, vistiéndolos de su protección, aunque descalço al mundo. N. S. guarde a V. P. como yo lo desseo. Su humilde Hijo y Capellán, *Lope de Vega Carpio*."

En estas *Rimas sacras* ¡con qué regodeo y alegría se muestra Lope "clérigo presbítero"! Los rezuma el libro. ¿No escribió versos y versos, sonetos precisamente, para ensalzar humanas hermosuras? Pues ahora escribirá versos y versos, un centenar, precisamente, de sonetos dedicados a alabar la hermosura divina. La cumplirá o no la cumplirá —¡no la cumplirá, felizmente, ya lo sabemos!—, pero él hace promesa en este devocionario poético...

"Vos lo sabéis, a quien está presente el más oculto pensamiento humano, y que desde hoy con nuevo celo ardiente cantaré vuestro nombre soberano, que a la hermosura vuestra eternamente consagro pluma y voz, ingenio y mano."

Pero a la llamada de la carne, a la reiterada llamada de la carne, Lope ya no contestó, sino que se entregó con vida y "con media alma" cuando menos. Quizá la correspondencia "de estrellas" era contraria. Las configuraciones lunares tal vez fueran, no con el melancólico Saturno ni con la sinceridad uraniana, sino con la vehemente Venus. Primero fué el amor de Lucía de Salcedo el que se presentó con malos auspicios. Mal principio. Pronto fin. Y en el medio: veleidades, celos, sinsabores. Hasta un loco, Sessa, le riñe y le advierte de su locura. Una "loca" le pierde. Un loco se le acuerda. A Toledo va Lope a dejar como ex voto en los muros de San Juan de los Reyes los grillos de esta alocada pasión.

"No hice más que llevar aquellas viles cadenas de Argel, tan bajo, al tempo de una imagen que habíame sacado de él, suspendiendo mis penas con su entendimento."

Pero... No nos engañemos. De aquella pasión no se sale Lope "de rositas". Ni le sacan los consejos ducales. Ni le redime la contrición sacerdotal. De esta pasión *le rapta* otra más fuerte. Desatinada. Vehementísima. El proverbio castellano se cumple en Lope: para huir de una mujer... Casi antes que Lope se pierda en la fiebre más alta de su erotismo, ya le han perdido las malas lenguas. Y aciertan; *lo de antes*, Marfisa —o el entremés—, Elena —o la tragicomedia—, Antonia y Jerónima —o las comedias de enredo—, Micaela —o la comedia de costumbres... malas— eran débiles supuestos de lo que va a estallar ahora. ¡Marta de Nevarés es la tragedia! Debilitado por los años, por el mucho tiempo —para él— de abstinencia amorosa, Lope se arrojará delirante a la hoguera del drama. Los amantes se conocen en una fiesta poética que ella preside. Ella tiene "ojos verdes, cejas y pestañas negras y cantidad de cabellos rizos y copiosos, boca que pone en cuidado los que la miran cuando ríe, manos blancas, gentileza de cuerpo". Ella está casada con un hombre mucho más viejo "que comienza a barbar

por los ojos y acababa en los dedos de los pies". Claro que Lope es, igualmente, mucho más viejo que ella. Pero Lope —él se ve aún— firme, arrogante, distinguido con su hábito, con *su mosca*, con sus ojos luminosos. Lope, *además*, es un poeta. Y ella muy culta, muy espiritual, *amante ya...* de su poesía y de la música. ¿Que pueden hacer, ella y Lope, sino sentirse atraídos irresistiblemente? Pongámonos todos en el caso del poeta. Siempre deseó para una de sus esposas, para una de sus amantes, aquellas prendas. En fuerza de no hallarlas todas reunidas en una sola feminidad, creyó perseguir una quimera. Y... pongámonos cursis, ¡oh, fatalidad!..., la quimera no era tal quimera, sino mujer de carne y hueso que se viene *a la mano* cuando en la mano empieza la calidad sacerdotal. ¿Cabe mayor infortunio? Cuando las malas lenguas le señalan, aun se disculpa él hipócritamente:

"No debo nada a la ociosidad de su corte, donde el que más piensa que tiene secreto su gusto, es más murmurado que las cosas más públicas. Y cuando en esto fuera culpado por mi reputación, años y oficio, tal está el mundo, que pues al Cardenal le levantan... siendo persona santísima y en tan alto grado de dignidad..., bien puede un hombre de ruin calidad consolarse que le levanten ese testimonio. Yo me entretengo allí un rato, oyendo hablar y cantar, para aflojar, como dicen, el arco (aunque esto parece pulla); que quería esa "Loca" [la Salcedo abandonada y despechada] quitarme este entretenimiento a mí, y a ella esta pesadumbre, y parecele que es buen camino decirle a V. E. y a todas sus imaginaciones bellacas, tan ignorantes como ella. Yo la quiero como a una monja, y hablo con más imposibles que por rejas de locutorio. Desvélese quien quisiere y hablen de mí... como hablan en los grandes; que no es mucho que, si en el mar de la murmuración se pierden bajeles de alto bordo, se anegue mi barquilla..."

Sí, sí. La quiere como a una monja. Sí, sí. Como a monja de dos en celda. La habla con más imposibles que por rejas de locutorio... Sí, sí. ¡Menudas rejas!

Cuatro. Cuatro brazos cruzados y tan distantes que los rostros pueden juntarse por entre ellos. ¡Qué ganas de mentir, más que para engañarnos, para engañarse! Y es... que le aterra comprender cómo el aturdimiento se ha saltado todos los parapetos de la razón. Y es... que le angustia comprender que ha arrojado al lago de su concupiscencia miedo, circunspección, prejuicios, respeto propio. Y es... que le escalofría comprender que no ha durado sino contados segundos la lucha entre la fría conciencia y la ardiente pasión. Y es... que le maravilla comprender que lo que menos le aterra es lo que debía aterrarle: el sacrilegio, el ejemplo pernicioso, la rechifla —esta vez tan justa— de los rivales, la posibilidad de su degradación pública, la posibilidad de su condenación eterna. Otro que no fuera Lope se hubiera preocupado del tapadillo para esta pasión. La hubiera negado a gritos. Lope cumple el refrán: genio y figura... En cincuenta cartas, en innumerables poesías, ha escrito él mismo, para la posteridad, la historia de estos amores. A los contemporáneos se la hizo saber y tolerar a fuerza de suspiros. Tolerar más tarde; cuando apenaban más los dolores de una pasión castigada que los malos ejemplos desprovistos ya de ejemplaridad y aún de maldad. Al conocerse en la Villa los amores del grave Procurador Fiscal de la Cámara apostólica y Familiar del Santo Oficio con quien, por la edad y por las aficiones, podía ser su hija, corrió de mano en mano esta picante décima de Góngora, el bilioso racionero cordobés:

“Dicho me han por una carta
 que es tu cómica persona
 sobre los manteles mona
 y entre las sábanas *Marta*.
 Agudeza tiene harta,
 lo que me advierten después,
 que tu nombre del revés,
 siendo Lope de la haz,
 en haz del mundo y en paz
Pelo de esta *Marta* es.”

Risas. Chacotas. Indignación. Indignación del Madrid pudibundo en las formas. Se indignó la nobleza. Se indignó el clero. Se indignó la burguesía. Al menos, en apariencia. Todos fingían despreciar al clérigo sacrílego. Se le negaban los saludos en la calle. Se le silbaban las comedias por "mosqueteros" pagados para el caso. Se le birlaban los buenos oficios. Lope pudo contestar humildemente. Pudo mendigar perdones. En prosa y en verso se limitó a proferir las palabras locas de su amor. En prosa:

"Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve, por alma y cuerpo de mujer."

En verso:

"Años ha, bella Amarilis,
que el alma a tus ojos doy."

El alma, que precisamente había ofrecido a Dios. Y el cuerpo, que precisamente debía negar a la carne. Lope, como vulgarmente se dice, "se ha liado la manta a la cabeza" o "se ha puesto el mundo por montera". Diríase que, realmente, está chalado y aun loco del todo. Los "trapillos sucios" se empeña en lavarlos a la vista del público.

"Yo estoy con más alibio de mis males, aunque menos en los de amor, pensión de mi condición, áspera como quartana de león..."

Y en otra ocasión:

"Yo nací en dos extremos, que son amar y aborrecer; no he tenido medio xamás."

Y en otra:

"Seis días haze oy que sin apartarse la señora Luçina de Amarilis, con exçesivos dolores está del parto; parto llaman los del yngenio, parto al partirse y parto al apartarse, pero ninguno ha sido tan doloroso para mí."

Pero inútilmente pensará Lope —y bien témelo él, por el contrario— alejar de su cabeza el castigo de la divinidad. La nube negra ya la tiene encima. Truenos de remordimientos y rayos de miserias. Sólo cuando la llamada de la carne es brutal se olvida Lope de que no hay sol en su vida. Vencido por ella, aun cuando el amor racional persista, los ojos no pueden quitarse del cielo. Como Caín, se hubiera hundido bajo siete estados de tierra y allí habría visto el ojo justiciero implacable. Las noches son largas; la angustia las alarga más. La almohada arde. Y las sienes. Los pensamientos tejen pesadillas. Las pesadillas paren reconcomios. ¡Cómo sufre el clérigo presbítero!

“... hasta ahora he estado en la cama con mil accidentes... ni aun he querido comer, que he estado con tantas desesperaciones, que le he pedido a Dios me quitase la vida.”

Lope se nota con un malestar infinito.

“... esta noche no he dormido aunq^e me he confessado malaya amor q^e se quiere oponer al cielo.”

Lope está consumiéndose.

“Traygo estos días mil pesares de verla [mi alma] empleada tan baxamente y sin remedio porq^e no estoy en tpo de poder aplicarle ninguno.”

Lope desespera hasta de su salvación.

“... certifico a vex^a q^e ha grande tpos q^e es este amor espiritual y casi platónico pero q^e en el atormentarme más parece de Plutón q^e de Platón, por^e todo el ynfierno se conjura contra mi ymaginación.”

Lope pierde todo el sabor de su vida.

“... cansado de mí mismo no atiendo más q^e a esperar mi fin.”

¿Dudará alguien que estos remordimientos son auténticamente sacerdotales? ¿Cuándo, antes, los tuvo Lope por pecados análogos? Aquellas sus manos que sostenían al mismo Dios bajo las especies de pan y vino..., ¿podían acariciar prohibidas carnes de mujer? Aquellos sus labios que pronunciaban fórmulas de absolución..., ¿podían enhebrar palabras febriles de pecado? Aquellos sus ojos con luz suficiente para ver la verdad de lo que no se materializaba..., ¿podían llenarse de terciopelos lúbricos y de chiribitas? Aquellos sus pies que se encaminaban serenamente a la vida inmortal..., ¿podían salirse de la recta y empolvarse en atajos? Remordimientos de sacerdote, nadie lo dude. Amargos como hiel. Hondos hasta removerle las entrañas. Implacables. Los rayos cayeron más tarde sobre la cabeza jupiterina de Lope. La ceguera de Amarilis y su muerte. La muerte de su hijo Lope Félix. El desvío de su hija Feliciana. El rapto de su Antoñica. Por ser sacerdote, no protesta Lope de tanta desdicha. No se le ocurre mirar al cielo como diciéndole: —¡Qué cruel eres! ¡Qué terrible eres! ¡Qué inexorable eres! Los desdichados seglares todos lo hemos hecho alguna vez. Por ser sacerdote, Lope baja la vista al suelo mientras piensa: —¡Qué justo es todo! ¡Aun más me merezco!

A la llamada de las musas tampoco sabe negarse Lope. Contesta. Con su optimismo de siempre. Con su permanente fecundidad. Diríase que las manos sacerdotales mueven con mayor rapidez la pluma, ya que en sus veinte años últimos producen más que en sus cincuenta primeros.

¿Buen sacerdote? ¿Mal sacerdote? ¿Bueno? ¿Malo? Aun se deshoja la margarita. Pero, para decirlo todo, conviene que se sepan menudos hechos que sus biógrafos han reunido en número crecido. Se disciplinaba los viernes hasta salpicar de sangre las paredes. Ayunaba tres días en semana. Dedicaba dos o tres horas diarias a la vista y consuelo de los sacerdotes enfermos y pobres. De sus ingresos hacía dos partes: una

para su hogar, otra para remediar miserias y flaquezas. Concurría cada día, como en una peregrinación ensimismada, al santuario de Nuestra Señora de Atocha. Muchas veces, por respeto a su hábito, contuvo el ímpetu de sus antiguas pasiones, aun apenas adormecidas.

“... en el estado q^e estoy ni puedo aborrecer ni tomar venganza, y aunq^e desto último me guardo, de lo primero parece imposible.”

“... hallé en el camino quatro o çinco a quien mejor satisfaçiera la espada q^e la lengua si se çinçera con estos hávitos de q en mis mozedades di alguna satisfaçión.”

Fray Francisco de Peralta, que predicó la oración funeral de Lope en la iglesia de San Sebastián, “depósito de tantas ilustres cenizas” —oración impresa en 1635—, cuenta este curioso rasgo: “Fué el caso que un hombre iracundo y mal advertido desafió a Lope, hallándole en estado que ya los hábitos eclesiásticos le excusaban la respuesta; instó el que desafiaba, y empuñando la espada, enojado más con su silencio, le dijo: —Ea, salgamos fuera. —Vamos —dijo Lope, poniéndose con mucho empaque el manto—, vamos: yo al altar a decir misa y V. md. a ayudarme a ella.”

Y el doctor don Francisco Quintana, “su íntimo amigo”, en el sermón fúnebre —predicado en la Congregación de sacerdotes naturales de Madrid el día 7 de septiembre de 1635— refiere este otro sucedido: “Ybamos a verle, hallábamosle en su oratorio con mucha quietud diciendo Missa; y quando le dava lugar la decencia del ministerio salía y recibíanos diciendo: —Esto es lo que hace no acordarnos de agravios; ya ha muchos días que tengo perdonados a mis enemigos.”

Un detalle que dice mucho en pro de la vocación de Lope es el celo con que cuidaba de su oratorio particular. La casa podría carecer de cacharros y de cachi-

vaches; el dinero para alimentos podría llegar muy apretado. Pero el oratorio prosperaría siempre. En el ya citado inventario que de los bienes de Lope hizo su buen amigo Juan de Piña — 5 de febrero de 1627 — se mencionan estos atinentes al culto y demostrativos del anterior aserto:

“En el oratorio veinte y cuatro imáxenes.
Un retablo de talla.
Dos doseles, uno verde y otro colorado.
Dos niños Jesús grandes.
Dos pequeños.
Una imagen de Nuestra Señora de bulto.
Un Cristo en la Cruz grande y otro pequeño.
Un exceomo de bulto.
Tres frontales de tela y damasco.
Nueve casullas de seda y tela bordadas.
Dos cálices con sus patenas y cubiertas.
Ocho candeleros de plata.
Cuatro albas.
Seis relicarios pequeños de plata.
Dos de reliquias en ébano.
Una caja pequeña con plata para los purificadores.
Cuatro sábanas de el altar y tres alfombras.
Seis ángeles de bulto.
San Isidro de bulto.
San Francisco y San Antonio de bulto y otros santos con reliquias.”

Gran riqueza la de este pequeño oratorio cuidado tan celosamente. Nada falta. Todo dice blandura, ternura, devoción finísima.

Otro detalle de la vocación de Lope es su fidelidad al rezo del oficio divino. Jamás lo pospone. Jamás lo abrevia. Jamás se dispensa de él.

“... esta mi cabeza está peor y he temido que pronostica algo de lo mucho q^a esta división de los tpos suele causar en los umores, aora estoy por comenzar a rezar con ser dadas /s cinco, dics lo remedie.”

"... las excusas q^e vendrán en estos papeles q^e yo no leo aora porq^e me hallan rezando en mis obligaciones prebiteras."

"... mañana enbiaré estos papeles q^e oy es el rezo largo..."

"Oy he estado en la cama de un dolor de cabeza q^e me [ha] causado un brasero de mal encendida lumbre y aora me lebanto aún todavía desatinado... y si lo fuere buelba un criado... q^e yo al exercicio y a rogar a dios..."

"... no soy letrado, pero soy clérigo, mientras ellos busquen leyes en los Bártulos buscaré yo mi brebiario y Missal de oraçiones..."

Y más detalles. Muchos más. En todos ellos respalde la dignidad de su oración. Como familiar del Santo Oficio lo presidió —en Madrid— cuando la quema pública de aquel ex fraile descalzo cataán, Benito Ferrer, "de casta de hevreos", que había tomado de manos de un sacerdote la Sagrada Forma y pisado, ultrajado y hecho pedazos. Como censor eclesiástico conocemos su "visto bueno" a la traducción en verso castellano de *La Iliada* hecha por el licenciado Juan de Lebrija Cano, aun inédita. Como coadjutor actuó, cuando menos, en un bautizo del que habla en carta que posee la Academia de la Historia, inserta en las *Adiciones* a la biografía de La Barrera; y predicó varias veces, como ya hemos apuntado, y como confirman estas palabras suyas:

"... y no viva yo si he podido más en todos estos días con missas y sermones de amigos q^e ya se ha llegado a tiempo q^e se oyen más por amistad q^e por deboçión."

De estas veces, una "oró como un Demóstenes" ante el Cabildo, para opositar a la capellanía del Obispo —su antiguo protector— don Jerónimo Manrique de Lara. Como sacerdote ofició en alguna procesión. Él lo asegura muy risueño, muy satisfecho:

"... oy es nra processión venga vx^a señor y veráme con capa de coro en ella llebando una reliquia."

¿Buen sacerdote? ¿Mal sacerdote? Sentía su vocación. Esto es indudable. Y este sentimiento, ¿no es ya un presentimiento para inclinarnos a la bondad, al sí de la bondad?

*

Los sobresaltos *a posteriori* han asaltado bravamente la teoría de un culto y de un desinteresado sacerdocio en Lope. ¿Desinteresada la vocación del gran poeta? Y preguntamos nosotros: ¿podía dejar de serlo? Dos cosas, de pretender, pretendiera Lope con su ordenamiento: dinero y gloria. ¿Más gloria de la que tenía? Se creía en Lope como se creía en Dios. El vulgo le miraba con admiración y le saludaba con servidumbre. Los rivales "se metían" con él, pero con esa brutalidad —que es reconocimiento de existencia y de valor— con que en todos los tiempos —por carreteros y por los que no lo son— se ha insultado a la Divinidad. La fama de Lope era llevada fuera de España, lejos de España, por soldados, misioneros y gobernantes. Oro tenían las Indias. Inagotable, es cierto. Italia tenía un arte maravilloso, por descontado. Inglaterra tenía escuadras audaces. De almirantes y de piratas, verdad. Pero... Pensaba el español, decía el español: —¡España tiene a Lope! ¡A Lope, inagotable, maravilloso, audaz!—. Cuando el poeta se hizo sacerdote ya era casi un mito. ¡Lope! Si al ser vulgar se le daba una talla de 1,70, y a Quevedo, a Cervantes, a Rojas Zorrilla, de 2,80, a Lope se le daban hasta cinco metros, hasta diez metros. Sobresalía para que todos le vieran bien. Sobresalía para coger el cielo con las manos. Para los españoles grandes eran los tres Filipos de sus cien años prodigiosos. Pero... a un Filipino sucedía otro. Morían. Es decir, pasaban al olvido. Sin embargo, a Lope no le podía suceder nadie. Lope se sucedía a sí mismo. Lope no podía morir. Lope no sería olvidado nunca. ¿Podía el gran poeta buscar más gloria en su nuevo estado? ¿Buscaba, pues, dinero? Achaque de poetas, místicos y

pícaros —los tres tipos más representativos de aquella España del XVII— fué siempre andar muy a mal con el dinero. O no lo ganaban, o no lo necesitaban, o lo dilapidaban alegremente. Místico, poeta y pícaro fué Lope. Con los tres calificativos justos, ¿podía nadar en la abundancia? Mientras fué seglar mendigó al duque de Sessa con acentos tan lastimosos, tan humildes... que llegan a indignar. Tal vez pensara Lope: ¿una capellanía? ¿Un beneficio? ¿Un cargo eclesiástico? Como pasar, se le pudo pasar por la cabeza. Al gastador sin tino a veces, al parco y sobrio, por fuerza, los más de sus días, le iba a ser muy difícil mejorar de condición económica. Cigarra imprevisora u hormiga desafortunada, el estado no le traería sino el aliguié de siempre: con la mano, no; con la boca, sí... ¡y la boca sin alcanzar, y sin alcanzar grotescamente! El clérigo sigue mendigando al de Sessa constantemente, adulo-namente, indignamente. Cualquier licenciadillo "de tres al cuarto" por Alcalá, Osuna o Salamanca se las habría ingeniado para disfrutar las rentas de una bicoca catedralicia. Un bachiller metido a clérigo no hubiera acumulado menos de media docena de capellanías o beneficios con los que dar aires a los manteos y lustre a los picos de los bonetes. Pero Lope... ¡Es que no sabe! Vuela tan alto, tan alto, que cuando ve presa en tierra y descende vertiginoso... llega tarde. Se la birló quien volaba a mucha menor altura, casi a ras de suelo. ¡Es que no sabe! Pretende un cargo, ¡y resulta que el cargo está libre de emolumentos! ¡Es que no sabe! Ya ha obtenido el beneficio; llega la hora de cobrar... ¡y no cobra! Bastará enumerar los cargos que disfrutó Lope, en consonancia con su vocación:

1. Familiar del Santo Oficio. (Honorífico.) 1608.
2. Hermano de Esclavos del Santísimo Sacramento. (Honorífico.) 1609.
3. Terciario franciscano. (Honorífico.) 1611.
4. El beneficio de Alcoba. (Diócesis de Córdoba) 1614.
5. Capellanía de San Segundo (Avila). Fecha incierta.

6. Procurador Fiscal de la Cámara Apostólica. (Honorífico.) 1616.

7. Hábito de la Orden de San Juan de Jerusalén. (Honorífico.) 1620.

8. Beneficio en la Archidiócesis de Compostela. 1631.

Por mucho que se indague en el sacerdocio de Lope no se hallarán en él más dignidades, prestameras, pensiones, beneficios y grados. Y... vayamos por partes. De los ocho, únicamente tres retribuidos. Veamos de qué modo. (Que es el de: tarde, mal y nunca.) El beneficio de Alcoba, en la diócesis de Córdoba, lo obtuvo Lope por influencias del duque de Sessa y en la vacante producida por el fallecimiento de don Juan de Rojas, sobrino del marqués de Toral. Por documento otorgado en Madrid, a 30 de agosto de 1614, ante el escribano Juan de Piña, dió Lope poder a Pedro Duque de Velasco, tesorero del de Sessa en las rentas de Baena, para:

"presentar el dicho nombramiento de presentación ante su señoría del Obispo de la ciudad de Córdoba o su provisor o vicario... y suplicalle haga en mí y en el dicho Pedro Duque de Velasco en mi nombre colación y canónica institución de la dicha prestamera y hecho esto pueda tomar y tome y aprenda la posesión de la dicha prestamera".

¿Qué emolumentos y subsidios tenía la tal *prestamera*? En el mismo poder de Lope se alude a "maravedises, trigo y cebada y otras cualesquier cosas... pertenecientes de los frutos o rentas caídos e que cayeren". Poquilla cosa. Desmedrados gajes. Apenas "un distrae hambres". ¿Los llegó a cobrar y a percibir Lope? Siempre las cartas de Lope dirán lo mejor de su vida. Lealmente.

"No me responden de Andalucía. Dos años ha que Pedro Duque se olvida de mí. Dios se lo perdone."

"Suplico a V. ex^a Señor, escriba un ringlón a Pedro Duque, que va muy adelante del descuido y olvido, pues passa de año y medio, y yo estoy más pobre que otras vezes y con mayores obligaciones y cuidados."

“Tengo tan poca dicha que cuando estoy más necesitado y con mayores obligaciones me falta todo. No sé qué puedo haber hecho a Pedro Duque, que en dos años no me ha despedido un real de mi beneficio.”

¿Los llegó a percibir y a cobrar Lope? Creemos que no. Pedro Duque debía de andar embebido en “ocupaciones tan justas como enojosas” que carecía de tiempo para medir el trigo y para contar los maravedises de la prestamera. En 1627 aun no había encontrado momento propicio. En 1627 aun se quejaba Lope de “que la poca salud le había estorbado” de ir a Baena. Si todo ello no fuera casi trágico, sería casi jocoso.

Algo por el estilo fué la capellanía de San Segundo, fundada en Avila por el Obispo don Jerónimo Manrique. Y no fué coser y cantar para Lope su logro. En 1615 inició su demanda. Cuatro años después, en enero — 2 — de 1619, escribe el poeta al prelado abulense:

“Ilabrá tres años q^e hablé a v. s. ynformándole de los muchos q^e serví al obispo señor D. Gerónimo Manrique y ofreciendo mi persona para qualquiera de las capellanías q^e vacase. El amor q^e le tuve fué ynmenso, las obligaciones iguales, las pocas letras q^e tengo le debo; holgaré de acabar mi vida en esta santa iglesia ayudado de otro oficio sin obligación que me ha dado el señor duque de Sessa...”

Lope quedó defraudado. La vacante se proveyó en Gil Alvarez Tribiño, canónigo de la Catedral de Avila. Sólo al producirse una nueva entró en posesión de la capellanía de San Segundo. Probablemente en diciembre de 1623, como parece indicar una de las *Actas del Cabildo* — 13 de diciembre—.

“1623.—Recibieron una carta de Lope de Vega Carpio en que dice que se opone a la Capellanía de la Capilla del glorioso Sant Segundo; respondiéndose que legitimando su persona le den por opuesto.”

El tercer beneficio se le concedió a instancias —si hemos de creer a Montalván— del mismísimo rey don Felipe IV, en el arzobispado de Santiago. Total: doscientos cincuenta ducados al año. Que le llegaban tarde. Que llegábanle mermados. Que no le llegaban. En marzo de 1631, Lope suplica que se le den

“ciento y veinte y cinco ducados que se me están debiendo de resto de los ducientos cincuenta ducados”.

Y en 3 de agosto de 1632:

“... para que aya [un apoderado: Jacinto del Alcázar] reciba y cobre Judicial o extrajudicialmente... lo que se me debe del resto de lo corrido de la pensión que por Bula de Su Santidad tengo sobre el dicho Arzobispado de ducientos y cincuenta ducados cada año.”

¡Pobre Lope de Vega..., pobre! Si, en efecto, pensó interesadamente en el sacerdocio, las cuentas no pudieron salirle peor. Sacerdote como seglar, su sino fué pedir, mendigar, “sablear”. De beneficios, ni uno más sacó a la Iglesia. Algunas propinas, sí. Cincuenta ducados le fueron concedidos por sus trabajos para celebrar la beatificación —1614— de Teresa de Jesús. Otros cincuenta “cuando el traslado del Santísimo Sacramento —1623— a la nueva iglesia de Recoletos”. Otros setenta y cinco con motivo —1624?— de la beatificación de San Francisco de Borja. ¡Pobre Lope de Vega..., pobre! La penuria le asusta más porque es viejo, porque es sacerdote, porque se nota maltrecho y desilusionado. Si daba ira verle pedir cuando andaba de trapicheos y de burlas y de estocadas, ahora da tristeza verle pedir seco, doloroso, ensotanado. Antes demandaba dinero, dinero, dinero, para derrochar el manirroto. Hoy pide... auténtica limosna. “Supp^{co} a vex^a mande que me den p^a este apossentillo donde muero de frío cinco reposteros de lana...” “... en vez de la seda para cal-

zones y jubón..., diez varas de tirela para una ropa de mi hija". Lustre y zurcidos lleva Lope en la sotana. Zapatos deslustrados, sin hebillas. Manteo pardo Y Madrid no le acorre porque, ¿quién puede pensar que los dioses deban comer tres veces al día?

La rapidez con que Lope de Vega alcanzó el orden sacerdotal ha dado lugar a que se le eche en cara su carencia de estudios eclesiásticos. La imputación, ¿es cierta? La imputación, ¿es, siquiera, sospechosa? ¿Cuáles eran los estudios eclesiásticos de aquella época? Cuando se diga el saber clerical de entonces y anotemos los conocimientos de Lope, se caerá en la cuenta de la injusticia de aquellas imputaciones. Un sacerdote entonces, como ahora, necesitaba estudiar Teología, Escritura Sagrada, latín, algo de griego, algo de hebreo. Bastan las obras del poeta para convencer de que sus conocimientos eran muy superiores, en algunas disciplinas, al de la mayoría de los clérigos; y, en otras, similares. En *La Filomena* confiesa el propio Lope que:

"Es ilustre el latín, griego y hebreo;
la griega de estas tres es el Apolo,
por la dulzura y son que en ella veo;
divídese en eólica y en ática,
común, dórica y jonia su gramática."

Y en *La Dorotea* dice Fernando (Lope):

"Mi educación no fué como de un príncipe, pero con todo eso quisieron que aprendiese virtudes y letras. Enviáronme a Alcalá de diez años... De la edad que digo, ya sabía yo la Gramática y no ignoraba la Retórica; descubrí razonable ingenio, prontitud y docilidad para cualquiera ciencia... los cartapacios de las lecciones me servían de borradores para mis pensamientos, y muchas veces los escribía en versos latinos y castellanos. Comencé a juntar libros de todas letras y lenguas, que después de los principios de la griega y ejercicio grande de la latina, supe bien la toscana y de la francesa tuve noticia."

Pese a estas afirmaciones, sus conocimientos de griego y hebreo debían ser muy sucintos. El latín lo dominaba absolutamente. *Scientiarum Vega Carpius Phoenix* le proclama el doctor don Francisco López de Aguilar en el elogio preliminar de *La Dorotea*. Montalván asegura que de pocos años tradujo Lope el poema de Claudiano *De raptu Proserpine*. Múltiples pruebas de estas afirmaciones pueden espigarse en sus obras. El epitafio a su hija Teodora —1612—, que comienza: *Hoc Urbina iacet saxo Theodora sepulta*. Un epitafio al último rey godol don Rodrigo en el libro VI de *La Jerusalén libertada*. Un epigrama y una octava real en *La hermosura de Angélica*. Unos dísticos a los *Discursos morales* de Juan Cortés de Tolosa. Un epigrama en la *Justa poética* en loor de San Isidro. Traducciones de Prudencio en *Triunfo de la fe en los reinos del Japón* Y numerosas más.

En Teología su dominio debía ser mucho menor. Sin embargo, hay dos temas: el de la Eucaristía y el de la Concepción Inmaculada que domina plenamente; y una parte, la Mariología, que comprende y siente como nadie. En sus *Autos y Coloquios* y en más de veinte comedias quedan patentes estos conocimientos.

Asombra el dominio escriturario de Lope. No sólo ha leído los Libros Santos, sino también los de sus comentaristas más autorizados. Ambienta con seguridad absoluta sus producciones bíblicas. Evoca con autenticidad finísima. Tal vez fué pretensión suya dramatizar todo el Antiguo Testamento, y el inicio fué con *La creación del mundo y primera culpa del hombre*, comedia en que se recogen los cuatro primeros capítulos del Génesis. Y, dato curioso: no se aparta, en esta obra, del texto sagrado sino en la atribución a Lamech de la muerte de Caín; interpretación que, a más de no ser caprichosa, demuestra los hondos conocimientos de Lope acerca de los comentaristas bíblicos. San Jerónimo, en su *epístola 125*, y San Isidro, en las *Etimologías*, afirman que Lamech mató a Caín.

¿Qué conocimientos se exigían a un sacerdote *no sabio*, por aquellos años, que no tuviera Lope?

Tanta desconfianza... Tanta duda... Tanta traba... Lo que sucede es que nos hemos despreocupado mucho de Lope, sacerdote. Quizá porque nos parecía imposible que lo fuera con indudable vocación. Tal vez porque nos asombra mucho tenernos que asombrar ahora del clérigo Lope, que lo fué sencillamente y maravillosamente. ¿Buen sacerdote? ¿Mal sacerdote? ¿Bueno? ¿Malo? Aun se deshoja la margarita. Y el último pétalo varía siempre de adverbio comprensivo de la calidad. Pero tres siglos después, el último pétalo se queda entre los dedos de un niño...

EPÍLOGO

A LOPE DE VEGA, SACERDOTE, EN 1935

—¿Quién fué Lope de Vega, Juanito?

Juanito es el niño más español. Juanito calla. Tiene ocho años. Es avisgado.

—¿Quién fué Lope de Vega, Juanito? —insiste su padre.

Juanito calla y medita. ¿Lope de Vega? En su escuela, sobre el estrado del maestro, hay un retrato de *aquel* Lope de Vega. Un retrato... *de hasta el pecho*. A Juanito, cuando le miró por primera vez, le chocó que vistiera de cura y que llevara bigote y mosca. Un día Juanito fué llevado con los demás niños del colegio a un edificio grande y hermoso, donde había más libros que en parte alguna de España. A la entrada de aquel edificio se alineaban muchas estatuas enormes. Ante una de ellas, Pepito —el niño más español después de Juanito— le dijo a éste: “Mira, *ése* es el de la escuela...” Exacto. Lope de Vega. Con hábitos. Con bigotes y mosca. Otro día, un día 28 de agosto, los padres de Juanito le llevan a una plaza de Madrid donde se aglomera el público alrededor de otra estatua. Juanito la mira. “¡Hola! —piensa—. ¡Te conozco! ¿Con sotana y bigotes? ¡Tú eres Lope de Vega!” Juanito oye a unos hombres que hablan a gritos señalando a la estatua. Y el público aplaude *a cada cosa buena* que se dice de *aquel* Lope de Vega. Luego toca la Banda Municipal. Más aplausos. Con todas estas nociones, Juanito medita callado.

—¿No me has oído Juanito?... ¿No sabes quién fué Lope de Vega?

Juanito desalebra los párpados, alza la cabeza, asegura la voz.

—Sí... Lope de Vega fué un cura muy bueno.

Agosto de 1935.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria.....	7
Advertencia cuya lectura encarece el autor.....	9
Prólogo en 1935.....	13
I.—Lope de Vega, madrileño.....	17
II.—Lope de Vega, dramaturgo.....	95
III.—Lope de Vega, sacerdote.....	151
Epílogo a Lope de Vega, sacerdote, en 1935.....	193

935

Faint handwritten text, possibly a signature or name, located at the top of the page.

L 281

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200037114

ID. 1200037114 Ayuntamiento de Madrid

I-3-1

[Faint handwritten text, possibly a signature or date]

ID. J200032114 Ayuntamiento de Madrid

122
I-3-1



